Qué le ocurrió a Irene Luján

Marisol Gallardo

Solo ella sabe la verdad

Qué le ocurrió a Irene

Luján

Marisol Gallardo

Queda prohibida la reproducción, total o parcial, de esta obra, sin el consentimiento expreso y por escrito de sus autores.

Qué le ocurrió a Irene Luján

Primera edición: agosto 2018

©Marisol Gallardo

Corrección de estilo: Eva Fraile

lareinalectora.com

Corrección ortotipográfica y maquetación: Javier Arroyo

Maquetación digital: Francisco Espinosa

Fotografía de portada: Yolanda Avila Cabanillas

Facebook: el mundo de Noa

Modelo: Ainara Gómez Dorrego

A mis hijos, Nuria y Sergio, solo decirles que caminen siempre hacia adelante, pero sin olvidar nunca sus raíces. Y que el amor de una madre no solo es para toda la vida, también para toda la eternidad.

Y a Nino, mi pareja, mi hilo rojo, mi alma

gemela, darle las gracias porque junto a él

descubrí quién era realmente yo.

Prólogo dedicado a Mr. Boo.

Podéis seguirle en Instagram: @_mr.boo

Prólogo

Quizás no sea lo habitual, pero quiero contaros, en primera persona, un

poquito de mi historia.

Hace tanto tiempo que ando vagando de un lugar a otro que, a pesar de

ser una niña, siento que el tiempo envejeció mi esencia. Hay pocas personas

que me pueden ver. La verdad es que todo comienza de nuevo, ellos han

vuelto a la ciudad, siento cómo me cuesta respirar, y me gustaría descansar.

Son demasiados años vagando de un lado a otro.

En este tiempo, me encontré entes buenos y otros no tanto. Algunos solo

buscan hacer el mal, son espíritus malos, tan malos como los que matan niños

por puro placer. Esos se encuentran entre vosotros, pero no podéis verlos,

como aquellos que me enviaron, durante décadas, a la más absoluta soledad.

Yo ya me cansé, y he decidido que averigüen qué ocurrió en aquel viejo

sótano. Esta vez no estaré sola, sé que Silvia puede verme y comunicarse

conmigo, y estoy convencida de que me ayudará.

A veces pienso que, si pudiera cambiar mi vida, seguramente no estaría

aquí, en el limbo de las almas perdidas, pero sé que pronto todo se sabrá,

porque ahora SOLO YO SÉ LA VERDAD. Si quieres descubrirla, no dejes

de leer qué me ocurrió y, sobre todo, no dejes de hablar de mí, para que mi

historia no caiga en el olvido, sino que vea la luz, esa luz que yo aún no

consigo ver, y así cruzar el viejo puente de madera. No obstante, mientras eso

sucede… perdonadme, pero tengo una cita con Silvia.

Irene Luján

Índice

1.VOLVER AL PASADO

2.DIME QUÉ QUIERES DE MÍ

3.ALGUIEN TE VIGILA

4.NO ME DEJES SOLA

5.LA LLAMADA DE UN EXTRAÑO

6.EL SOBRE LLEGÓ A SU DESTINO

7.LA CASA ESCONDE UN SECRETO

8.SILVIA, ¡AYÚDAME!

9.¿QUÉ LE OCURRIÓ A IRENE LUJÁN?

10.NO TE QUEDES SOLA

11.LOS RECUERDOS DE SILVIA

12.AYÚDAME. ÉL ME MATARÁ

13.¿QUÉ ESCONDE EL SÓTANO?

14.UN LUGAR PARA OLVIDAR

15.VOCES, DISPAROS Y SILENCIO

16.¿ES EL CUERPO DE IRENE?

17.DEVUÉLVEME A MI HIJA

18.SILVIA ES ÉL, NO TE FIES

19.CORRE Y NO MIRES ATRÁS

20.UNOS OJOS TE OBSERVAN, NO TE ESCAPARÁS

21.MAMÁ, VUELVE A LLAMARME DANIELA

22.SI TE MUEVES, DISPARO

23.¡CORRED, VA A EXPLOTAR!

24.¿DÓNDE ESTÁ SILVIA?

25.MAMÁ, NO ME DEJES SOLA

26.UNA DIFÍCIL DECISIÓN

27.EL TIEMPO CORRE EN CONTRA

28.EL PRINCIPIO DEL FIN

VOLVER AL PASADO

Cuántas veces sueño que estoy en un lago, que el agua fluye libremente y

que a lo lejos el sonido de una cascada es tan repetitivo, que me gustaría

saber el significado.

Hoy sonó el despertador a las ocho, como cada día. Cuando abrí los ojos,

los rayos de sol que entraban por la ventana me deslumbraban. Era un nuevo

amanecer precioso. Raúl, mi marido, dormía tan plácidamente, que salí de la

habitación de puntillas, sin apenas hacer ruido. Bajé, como cada mañana, a la

cocina y me preparé un café bien cargado.

Estaba toda la casa en silencio. Aquella mañana me sentía perezosa y salí

al jardín, me senté unos minutos en el viejo balancín que había al lado del

rosal y cerré los ojos. Ese olor a flores se mezclaba con el aroma a café recién

hecho y me hacía recordar cuando era pequeña y mamá me acurrucaba en su

regazo mientras me contaba el cuento del príncipe que se volvió rana.

Pero entonces me sentí extraña. Un leve escalofrío recorrió mi cuerpo.

Una sensación indescriptible que iba desde mis pies descalzos hasta mí

cabello. Lo sentí como un recuerdo del pasado que no alcanzaba a entender.

Ahora, el miedo comenzaba a apoderarse de mí, como si una presencia

estuviese a mi lado. De repente, escuché un susurro desgarrador. En ese

momento, mi piel se erizó y tuve miedo de abrir los ojos. Puse mi cabeza

entre las piernas esperando a que esa sensación desapareciera y me mantuve

así durante algunos minutos. Solo un leve rayo de sol me sacó de mi

estado y,

poco a poco, me fui incorporando. Cuando abrí los ojos miré a mi alrededor

y, aunque estaba sola, seguía teniendo esa sensación de que alguien me

observaba. Miré hacia atrás, pero no había nadie. Tan sólo Lila, mi dulce

perrita, recién levantada que venía a darme los buenos días.

—¡Hola dormilona! —le dije aún con voz temblorosa.

Ella me miró y comenzó a ladrar, como si también sintiera que no

estábamos solas.

—Tú estás sintiendo lo mismo que yo, ¿verdad? Qué pena que no puedas

hablar…

Se la notaba nerviosa y no paraba de ladrar y de moverse de un lado a

otro.

—Es mejor que entremos en casa —le dije.

Me gustaba hablarle. Mis hijas me decían que la trataba como a un

humano, pero debe ser porque era la única que me escuchaba y nunca ponía

pegas, aunque en esta ocasión no me hacía caso. No se movía y me estaba

asustando. Me miraba con esos ojos tan grandes y expresivos y por

momentos vi también miedo en ellos. Me puse a su lado y la acurruqué contra

mí hasta que nos fuimos tranquilizando. Me observaba mientras hacía unas

respiraciones para relajarme… Cuando terminé, estaba en la puerta de

la

terraza.

—Sí, ya sé lo que quieres, Lila. Ahora salimos a la calle, cuando me

termine el café y la tostada.

Empezó, como siempre, a darme con la patita para que le diera un trocito

de pan y, al instante, empezó también a tirar de mí moviendo su colita de

forma altiva. Se dirigió de nuevo a la puerta.

—De acuerdo, espera un segundo. No puedo salir en pijama.

Tenía una hora antes de salir hacia el trabajo. Subí las escaleras y me

dirigí a mi habitación, en donde me puse el chándal mientras Lila seguía mis

pasos.

—Buenos días —le dije a mi marido—. ¿Ya te has despertado? Te dejé

café recién hecho.

—Buenos días, Silvia, ¡qué rico! Llega el olor hasta aquí. Creo que ese

aroma fue lo que me despertó. ¿Dormiste bien?

—Sí, estupendamente. De nuevo visité mi lago particular. Había hadas,

elfos, y, ¡cómo no!, las dichosas muñecas de porcelana que tanto odio.

Raúl me miró sonriendo y me dijo:

—Bueno, al menos te acompañaban las hadas.

—Lo sé —le dije con gesto de resignación—. Dime, ¿vendrás hoy a

comer?

—Espero que sí, sólo tengo dos reuniones con un par de clientes, así que

terminaré pronto.

—Recuerda que esta noche hay un concierto al aire libre al que me

encantaría ir.

—Pues iremos, Silvia. ¿A qué hora es?

—Creo que comienza a las nueve, pero deberíamos estar antes allí.

—Pues intentaré volver antes de las dos y esta tarde trabajaré desde casa

—me dijo mientras me miraba a través del espejo de su habitación.

—Sería estupendo. Yo también pensaba cogerme la tarde libre. Bueno,

cariño, Lila y yo salimos a dar un pequeño paseo. Vuelvo enseguida.

—De acuerdo, te esperaré.

Fui hasta la mesa de la entrada y cogí las llaves. Una vez en la calle,

escuché demasiado revuelo. A lo lejos había un grupo de personas y una

ambulancia. Me acerqué para ver qué ocurría mientras Lila ladraba sin parar.

Estaba asustada por el ruido procedente de la sirena de la ambulancia. Al

parecer, acababan de atropellar a un niño. Había mucha sangre y decidí

volver a casa ya que no podía hacer nada allí. Lila seguía ladrando. La miré y

mientras la acariciaba para calmarla, sentí cómo tiraban de mi chaqueta. Miré

hacia atrás y no vi a nadie. Al coger de nuevo la correa para dirigirme a casa,

escuché una vocecita. Nuevamente miré hacia atrás y encontré a una pequeña

de pelo castaño e intensos ojos azules que me resultó familiar.

—Hola –me dijo.

Llevaba una túnica, lo cual me sorprendió bastante.

—Hola, pequeña —respondí mirando alrededor.

Esperaba encontrar algún adulto junto a ella, pero al no verlo decidí preguntar:

—¿Dónde está tu mamá? ¿Vives en este edificio?

—Estoy sola. No sé dónde está mi mamá.

—¿No lo sabes? No te preocupes, ahora llamaremos a la policía para encontrarla.

—No hace falta, solo quería decirle que debe ir a las diez a una dirección.

Es importante.

—Espera, preciosa. ¿Ahí es dónde vives?

—Solo vaya. Debe estar allí a las diez. No me deje sola.

—De acuerdo… —dije un tanto dubitativa—. Dime la dirección.

—Calle Luz, número siete. Está cerca de la estación de tren. No lo olvide.

A las diez en punto.

Hice como que anotaba la dirección en el móvil, pero no le di mucha importancia a aquella ubicación. Sólo deseaba ganarme su confianza para buscar juntas a sus padres.

—De acuerdo, ahora vamos a buscar a tus papás que deben de estar preocupados.

Cuando la volví a mirar ya no estaba. Busqué en los portales por los

que

iba pasando, pero ya no había nadie en la calle. Todo había desaparecido,

incluso el accidente de tráfico. ¿Dónde estaba la ambulancia? ¿Y toda esa

gente entorno al niño? No había ni rastro de sangre. Regresé todo lo deprisa

que pude a casa, muy preocupada, y le conté a Raúl lo que me había ocurrido.

—¡¡¡Cariño!!! ¡¡¡Me ha sucedido algo muy extraño!!!

Cuando terminé de contarle, me sonrió y me dijo:

—Creo que aún sueñas. Olvídate de esa dirección.

—No lo sé, Raúl, ha sido todo tan real… Qué pena que Lila no pueda

hablar porque ella también la vio. ¿Escuchaste cómo ladraba esta mañana?

Lleva todo el día muy alterada.

—Claro, pero ladra muchas mañanas, Silvia. A mí lo que me preocupa es

que te tomes en serio lo de la dirección. Te gustan demasiado las historias de

detectives…Venga, vamos. Te acercaré al trabajo que me cae de paso y así

me quedo más tranquilo.

—No, Raúl. Mejor me llevo el coche que, si no, llegarás tarde por mi

culpa. Aún tengo que recoger algunas cosas antes de ir al trabajo.

—De acuerdo. Te llamaré cuando salga de la reunión. Y ni se te ocurra ir

allí.

—Me iré directa al trabajo —dije no muy convencida.

Lo acompañé a la puerta y subí a darme una ducha. Le puse comida a Lila

y salí hacia el trabajo, aunque no paraba de darle vueltas. Me caía de paso ir a

la dirección que me dio la niña. Detuve el coche un momento, y en el

localizador del teléfono escribí la calle. Estaba a trescientos metros y dudaba

qué hacer. ¿Debería pasar por delante de la puerta? Una parte de mí me decía:

«adelante», pero otra estaba aterrada. Era la misma sensación que sentí

cuando era niña; recuerdo la sensación, pero no puedo recordar nada más.

Conforme me iba acercando, el corazón se me aceleraba. La estación de tren

estaba a mi derecha, y solo tenía que girar a la izquierda. Miré el reloj, eran

las diez menos cinco. Aparqué el coche en el número trece. Recordé

mentalmente qué número me había indicado la niña y fui hasta allí. Se

ubicaba en una casa medio derruida, de dos plantas, con maderas en las

ventanas, en donde me pareció ver de nuevo a la niña. Volví a mirar, pero no

estaba. No sabía qué hacer. Una parte de mí me decía que debía entrar, pero

de pronto volví a sentir los mismos escalofríos que aquella mañana, las

piernas empezaron a temblarme y decidí irme. ¿Qué me ocurría aquí? No

había andado ni diez metros cuando de nuevo escuché un susurro que me

hizo girarme. Miré a la casa y cambié de idea. Debía descubrirlo. Con paso

decidido fui hacia ella, me puse frente a la puerta de madera, carcomida por

el tiempo, empujé y entré. Aquel lugar era muy lúgubre, no sabría decir qué

sensaciones sentía. Era un lugar oscuro y solo se veía claridad al final del

pasillo, en donde había una puerta de cristal. Las paredes estaban llenas de

moho, y había en su interior un intenso olor a humedad. A mi derecha, unas

escaleras de madera subían al piso de arriba, aunque estaban medio en ruinas,

pues el tiempo y las termitas se habían ocupado de que no quedara gran cosa

de ellas. Seguí caminando. El suelo crujía bajo mis pies. Debía tener cuidado,

mis pisadas retumbaban en todo el edificio. Parecía que se fuera a derrumbar

de un momento a otro. De pronto, me vi frente a la puerta de cristal, delante

de un timbre al que llamé, pero el cual no sonaba. Nadie abrió, así que forcé

la puerta sintiendo el polvo acumulado durante años. Busqué a la niña.

—Hola, pequeña, ¿estás ahí?

De pronto, vi una sombra. Fui tras ella.

—¡Hola! Esta mañana una pequeña me dijo que viniera a esta

dirección…

Nadie contestaba y decidí volver al coche, pero justo cuando iba a salir de

la casa escuché una voz.

—Silvi, ¿eres tú?

Me volví, asustada y, allí frente a mí, una anciana de pelo blanco, cuya

cara me era familiar, me hablaba.

—¿Cómo sabe mi nombre? ¿Vive aquí? —le dije.

—Sí, hija, hace muchos años. Aquí viví siempre.

—¿Me conoce? Me ha llamado por mi diminutivo y solo me llamaba así

una amiga de la infancia.

—Sí, Irene, ¿verdad? ¿Aún la recuerdas?

—¡¿Cómo lo sabe?! Irene murió hace mucho tiempo… —Sentí mucho

miedo—. Creo que debo irme. No debí venir, me está asustando.

—Espera un poco, no te vayas. Quédate y charlemos un rato.

—Lo siento, debo irme. Ya debería estar en el trabajo.

—Será solo un momento —me dijo la anciana casi suplicándome—.

Necesito hablar contigo.

—De acuerdo, me quedaré solo diez minutos.

Entré en la casa tras ella. Esa zona era aún más oscura si cabe, y vieja

como todo el edificio. No entendía cómo alguien podía vivir allí, con aquel

olor y en esas condiciones. Lo más curioso es que estaba llena de fotografías

por todas partes.

—Ella es… —comencé a decir, pero antes de que terminara de hablar, la

anciana me contestó.

—Sí, Silvi. Es Irene. ¿Te acuerdas? Erais muy pequeñas.

—No… Ella es la niña que vi esta mañana, la que encontré en la calle.

Ella no es Irene. Es todo muy extraño…

Nunca encontraron el cuerpo de Irene, desapareció en circunstancias

extrañas y, aunque es una etapa de mi vida que apenas recuerdo, nunca me

olvidé de ella. Sin embargo, aquella niña no era la Irene de mi infancia.

—Irene era mi nieta. Hemos tardado años en dar contigo, pero eras la

única que nos podía ayudar. Ella lo decidió así. Irene, mi nieta, es la niña que

viste esta mañana y te dio esta dirección.

— ¡No! ¡Se equivoca!

Ella no era Irene. No como yo la recordaba.

—Recuerda Silvi, por favor… Eras pequeña y tu mente borró el pasado,

pero debes recordar.

—No puede ser… Ella murió… Creo que debo irme… No entiendo nada.

¿Me dice que una niña que murió cuando éramos pequeñas ha estado

hablando conmigo esta mañana? No puede ser… Esto hace mucho tiempo

que no me pasaba. Pertenece al pasado.

—Por favor, ayúdanos. Deben descubrir qué le pasó. Tú puedes vernos y

comunicarte con nosotros.

—Ya no puedo… Le repito que eso es el pasado. Un pasado que enterré

hace mucho tiempo…

¿Sabéis lo que es para una niña ver personas que los demás no ven porque

no pertenecen al mundo de los vivos? ¿Que se pongan en contacto conmigo?

¿Que pasen a mi lado como una nebulosa, dejando a mi alrededor un olor tan

especial que hasta la ropa huele a muerte? No quiero remover mi pasado, es

mejor no recordar.

—Pero un pasado que aún está ahí. Ellos siempre regresan… Y volverán

a matar

—Lo siento, pero debo irme.

Cogí el bolso y cuando me volví, no había nadie. Llamé a la anciana,

sobrecogida, pero solo veía polvo, telarañas y muebles carcomidos. Di dos

pasos hacia atrás muy asustada y casi me caigo al chocarme con una vieja

silla de ruedas… No quería que todo volviera a empezar.

Sentía que todo comenzaba de nuevo. Salí corriendo de aquel lugar sin

mirar atrás, me costaba respirar y, cuando me monté en el coche, apenas

podía conducir. Me temblaba todo el cuerpo y comencé a sudar. De pronto,

en medio de la calle, vi de nuevo a la niña. ¿Sería realmente Irene? Sí,

era la

misma niña que acababa de ver en las fotografías, y la misma que había visto

aquella mañana. Frené en seco mientras sus ojos se me clavaban como dos

cuchillos. Entonces me dijo:

—Búscame. Debo descansar.

DIME QUÉ QUIERES DE MÍ

—Dime, ¡¡¡qué quieres de mí!!! —grité desesperada.

De pronto, escuché el sonido de un claxon. Miré por el espejo retrovisor y

había una gran fila de coches. Un señor muy enfadado me hacía señas para

que siguiera adelante y, cuando volví a mirar, la pequeña había desaparecido

de nuevo. Arranqué a tal velocidad que no me di cuenta de que el semáforo

se ponía en rojo y que, de frente, venía un coche hacia mí. Pude esquivarlo,

pero debía tranquilizarme. No dejaba de sentir su mirada. Llegué al trabajo,

aparqué donde siempre y, mientras intentaba relajarme, escuché un golpe en

la ventana que me sobresaltó.

—¿Qué te ocurre? ¡Parece que acabas de ver a un fantasma! ¿No piensas

bajar? Llegaremos tarde a la reunión.

—Es verdad Raquel. Ya voy. No sé en qué estaba pensando.

Raquel siempre tan servicial. Recuerdo cuando entró hace ya más de ocho

años en mi despacho, de becaria. Y ahora ya tiene un cargo de

responsabilidad en la junta directiva. Qué haría sin ella.

—Estás pálida, ¿todo bien de verdad?

—Solo un mal comienzo de día, pero no me nombres a los fantasmas…

Cuando iba a entrar en la oficina, recordé que no había cogido el

ordenador.

—Tengo que volver al coche, se me ha olvidado coger el portátil y lo

necesito para la reunión. Ahora vuelvo.

—Te espero en la oficina.

Me dirigí de nuevo al coche y cogí el PC. Comenzó a sonar el teléfono y,

como de costumbre, no lo encontraba. Siempre me ocurre igual con el

dichoso bolso. Al final estaba en uno de los bolsillos laterales. Al cogerlo vi

que era un número desconocido y, aunque dudosa, descolgué.

—Sí, dígame, ¿quién es?

—Hola, ¿podría hablar con Silvia?

—Soy yo. ¿Con quién hablo?

—Solo quería decirle que tenga cuidado.

—¿Cuidado? No lo entiendo.

—A veces no es bueno recordar, los muertos deben descansar. ¡Déjelos

en paz! —gritó.

—Oiga, ¿quién es usted? —Nadie respondía—. Sé que me está

escuchando, oigo su respiración. No sé qué pretende, pero no vuelva a molestarme o avisaré a la policía, ¿me oye? ¡¡Avisaré a la policía!!

Colgué el teléfono. Me ahogaba aquella situación. Primero la niña, después la anciana y ahora esta llamada de teléfono. Miré el reloj, pasaban dos minutos de las diez y media, así que tenía que darme prisa. Subí rápido por las escaleras, y llegué a la sala de juntas casi sin respiración. En el interior, todos estaban ya sentados.

—Disculpen, me llamaron al teléfono. Era algo importante.

Durante la reunión estuve ausente. No puedo describir cómo me sentía, era como si mis recuerdos, que yo creía olvidados, salieran de una caja envejecida por el tiempo. Sentía a mi alrededor miedo y soledad.

—Silvia, ¿qué te parece? No has hablado aún desde que comenzó la reunión.

—¿Qué me parece? Lo siento, no me encuentro bien, debo salir un momento.

Preocupada, Raquel me siguió.

—¿Me quieres decir qué te sucede? Nunca te he visto así.

—No sé, Raquel, es una locura. Creo que necesito unos días de descanso, mi mente me está jugando una mala pasada, solo eso. Quizás si desconecto durante unos días, me sentiré mejor.

—Sí, creo que deberías hacerlo, llevas demasiado tiempo sin descansar.

Entramos de nuevo en la reunión y el responsable de recursos humanos se

acercó a mí.

—¿Hay algún problema?

—No, tranquilo, estoy bien. Cosas del pasado.

Nos sentamos de nuevo y seguimos con la reunión.

—Bien —dijo entonces, dirigiéndose a mí—, decíamos que este cliente

quiere una publicidad dirigida a los jóvenes y la propuesta de Miguel nos

parece diferente.

—De acuerdo, explicadme.

Pasó entonces a narrarme la idea.

—¿Qué te parece, Silvia?

—Creo que es interesante. Pásame todos los datos para que los estudie y

en una semana nos volvemos a reunir.

—De acuerdo.

—Bueno…, y antes de terminar la reunión, quería deciros que me cogeré

varios días de descanso. Necesito desconectar.

Justo cuando salíamos de la sala de juntas, Saúl, otro compañero, se

acercó.

—¿Qué te pasa?

—Nada, solo que necesito unos días y haré el trabajo desde casa.

Cualquier duda, me llamáis, que tendré el teléfono operativo. Quiero que, si

durante estos días, surge algún problema, sea la hora que sea, os

pongáis en

contacto conmigo.

De camino a casa llamé a Raúl, pero debía de estar en alguna reunión

porque le saltó el contestador. Le deje un mensaje:

—Raúl, imagino que estas en alguna de tus reuniones. Solo quería decirte

que voy para casa porque me encontré un poco indispuesta, pero tranquilo

que estoy bien. Solo necesito descansar unos días, nos vemos a la hora de

comer.

De regreso a casa, Lila me esperaba en la puerta, como cada día.

—Hola, ¿has visto qué pronto he llegado hoy?

Saltaba como una loca y no dejaba de seguirme a todas partes. Dejé el

bolso y el portátil, me acurruqué en el sillón y me quedé dormida. Me

despertó el teléfono, que se había quedado en el bolso y, cuando fui a

cogerlo, ya no sonaba. De nuevo era un número desconocido y, de repente,

sentí unas pisadas que venían de la planta de arriba.

—Raúl, ¿eres tú?

Comencé a subir las escaleras, pero el teléfono sonó de nuevo. Era Raúl.

—Raúl, ¿eres tú?

—Sí, soy yo. ¿Qué te ha ocurrido? Me preocupó tu llamada.

—Nada, cariño. Solo que no me sentí bien.

—Dime que no fuiste a esa dirección. Eres una cabezota y nunca me

haces caso.

—Tienes razón… no debí ir.

Volví a recordar ese olor a rancio, como si poco a poco me envolviera de

nuevo. No reconocía mi propia casa. Las escaleras envejecían por momentos.

Intenté acercarme y, justo cuando me apoyé sobre ellas, comenzaron a

desaparecer una a una, abriéndose un gran hueco ante mis pies. Sentí como

mi cuerpo caía lentamente en aquel abismo, sentía manos que me rozaban,

susurros y huesos que iban cayendo tras de mí… Entonces la voz de mi

marido me sacó de aquel trance.

—Silvia, ¿qué ocurrió?

—No lo sé… ¿Qué me está pasando?… Esta mañana había una señora…

Pero después, cuando me iba, ya no estaba allí… Había desaparecido… Todo

es muy extraño…

No sé, Raúl, pero estoy asustada. Ahora en casa me acaba de ocurrir algo

muy extraño, debió de ser una pesadilla. Además, pensé que habías llegado a

casa porque escucho pasos arriba.

—¿Pasos arriba? Quiero que salgas de casa. Espérame fuera que voy

ahora mismo.

—No te preocupes, estoy bien.

Intenté tranquilizarle diciéndole que todo había sido un mal sueño. Justo

cuando me iba a decir de nuevo que saliese de la casa, algo me golpeó y mi

menudo cuerpo chocó contra el frío suelo de mármol que había en el

recibidor, justo al lado de la escalera.

—¡¡¡Silvia, ¿qué ha sido ese ruido?!!! ¡¡Silvia, contéstame!!

Pero ya no se escuchaba nada.

ALGUIEN TE VIGILA

Raúl siguió llamando durante todo su trayecto a casa, pero el móvil estaba

comunicando. También llamaba al móvil de Silvia, pero nadie contestaba.

Estaba asustado y se le hizo el trayecto interminable. Al llegar, dejo el coche

en medio de la calle.

—¡Las llaves!

Buscó en los bolsillos y recordó que las había guardado en la guantera del

coche. Corrió de nuevo hasta él y entró en casa. Todo estaba en silencio.

—¡Silvia!, ¿dónde estás?

Nadie respondió. Subió las escaleras de dos en dos, presa del pánico. Fue

al dormitorio, corrió al cuarto de invitados, al de sus hijas, pero ni rastro de

ella.

—¡¡¡¡¡Silvia!!!!!

Seguía llamándola, pero no obtenía respuesta. Cuando volvió a bajar a la

primera planta escuchó una voz a lo lejos.

— ¡Raúl! —gritó Silvia—. ¿Eres tú?

— ¡Sí! ¿Dónde estás?

Estaba asustado. Sus manos comenzaban a sudarle y la llamaba,

desesperado. Podía escuchar su voz, aunque parecía tan lejana que su miedo

iba en aumento. Volvió de nuevo al hall e intentó calmarse, pero su corazón

latía tan deprisa que perdía el hilo de la voz de Silvia. Se dirigió gritando a la

puerta que había justo al lado de la cocina y entonces la escuchó de nuevo. La

voz venía de la puerta que daba al garaje.

—¡Estoy en el garaje, pero no puedo abrir!

Raúl corrió hasta la puerta y se dio cuenta de que esta estaba atrancada.

—¡Espera, Silvia! ¡Abriré desde fuera!

—Date prisa, ya casi no puedo respirar…

Salió a la calle e intentó abrir desde allí, pero era imposible. La puerta del

garaje estaba bloqueada.

—Silvia, quiero que te quites de detrás de la puerta, ¿me oyes? Aléjate

todo lo que puedas.

—Sí, ya estoy. ¡Deprisa! ¡Estoy mareada!

—La echaré abajo.

Lo intentó, pero era inútil. La desesperación lo estaba bloqueando.

Comenzó a dar patadas a la puerta y, por fin, la tiró abajo. El coche estaba en

marcha.

—¿Y el mando, Silvia?

—No lo sé… Cuando me desperté estaba dentro del coche.

—Dichosos coches automáticos.

Raúl intentó abrir el garaje desde dentro, pero seguía bloqueado. Silvia

estaba muy pálida y apenas podía respirar, así que la sacó a la calle,

pidiéndole que respirase despacio, mientras llamaba a urgencias. Le cogieron

el teléfono enseguida.

—Sí, dígame.

—Por favor, envíen una ambulancia a la calle Oswaldo Duran, número 6.

¿Cuánto tardarán en llegar?

—Tardaremos unos 15 minutos.

—Pues déjelo entonces. Iré yo en mi coche, llegaremos antes.

Al girarse vio una sombra por las escaleras.

—¡Eh! ¿Quién anda ahí?

—Raúl, vámonos. No me encuentro bien. Quien sea es peligroso.

Abrió la puerta del coche, la sentó al lado del asiento del conductor, bajó

la ventanilla y Silvia comenzó a respirar poco a poco. Él entró en la casa y

fue hasta el mueble del recibidor, de donde cogió la copia de la llave que

tenía para parar el coche. Abrió la puerta del garaje ya con el mando y salió

corriendo sin darse cuenta de que dejaba abierta la puerta de su casa.

Solo

pensaba en llegar cuanto antes al hospital. El tráfico estaba horrible. Silvia se

encontraba mal.

—Me cuesta respirar y me duele el pecho, Raúl…

—Tranquila, cariño, es normal con el esfuerzo que hiciste… Ya estamos.

Entraron por urgencias, muy agitados, y pronto les salió un celador al

paso.

—¿Qué sucede? —preguntó al ver sus caras de preocupación.

—Mi mujer se está asfixiando. Por favor, ayúdenla.

El celador pidió ayuda a una enfermera y ambos se la llevaron al *box*.

—¡Necesitamos oxígeno! ¡Rápido!

—Cariño, tranquila… Respira, ya ha pasado todo, estás en buenas manos.

Ahora era la enfermera quien se acercaba a Raúl.

—Por favor, dígame el nombre del enfermo, dirección y qué le ocurrió.

—Silvia Leal. Nuestra dirección es Oswaldo Durán, número 6 y, cuando

he llegado a casa, la he encontrado en el garaje encerrada, con el coche en

marcha y muy agitada.

—¿Un intento de suicidio?

—¡¡¡No!!! —gritó con desesperación y desconsolado sin saber qué decir.

—Entonces, ¿me puede explicar qué le ha ocurrido?

Raúl pasó a narrarle con detalle los hechos.

—¡Entonces, tenemos que llamar a la policía! —le dijo la enfermera, con

voz alterada.

—¡Sí! ¡Adelante! —grito Raúl—. ¡Que busquen huellas! ¿Me deja ir a

ver a mi mujer?

—El doctor le informará en cuanto pueda. Ahora pase a la sala de espera.

—Gracias, es usted muy amable.

Pasó a la sala de espera y, justo antes de sentarse en ella, sonó el teléfono.

Su hija le estaba llamando.

—¿Papá?

—Hola cariño, ¿qué tal estás?

—Bien, de camino a casa. Llegaré en una hora. ¿Dónde está mamá? Su

teléfono no para de comunicar.

—¿Llegarás en una hora? —pregunto extrañado—. No me dijo mamá que

venias.

—Lo sé papá, quería daros una sorpresa y mamá no sabía nada, pero ya

ves que nunca fui capaz de callarme, soy una autentica bocazas. Me dieron

una semana de vacaciones en el trabajo… En fin, ¿dónde está mamá?, ¿y por

qué estás tan serio?

—Todo está bien, ni estoy serio ni me ocurre nada. Me alegro de que

vengas, hija. Tengo ganas de verte. —Antes de seguir hablando vio que se

acercaba el médico—. Patri, te llamo en un momento que ahora debo atender

un asunto urgente.

—De acuerdo papá, nos vemos en casa.

—Dígame cómo está mi esposa, ¿sigue consciente?

—Ahora mismo estabilizada, pero la tendremos en observación 24 horas.

—¿Puedo pasar con ella? No quiero dejarla sola.

—Sí, pero procure que descanse. Le dimos un calmante porque estaba

muy nerviosa.

Entró en la habitación, se acercó a ella y le beso en la mejilla.

—Hola preciosa, ¿cómo estás?

—Cansada y muy asustada. ¿Lila dónde está?

—Estará bien, no te preocupes. Ahora duerme, no me moveré de tu lado.

Por cierto, Patri viene de camino.

—¿Por qué la has llamado? No debiste preocuparla.

—No lo hice, me acaba de llamar ella. Quería darnos una sorpresa y aun

no le dije nada. Pero llegará en menos de una hora, así que tengo que

arreglarlo.

—Pues vámonos a casa.

—No, Silvia, debes estar en observación 24 horas. Ahora la llamaré y

hablaré con ella. Tú descansa y ni se te ocurra intentar levantarte.

Raúl salió fuera para hablar con su hija. Mientras le contaba lo ocurrido,

escuchó voces dentro de la habitación. Terminó la conversación con su

hija y,

al entrar, vio cómo Silvia había vuelto a un estado de agitación.

—¿Qué te pasa? Tranquila, aquí estamos los dos solos.

La enfermera, al escuchar a Raúl, entró.

—¿Qué le sucede?

—No sé, está muy alterada. Llame al médico de nuevo, por favor.

Silvia comenzaba a gritar:

—¡¡DÉJAME EN PAZ!!

Raúl corrió a socorrerla al lado de la cama y, tomándola por los hombros,

le dijo:

—¡Aquí no hay nadie, Silvia! ¡Estamos solos tú y yo!

—Está en la ventana, ¿no la ves? ¡¡¿Acaso no ves a nadie junto a la

ventana?!!

—¿A quién? Cielo, no veo a nadie. Ahora mismo en la habitación

estamos solos tú y yo. Aquí no hay nadie más.

Silvia le cogió con fuerza la mano, lo miró y le dijo.

—¡¡¡No estoy loca!!! Sé lo que estoy viendo. Todo comienza de nuevo.

—Lo sé, mi amor, pero ahora duerme. Te vendrá bien.

La abrazó y así pasaron unos minutos. Cuando entró el médico ya se

había calmado. Al rato, llegó la policía. Raúl la soltó suavemente para que no

se despertara y salió un momento.

—Buenos días, señor, acabamos de estar en su casa. Se ha dejado la

puerta abierta, por cierto —le dijo el policía.

—¿Vieron una perrita?

—No, allí no vimos ningún perro. ¿Cuándo podremos hablar con su esposa?

—Ahora no es el momento, está dormida y es muy importante que descanse.

—Está bien, cuando despierte nos gustaría hablar con ella.

—No se preocupen, les avisaré.

Cuando Raúl volvió a la habitación, Silvia estaba acurrucada en un rincón y se había quitado el oxígeno. Volvía a tener problemas con la respiración y tenía la mirada perdida. Aquello nunca terminaba.

NO ME DEJES SOLA

Cuando Patri, la hija de Silvia, llegó a casa, estaba la policía dentro. Le pidieron que esperase fuera y los minutos se le hicieron interminables. Una vez que registraron la casa y vieron que no había nadie peligroso dentro le permitieron que entrara. Estaba muy sobresaltada. Corrió por toda la casa gritando el nombre de la perrita, Lila, pero no la encontró. Lila llevaba con ellos más de ocho años. Fue un regalo de un amigo y la consideraban como un miembro más de la familia.

Subió al piso de arriba, acompañada por un policía, y todo parecía en orden. No faltaba nada. Pero, de repente, otro policía les llamó desde

el

jardín.

—¡¿Qué sucede?! —gritó Patri desde arriba—. ¡¿Es Lila?! ¡¿Le ha

ocurrido algo?!

—¡En el jardín hay una perrita! ¡Pero no se mueve! —respondió el

policía desde abajo también gritando.

Patri bajó las escaleras corriendo y cuando llegó hasta ella la cogió en

brazos.

—Lila despierta, respira bonita…

Intentaba darle calor con su cuerpo y la perrita comenzó a moverse. Abrió

los ojos y la miró mientras lamía su mano. Cuando se fue a levantar vio en el

suelo una jeringuilla.

—No lo toque —le dijo el policía, que se encontraba cerca de ella—.

Podría haber huellas, seguro que la sedaron.

—Voy a llevarla al veterinario —comentó ya más tranquila, volviéndose

hacia los policías.

—Pero antes, díganos… ¿Vio algo extraño en la casa o en el jardín?

—Ahí —respondió señalando hacia algo de lo que acababa de percatarse

—.Al lado de la fuente. No sé qué es, pero antes no estaba ahí. Mi madre no

compraría jamás eso. Solo con mirarlo, me entran escalofríos.

Y los policías siguieron con la mirada la dirección a la que señalaba el

dedo.

De nuevo en el hospital, Becky entró por la puerta dirigiéndose hacia la

sección de información.

—Por favor, ¿la habitación de Silvia Leal, que ingresó esta mañana?

—Se encuentra en el box, en observación. ¿Es usted familiar?

—Sí, soy su hija. Me avisó mi hermana. ¿Puedo pasar a verla?

—Solo puede haber un familiar por paciente.

—Pero no sé qué ha sucedido, necesito hablar con mi padre. Dígale al

menos que estoy aquí. O déjeme pasar, solo será un segundo. Necesito saber

que se encuentra bien.

—De acuerdo, solo cinco minutos, después tendrá que pasar a la sala de

espera.

—Lo haré, muchas gracias.

Entró en la habitación y llamó bajito a su padre. Su madre dormía.

—Hola, Becky. Siento no haberte llamado, pero tu madre no se durmió

hasta hace un momento y ha estado muy alterada. Salgamos y te contaré.

—Espera un momento papá que quiero verla.

—Está dormida, hija. No la molestemos. Dejémosla descansar. Ahora te

cuento todo, pero vayamos fuera de la habitación.

—Está bien, cuéntame qué le ha sucedido. Tiene tanto trabajo… que al

final acaba pasando factura.

—No tiene que ver nada con el trabajo, ya nos contará ella cuando

despierte. La encontré encerrada en el garaje y con el coche en marcha. No

tenía el mando y, posiblemente, alguien la encerró allí. Vi una sombra en las

escaleras… Y ahora, aquí en el hospital, solo me dice que ve a alguien más

en la habitación. Está aterrada. Y también se le ocurrió ir a una dirección

desconocida que le indicó una niña por la calle.

—¿A una dirección, papá? ¿Para qué?

—No lo sé, Becky. No le presté mucha atención cuando me lo contó.

Estaba arreglándome para salir al trabajo y, como a las dos horas, me dejó un

mensaje en el contestador. Yo estaba reunido. Me llamó para decirme que se

iba para casa y que se había cogido unos días de vacaciones para descansar.

A partir de ahí no sé nada más, solo que la encontré en el garaje, encerrada y

con el motor del coche en marcha. Una locura, hija. Además, estaba medio

asfixiada.

—¿Llamaste tú a la policía?

—No, llamaron desde el hospital. Dijeron que hay que seguir un

protocolo en estos casos. Tu hermana se acaba de ir con ellos a casa.

— Sí, me lo dijo cuando me llamó. ¿Has preguntado en el trabajo de

mamá para saber por qué decidió cogerse unos días?

—No, hija… No se me ha ocurrido. He estado todo el tiempo a su lado.

—No te preocupes, llamaré ahora mismo a ver que me cuenta Raquel.

Papá, estaré en la sala de espera. Me dijeron que solo un familiar por persona

y no quiero que nos llamen la atención.

—Vale. Yo no me moveré de su lado.

Una vez en la sala de espera, sacó el móvil del bolso y llamó a Raquel.

—Raquel, soy Becky, la hija de Silvia.

—¡Hola, Becky! ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo estás? Y, sobre todo, ¿cómo

está tu mamá? Esta mañana estaba un poco nerviosa, no sé qué le ocurría.

—No muy bien. Está en observación, en el hospital.

—¡¿Qué me dices?! Cuéntame qué ha ocurrido.

—No sabemos qué le ha pasado, ¿te contó algo esta mañana?

—No, pero estaba ausente. Tenía la mirada perdida y decidió cogerse

unos días de descanso. Yo pensé que estaba agotada. Pero cuéntame qué le ha

sucedido.

—No lo sabemos aún. La policía está en casa.

—¡Qué me dices, Becky! ¿Tan grave ha sido? Me acercaré ahora mismo

hasta allí. ¿Dónde está exactamente?

—Está en el hospital del Carmen; sedada y no dejan estar más que a un

familiar por enfermo. Yo estoy en la sala de espera, así que no te preocupes

en venir, yo te mantendré informada.

—Está bien, pero igualmente, cuando salga a las dos, me acercaré.

—Como quieras. ¡Muchas gracias, Raquel!

A continuación, marcó el número de su hermana.

—Patri, ¿dónde estás?

—Estoy con la policía científica, están buscando huellas. Dile a papá que

Lila está bien. La hemos encontrado en el patio, sedada, y ahora voy a

llevarla al veterinario.

—¿Y en casa? ¿Falta algo?

—Que yo sepa no, pero en el patio hay algo que nunca vi en casa, porque

además, a mamá nunca le ha gustado. Junto a la fuente del patio, hemos

encontrado una muñeca de porcelana antigua, sobre un pequeño balancín de

madera y con un papel en blanco que pone solo un número. Se la llevará la

policía para buscar huellas. Que, por cierto, ya se van.

Dentro de la habitación, Silvia volvía a despertarse…

—Raúl, ¿estás ahí? ¿Qué ha ocurrido? Tengo un dolor fuerte de cabeza.

—Sigue durmiendo, Silvia. No hagas esfuerzos, seguro que en un rato se

te pasará.

—No me dejes sola. No sé qué sucedió hoy, pero estoy asustada.

—No lo haré. No pensaba moverme de tu lado.

Se acurrucó de nuevo y siguió durmiendo.

LA LLAMADA DE UN EXTRAÑO

Al poco rato, el móvil de Silvia comenzó a sonar. Raúl fue a apagarlo,

pero cuando vio que era un número anónimo, descolgó.

—Sí, dígame.

—Su mujer no debió ir a esa dirección, esto solo fue un aviso. Dígale que

no debe recordar, que deje las cosas como están o la próxima vez no llegará

viva al hospital.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de nosotros?

—Solo dígale que deje de buscar, porque no habrá una segunda

oportunidad. Los muertos deben estar en paz.

—¿Buscar el qué? Oiga, no entiendo nada, esto es una locura. No vuelva

a acercarse a mi esposa o usted será el que no llegue vivo.

Raúl se dio cuenta de que habían cortado la conversación. Se sintió tan

enfadado que tiró el teléfono contra el sillón y se fue a mirar por la ventana.

Quizás los vigilaban, pero allí no había nadie. Estaba asustado y tenía miedo

por lo que le pudieran hacer a Silvia. No se dio cuenta de que acababa de

entrar su hija y le estaba mirando asustada. Andaba de un lado para otro de la

sala, con expresión nerviosa. Entonces, Silvia se despertó de nuevo y le

preguntó, como si supiese lo que acababa de ocurrir:

—Era esa voz de nuevo, ¿verdad?

—¿Qué voz, Silvia? Solo era alguien que se había confundido.

—¿Volvieron a llamar con número oculto, Raúl? Y si no fue nadie…

¿qué haces, que no dejas de dar vueltas en la habitación sin parar?

—Tan solo estoy preocupado por ti. Ya te dije que se confundieron.

—No puedes engañarme, te conozco bien y sé cuándo mientes.

Su hija lo escuchaba toda confundida y preguntó:

—Mamá, ¿tienes algo que contarnos?

—La policía no me creerá, nada tiene sentido. ¿Qué les digo? ¿Que esta

mañana cuando salí con Lila me encontré a una niña que parecía perdida y

que me dio una dirección extraña? ¿Qué, al segundo, cuando miré, había

desaparecido y no había rastro de ella? ¿Que fui a esa dirección y era una

casa sombría llena de fotos en las paredes, donde había una anciana que me

invitó a charlar? ¿Que en las fotos salía una amiga mía de la infancia que

murió en extrañas circunstancias y cuyo cuerpo nunca encontraron? ¿Sabéis?,

hace un rato la niña volvió a hablarme aquí, en el hospital, y me dijo que

investigara su desaparición. Pensarán que estoy loca, ¿no creéis?

Raúl agachó la cabeza, en parte se sentía culpable porque no podía creer

lo que le estaba contando Silvia. Pero, por otro lado, al escuchar su voz,

siempre tan sincera, supo que no estaba mintiendo. Se acercó a ella, le

cogió

las manos y la vio temblar. La miró a los ojos, le hizo un guiño de

complicidad y rodeó con sus brazos ese cuerpo que estaba a punto de

romperse en mil pedazos, como un frágil cristal. Consiguió calmarla y hacer

que se sintiera segura. Le dijo:

—Cielo, es agotamiento mental.

—No es agotamiento mental. No sé por qué me pasan estas cosas, pero no

es la primera vez. Hacía ya mucho tiempo, desde la universidad, que no me

había vuelto a ocurrir.

—¿Me estás diciendo que los espíritus se ponen en contacto contigo?

—Son almas que no pertenecen a ninguna parte. Están perdidas en el

abismo, y en mí encuentran el vínculo de unión con la tierra y con sus seres

queridos. Solo desean descansar, pero primero tienen que encontrar la causa

por la que se perdieron. La niña que se puso en contacto conmigo, como os

acabo de decir, era una amiga de la infancia que desapareció y de la que

nunca encontraron su cuerpo. Se llamaba Irene, y éramos muy pequeñas

cuando ocurrió. Apenas la recuerdo, pero en casa tengo un álbum de fotos

juntas. Creo recordar que desapareció en una fiesta de cumpleaños.

Deberíamos encontrar a algún familiar suyo que quede vivo…

De repente, miró hacia la ventana.

—Ahora está aquí, junto a la ventana, y sé que no la veis. Me sigue

pidiendo ayuda.

—Ahí no hay nadie mamá, llamaré al médico. La sedación te está

produciendo alucinaciones.

—No lo hagas, Becky. Espera, confía en mí.

En ese momento, también Patri entró en la habitación.

—Me pide que vuelva a la dirección que me dio… —dijo Silvia mirando

hacia el vacío. Casi no le salían las palabras y tenía los ojos muy abiertos—.

Dice que cuando esté allí, sabré qué busco…

—¡¡¡Mamá!!! ¡¡¡Estás como en trance!!! —gritó Patri asustada.

En esos momentos, Silvia solo podía pensar en su madre. Realmente era

la única que conocía su historia y sabía que ella la creería porque aquello era

algo que también les había sucedido a otras mujeres de su familia. Necesitaba

su complicidad y que, de alguna forma, el resto de personas la creyeran.

Siempre pensó que aquello había quedado en el olvido, pero los fantasmas

habían vuelto y necesitaba respuestas. Solo su madre las podía tener, así que

decidió llamarla en cuanto pudiese.

Patri sacó a Silvia de sus pensamientos para, ante la sorpresa de todos,

confesar:

—Yo también los veo.

Todos se volvieron hacia ella.

—Nunca dije nada por miedo a que pensarais que me había vuelto loca,

pero yo también los veo, desde pequeña. Nunca me dicen nada, solo pasan

por mi lado.

Becky, ya en la sala de espera, le preguntó:

—¿Estás segura de lo que has dicho, hermana?

—Veo a la niña que habla con mamá, la que está en la ventana.

—¡¡¡¿QUÉ?!!! ¡Esta familia se está volviendo loca!

—Becky, confía en nosotras…

Silvia no alcanzaba a creer lo que acababa de escuchar de boca de su

hija.No quería ni imaginar lo que debía de haber pasado todos esos años. Si

para ella fue difícil, y tenía el apoyo de su madre, prefería no pensar en lo que

habría sufrido su hija sola.

En ese momento, su madre llegó sin que la llamase. La mujer pidió al

resto que las dejaran a solas y ellos accedieron.

—Mamá… ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Yo siempre estoy cuando me necesitas, hija. Vamos al grano y

cuéntame qué ha sucedido.

—Mamá, sucedió de nuevo esta mañana. He vuelto a ver espíritus. Se

pusieron en contacto conmigo. Y lo peor es que mi hija, Patri, también los

ve… —Al pronunciar estas últimas palabras le tembló la voz.

—No puede ser. Siempre salta una generación. —dijo la madre muy

seria.

—Pues nos fallaron los cálculos…

—Y, cuéntame, ¿quién se puso en contacto contigo?

—¿Te acuerdas de una amiga que tenía de pequeña y que desapareció en

extrañas circunstancias? Se llamaba Irene.

—Sí, claro que la recuerdo. La familia abandonó el barrio después de

aquello.

—Ella es la que ha contactado conmigo. Al principio no la reconocí,

como si mi mente hubiese borrado una parte del pasado… —Calló un

momento y después prosiguió resolutiva—. Quiero que te lleves a las chicas a

comer y les cuentes toda la historia. Ya es hora de que lo sepan todo. A Raúl

se lo contaré yo.

Al salir de la habitación, Patri se acercó a su abuela y ella les dijo

cariñosamente que se las llevaba a comer. Necesitaban respuestas que solo

ella podía darles. Cuando salieron a la calle, las tres hicieron lo mismo:

respirar profundamente. Era como si, cada una a su manera, necesitaran dejar

atrás las paredes de aquel viejo hospital y soltar todo lo negativo.

Decidieron ir a un restaurante que estaba cerca del hospital, no querían

alejarse mucho y, además, comenzaba a llover… Al llegar al restaurante,

vieron una mesa que se encontraba cerca de la ventana. Se sentaron de

espaldas a la puerta y se percataron de que apenas entraba luz. El día se había

nublado y se escuchaban truenos a lo lejos, lo que otorgaba al ambiente cierto

aura de misterio. En ese momento, la abuela sintió una gran responsabilidad,

pero ya no había marcha atrás, debía contarles todo. Una vez que les sirvieron

la comida, cogió aire, se puso cómoda y comenzó a contarles…

-Lo que le sucede a vuestra madre, y al parecer, a Patri también, le

ocurrió a mi madre, y a mi bisabuela. Siempre hemos creído que se saltaba

una generación, pero ahora no ha sido así. Por eso mamá nunca quiso que lo

supierais. Ella no había vuelto a tener problemas desde la universidad, así que

pensó que aquello se había terminado. La primera vez que le paso, tenía unos

siete años. Llegué a casa y me dijo… —Aquello que iba a relatarles había

ocurrido cuarenta años atrás… y había sido para ella un duro golpe. Por eso

algo dentro de ella tembló—. Me dijo:«Mamá, te presento a Richard», pero

yo no veía a nadie, aunque ella se empeñase en decir que estaba a mi lado.

Inmediatamente pensé en mi madre. Y haciéndole algunas preguntas,

intentando no preocuparla, descubrí que el espíritu de ese niño necesitaba

nuestra ayuda.

Antes de que continuase, Patri le preguntó:

—¿Richard era nuestro tío?¿Con el que pasamos algunas Navidades?

—Exacto, se llamaba igual que su padre.

Sus nietas se miraron sorprendidas.

EL SOBRE LLEGÓ A SU DESTINO

Entonces la abuela se puso a explicarles quién era Richard y cómo su

madre ayudó a un espíritu por primera vez con su don. Richard solo quería

que buscaran a su hijo, pues había un regalo que siempre quiso darle, aunque

había muerto antes de tener la oportunidad. En aquella ocasión, nadie las

tachó de locas, y tanto el hijo como su madre agradecieron aquel reencuentro

espiritual con Richard.

Patri, pensativa, preguntó a su abuela:

—Abuela, ¿por qué conmigo no se comunican? Solo pasan a mi lado.

—No lo sé Patri, no tengo respuestas para todo.

—Todo esto me asusta…

—Tranquila, Patri, solo son almas que quieren dar un mensaje, y tú eres

el mensajero, solo eso.

—Ya, claro, tú lo ves muy fácil. Pero mira dónde está mamá.

—Lo sé, y le ayudaremos. Sobre todo tú, Patri.

Becky se levantó y, con gesto enfadado, dijo:

—Abuela, ¡esto es de locos! ¡Yo no creo en nada de eso! ¡Las personas se

mueren y ya está!

—Becky… No intento convencerte y estás en tu derecho de no creerme,

pero entonces, ¿qué piensas? ¿Crees que tu madre intentó suicidarse? O tal

vez, ¿que está loca?

—No, abuela, claro que no. Solo que me cuesta creer la otra versión —

dijo aún enfurecida.

—Abuela, síguenos contando lo que le pasó a mamá en la universidad —

interrumpió Patri.

—Ya en la universidad, un día me llamó aterrada. Casi no podía hablar…

Y como si de un cuento se tratase, comenzó a narrarles la historia. En

aquella ocasión, le había sucedido lo mismo que con Richard, solo que el

espíritu era el de una mujer muy guapa de aura violeta. Esta mujer era

bastante misteriosa y quería recuperar un sobre que llevaba un mensaje para

un familiar suyo que vivía en París.

—¿Y mamá se fue a París, abuela? —preguntó Patri, emocionada con la

historia.

—Nos fuimos a París —corrigió la abuela—. No iba a dejar que fuera

sola.

El camarero interrumpió la conversación tan interesante que tenían, para

preguntarle si deseaban tomar algún postre.

—Espere un momento, aún no hemos terminado —dijo Becky en tono

cortante.

La abuela continuó.

—Llegamos a París y nos hospedamos en un hotel cerca de la dirección

que teníamos. A vuestra madre le preocupaba cómo haríamos para hablar el

idioma y hacernos entender. En la dirección que teníamos había una casa

muy bonita. Estábamos nerviosas, llamamos a la puerta y nos abrió un señor.

— *¡Salut!* —dijo vuestra madre con una voz que apenas le salía del cuerpo

—. Él nos contestó y, como si nos hubiese descubierto, nos preguntó si

éramos españolas.

La abuela estaba tan inmersa en la historia, que acabó trasladándose

mentalmente hasta ese momento.

—Contestamos que sí, que éramos españolas, y le preguntamos si hablaba

nuestro idioma. Nos respondió que sí, ya que su madre era española, y que en

su casa siempre hablaban castellano. Con asombro, nos dijo que no entendía

el motivo de nuestra visita. Nos pidió disculpas por atendernos en la puerta y

nos invitó a pasar. Pasamos a una salita con unos ventanales enormes

y nos

preguntó si queríamos algo de beber. Vuestra madre pidió un vaso de agua

para enfrentarse a lo que iba a contarle.—La abuela también bebió agua en

aquel instante para refrescarse la garganta.

Frente a Silvia estaba Arturo, uno de los tíos de su compañera de la

universidad, Lidia. Arturo era hijo de la dama del aura violeta, y hermano de

Valeria, que tenía el mismo nombre que su madre.

Silvia le dijo que, aunque era posible que no la creyese, su madre,

Valeria, se había puesto en contacto con ella porque existía un sobre que él

tenía que haber entregado, y que aún no lo había hecho. Este sobre debía

entregarse a su compañera de la universidad. Arturo la interrumpió antes de

que siguiese hablando, y le dijo que su madre había fallecido hacía cinco

años, aunque sí admitió lo del sobre. Sabía que tenía que dárselo a su

hermana o a sus descendientes, pero a nadie más. ¿Cómo iba a entregárselo a

ella, que era una desconocida?

Silvia le explicó que su compañera de la universidad, Lidia, era su

sobrina, nieta de su hermana Valeria, la mayor de los hermanos, y la

destinataria directa del sobre. Sin embargo, Valeria también había fallecido

tres años atrás, por ello la carta le correspondía a su hija. Le relató que ella

podía comunicarse con personas que ya no estaban en este mundo y que

tenían cosas pendientes de resolver, como era el caso de su madre. Hasta que

su nieta no tuviera el sobre en su poder, no podría descansar tranquila. Le

dijo que, si lo prefería, podía darle la dirección de su sobrina para que él

mismo se lo entregase, pero que debía ser pronto y no demorarlo más. Por

último, Silvia le comunicó un mensaje que le acababa de dar su madre. Ella le

decía que, si le había dado a él el sobre, había sido porque sabía que era una

persona muy comprometida, que siempre quiso conocer a su hermana mayor

y ahora había llegado el momento.

Arturo se levantó y se dirigió detrás de su mesa de despacho. De un

pequeño jarrón sacó una llave, se sentó sobre su sillón de piel marrón oscuro

y abrió un cajón, en cuyo interior estaba el sobre. Las miró y les dijo que ese

sobre debía entregarlo él porque era el deseo de su madre, por eso, prefería

tener la dirección. Esa misma tarde, sacó los billetes y, el fin de semana, se

fue a entregarlo, conociendo, por fin, a una parte desconocida de su familia:

su hermana.

—Abuela, ¿y qué pasó? —preguntó Becky, ya totalmente comprometida

con la historia.

—Que cuando la vio, Arturo se quedó sin palabras. Era igual que su

madre, su vivo retrato. Y Valeria, una vez que el sobre fue entregado, le dio

las gracias y se puso a caminar envuelta en una espesa niebla, con una sonrisa

en los labios. Se fue perdiendo por el viejo puente de madera hasta que

desapareció. Se reunió con los suyos, se abrazó a su querida hija Valeria y ya

no hicieron falta explicaciones. Toda una vida sin estar juntas, pero el

universo las unió toda la eternidad.

—Qué historia tan bonita. ¿Y la carta, abuela? Cuéntanos qué decía… —

preguntó Patri con mucha curiosidad.

—Nunca supimos el contenido de esa carta, pero dentro había una llave y

un apartado de correos. Yo también pienso en qué habría escrito en aquella

carta… (1)

(1) Si deseas conocer el contenido de la carta,

y saber más sobre esta parte de la historia,

solo tienes que contactar con la autora, a

través

de

su

correo

electrónico:

marisolgallardo53@gmail.com y ella te lo

hará llegar.

LA CASA ESCONDE UN SECRETO

—Creo que ya es hora de que volvamos al hospital a ver cómo está

vuestra madre —dijo la abuela levantándose—. Señor, por favor, ¿nos trae la

cuenta?

—Abuela, me voy a adelantar mientras pagáis, que luego no podemos

entrar las tres.

—Vale, Patri, ahora iremos Becky y yo.

Patri cruzó la calle para ir hasta el hospital, pero vieron cómo se paró en

seco de repente.

—Abuela, aprovechemos para tomarnos un café, así hacemos un poco de

tiempo… ¿Qué miras?

—Es tu hermana… ¿Qué hace allí parada? Es como si hablara con

alguien… pero no veo a nadie a su lado.

—Es verdad, abuela, ¡qué extraño! Vamos a ver qué le pasa.

Ambas cruzaron la calle en dirección a Patri.

—Patri, ¿qué te pasa? ¿Te encuentras bien? —preguntó la abuela.

—Abuela, hay un señor a mi lado. No lo veis, ¿verdad? Quiere que hable

con su esposa… Es la primera vez que se comunican conmigo, antes solo

paseaban a mi lado, nunca han hablado hasta hoy.

—Tranquila, solo tienes que escucharle. Pregúntale qué quiere.

—Su esposa está en el hospital, él acaba de fallecer en la mesa de

operaciones, y dice que no se puede ir hasta que hable con ella.

—Entremos en el hospital, solo tienes que seguirle.

—Pero abuela, su esposa no me creerá…

—Cielo, él te seguirá hasta que hables con su esposa…

Becky volvía a enfadarse y, sin entender nada, dijo:

—Vosotras haced lo que queráis, esto es una locura. Yo me voy a ver a

mamá, no quiero saber nada de este tema.

—De acuerdo, Becky, adelántate, pero ni una palabra de esto a tu madre.

Yo acompañaré a tu hermana.

Patri y su abuela subieron por las escaleras hasta la primera planta,

siguieron por un pasillo muy largo y fueron hasta una habitación en donde

había varias personas. Patri, como si supiese perfectamente quién era la

esposa, se acercó hasta una mujer de vestido verde. La llamó por su nombre.

—Cristina, ¿podemos hablar un momento?

—¿Nos conocemos?

—No, me llamo Patri y ella es mi abuela. Siento el fallecimiento de tu

marido, pero tengo que darte un mensaje.

—¿Un mensaje de quién? Te agradecería que hablásemos en otro

momento. Ahora no puedo ni pensar, mi marido acaba de fallecer y quiero

estar sola. —Tenía los ojos rojos de tanto llorar, y se dio la vuelta para

marcharse.

— Dice que siente la discusión que tuvisteis esta mañana, cuando querías

que viniera a urgencias…

Ella se dio la vuelta de golpe y la miró con extrañeza.

—¿Cómo sabes eso? No entiendo nada…

Patri ignoró la pregunta y siguió dando el mensaje.

—Le gustaría que llevases siempre el anillo que te regaló en vuestro

veinticinco aniversario. Dice que eres joven aún, que quiere que seas feliz. Él

está bien, tiene mucha tranquilidad y no quiere verte llorar.

—¡¡¡Ya está bien!!! ¡No pienso seguir escuchándote, charlatana! ¿Acaso

no te das cuenta de lo que estoy sufriendo? ¡¡Fuera de aquí las dos!! ¡¡Estáis

locas!!

Patri puso las últimas palabras del difunto en su boca, como si él hablase

a través de ella: —Cristina, nunca volví a ser el mismo después de conocerte.

Tu mirada fue un despertar a la vida.

Patri cerró la puerta. Pero alguien gritó desde detrás:

—¡Espera!

Se volvió y vio a Cristina pálida.

—¿Cómo sabes tú eso? Solo él y yo compartimos esa frase… —dijo con

la mirada perdida—. Cada aniversario me mandaba flores con una

tarjeta que

contenía esa cita, la misma que me dijo al conocerme.

—Sé que te costará entenderlo, pero él está aquí y no quería irse sin

despedirse y decirte lo mucho que te ama. Quiere que lo perdones por no

hacerte caso. Siempre te esperará.

Ella comenzó a llorar y le dijo a la nada:

—Fuiste el mejor marido, nunca te olvidaré. Espérame al final de nuestro

puente. Te quiero.

Patri vio cómo él sonrió. Le dio las gracias y comenzó a caminar,

perdiéndose en el viejo puente de madera que todos los difuntos cruzaban

antes de marcharse.

—Allí te esperará, ahora debemos irnos. Recuerda que él no quiere verte

triste, intenta ser feliz.

Se despidieron de Cristina y bajaron al box donde estaba Silvia. Becky

estaba en la sala de espera.

—¿Cómo está mamá? ¿Se despertó ya? —dijo Patri con precaución, por

si Becky seguía enfadada.

—Sí, pero papá quiere que esté tranquila —respondió Becky de forma

escueta.

—Debo verla.

Patri abrió la puerta con cuidado y entró en la habitación silenciosa.

—Entra, Patri —dijo Silvia—. Mi pequeña… Lo que dijiste ayer…

Siento todo lo que te pasa, no es fácil de aceptar, pero no tengas miedo.

—Tengo miedo por ti, mamá, mira dónde estás.

—Ya no estoy sola, te tengo a ti. Entre las dos buscaremos la manera de

que Irene descanse y cruce el puente.

—Papá, ¿tú ya lo sabes? —dijo Patri dirigiéndose a su padre.

—Hija, a mí me cuesta entenderlo, pero sois mi mujer y mi hija, y os

apoyaré siempre. Lo que no permitiré es que hagáis locuras, no quiero que

pongáis en peligro vuestras vidas. Quiero saber en cada momento lo que

sucede, y, a pesar de las amenazas, ayudaremos a Irene a descansar.

—Mamá, ella está aquí. ¿La ves?

—Sí, cariño, a los pies de mi cama.

La miró y se puso a hablar con ella, mientras Raúl observaba atónito.

Patri también pudo seguir el hilo de la conversación.

—Irene, lo que te ocurrió debió de ser horrible.

Irene habló para Silvia:

—¿Acaso tú no lo recuerdas, Silvi? Estábamos juntas esa mañana,

jugábamos en el parque que había detrás de mi casa, y mi abuela nos llamó

para ir a merendar, pero lo estábamos pasando tan bien, que le dije que nos

dejara un ratito más.

—Sí… es verdad… tu abuela dijo que ya era tarde. ¿Por qué no recordaba

nada? Tú insististe en quedarnos más rato, y pasó una señora con un

bebé que

no paraba de llorar. Comenzó a llover y corrimos hasta tu casa. Cuando

llegué al portal, ya no estabas. Te llamé, pero no me contestabas. Entonces

salió tu abuela… ¡Era la misma casa de la dirección que me diste! ¿Por qué

no la recordaba?

—Silvi, en el parque había alguien más, aparte de la señora…

—¿Quién?

—Debes encontrar la causa de porqué llevo perdida tantos años… No

encuentro el camino para volver a ningún lugar. Llevo vagando sola mucho

tiempo, perdida en el abismo. Necesito saber qué me ocurrió. Mientras no lo

descubra, no descansaré ni jugaré con otros niños. Veo el puente para cruzar,

allí está mi abuelita, al otro lado, pero yo no puedo cruzarlo. Estoy cansada,

quiero que vayas a ver a mi mamá, te daré un mensaje para ella cuando salgas

de aquí.

—Irene, en la dirección que me diste solo estaba tu abuela…

—Allí, en esa casa y en el parque están las respuestas, debes buscarlas.

Yo no puedo ir ni comunicarme con ellas.

—Lo haremos, ¿verdad, Patri? Buscaremos las respuestas que necesitas

para que nunca más estés sola.

Sentía tanta ternura por Irene, a pesar de ser un cuerpo sin vida, gris y

sin

color. Su rostro era pura dulzura y sus ojos continuaban siendo del mismo

azul intenso. Parecía frágil. De repente, su rostro cambió, reflejando pánico.

Se la veía asustada, Silvia intentó tenderle su mano, pero no pudo. Comenzó

a gritar y su cuerpo temblaba.

—¡¡¡Ellos vienen!!!Debo irme. Ellos os harán daño, son seres malignos…

—y con voz lejana dijo—: Esa puerta nunca la abras y jamás les dejes entrar.

—¿De quién hablas, Irene? ¿Cómo podemos saber quiénes son? ¡¡¡Irene,

espera, no te vayas!!!

SILVIA, ¡AYÚDAME!

—Mamá, me estoy empezando a asustar.

—Tranquila, cariño, tenemos que ser fuertes. Tengo que recordar qué

pasó aquel día.

Silvia se sentía tan cansada y con un horrible dolor de cabeza, que decidió

recostarse sobre la cama. Cuando apoyó su cabeza sobre la almohada, se dejó

llevar por sus pensamientos. Cerró los ojos y, sin apenas darse cuenta,

comenzó a recordar…Volvió al pasado y aquella escena se dibujó nítida en

su mente.

Era un hermoso día y estaba muy feliz. Su madre le dio permiso para

quedarse todo el día con Irene porque eran muy amigas. No paraban de subir

y bajar de los columpios, volando tan alto como sus carcajadas. Decían que

eran pájaros. A lo lejos, su abuela les llamaba, pero ninguna le hacía caso

porque querían jugar más. Irene miraba a Silvia, le guiñaba un ojo, y le

gritaba a su abuela: «¡¡¡ya vamos!!!», pero seguían allí. Cuando por fin se

marcharon, escucharon un ruido detrás de los arbustos y, como Irene era tan

inquieta, fue hacia él pensando que podría ser un animal herido. Silvia tenía

miedo porque no había nadie en el parque, pero Irene era muy tozuda y fue

ella sola. Pasaron unos segundos y empezó a gritar pidiendo ayuda. En aquel

momento, Silvia no pensó en el miedo. Echó a correr hacia donde estaba su

amiga y vio a un señor que se la llevaba. Fue tras él, gritándole, y después,

todo es confusión. Ahora parecía verlo como en una película, pero sabía que

la había metido en el maletero de un viejo coche azul. Ella se quedó

paralizada, y él fue a buscarla. Era grande y tenía una barba pelirroja. La

cogió e Irene comenzó a darle patadas. Se fijó en su gran barba pelirroja y en

un tatuaje que tenía en el brazo. Forcejeó con él para que la soltara, le mordió

en el brazo del tatuaje y, cuando estuvo libre, comenzó a correr y a gritar.

Después se desmayó. Se despertó más tarde, sobre el césped frío de la casa de

la abuela. Había mucha gente y ella solo quería ver a su madre…

De pronto, escuchó, muy a lo lejos, como un susurro. Su marido le

hablaba, pero no entendía qué decía. Fue saliendo poco a poco del trance.

Ahora sabía qué había ocurrido y necesitaba hablar con su madre. Raúl salió

a buscarla.

—¿Qué te ocurre, Silvia?

—Mamá, ¿recuerdas el día que desapareció Irene?

—Claro, hija, ya te dije que sí. Yo tenía un vestido con flores amarillas y

un gran lazo azul. Nos vinimos al hospital porque no parabas de gritar

aterrada, pero después te quedaste totalmente callada, como si tu mente

hubiera borrado lo ocurrido. ¿Por qué me vuelves a preguntar eso ahora?

—Porque he recordado lo que ocurrió, y sé quién se llevó a Irene.

También intentó raptarme a mí. Al parecer, mi mente lo borró hasta hace un

momento.

—¿Y has reconocido a la persona? Fue hace demasiado tiempo, Silvia…

Situ mente lo olvidó será por algo. Deja el pasado enterrado.

—Mamá, ¿por qué te asusta tanto que recuerde? Ahora conozco sus

rasgos, no creo que haya mucha gente como él. Cuando metió a Irene en el

coche vino a por mí. Yo estaba paralizada. Me cogió, pero comencé a darle

patadas. También le mordí en el brazo, Recuerdo que el coche era azul…

Ojalá lo hubiese reconocido entonces.

—No te culpes, Silvia, eras tan solo una niña y estabas aterrada.

—Ahora es como volver a vivirlo de nuevo.

—Silvia, ahora debes descansar. Si sigues así, los médicos no te darán el

alta.

—Mamá, yo no elegí que me sucedieran estas cosas, pero sé que tú

puedes ayudarme. Estoy asustada, ha pasado demasiado tiempo, pero ellos

han vuelto junto a los recuerdos y no me dejaran en paz. Debo saber qué le

ocurrió a Irene. Ya no solo por mí, mira a mi hija. Patri está aterrada. ¿Qué

debo hacer? ¡¡¡Dímelo!!!

—Cariño, debes hacer lo que te dicte el corazón, si estás segura de lo que

ocurrió, y de que no fue un sueño, debes contárselo a la policía, pero debes

estar convencida.

—Fue un hombre de barba roja…

—¿Barba roja?

La madre se quedó pensativa y recordó que, cerca de ellas, vivía un señor

pelirrojo, pero creía que le pasó como a Silvia, que quiso olvidar el pasado.

Se quedó durante unos segundos pensativa.

—Tenía una barba roja, sí, muy grande. Y un tatuaje en un brazo.

—¿Estás segura? –Su madre parecía sorprendida—. Había un señor que

vivía cerca de nosotros tal y como lo estás describiendo, pero al poco tiempo

de pasar todo esto, se marchó del barrio.

—¿Recuerdas cómo se llamaba?

—No lo sé, hija, fue hace mucho tiempo… Pero quizás algún vecino se

acuerde de él. Preguntaré.

—Hazlo, mamá. Sé que fue él. ¿Y si es el mismo de las llamadas? Las

piezas van encajando…

Mientras tanto, en la comisaría de policía, a la subinspectora le asignaron

el caso de Silvia. Creían que sería un caso aislado de robo. Debía ir al

hospital y averiguar qué había ocurrido. Una vez allí, contactó con el médico.

Se presentó ante él y le dijo que tenía que hacerle unas preguntas sobre Silvia

Leal. Antes, quiso saber cómo se encontraba esta. El doctor Ferrand le

explicó que estaba muy alterada y que, en esas condiciones, no era favorable

un interrogatorio. Pero ante la insistencia de la subdirectora, el médico pasó a

verla para ver si estaba mejor.

Tanto el médico como Raúl no encontraron a Silvia en un estado

adecuado para ser interrogada, pero ella insistió en querer hablar con la

policía. Así pues, el doctor acompañó a la subinspectora hasta donde se

encontraba Silvia, no sin antes advertirle de que no debía alterarla.

—Soy la subinspectora Méndez, ¿cómo se encuentra, Silvia? Van a ser

solo unos minutos…

—Estoy bien. De hecho, quería hablar con vosotros. Necesito que se

revise un caso que pasó hace mucho tiempo porque creo que todo está

relacionado con lo que ha ocurrido hoy. Se trata de la desaparición de una

niña que se llamaba Irene Luján, cuyo cuerpo nunca apareció…

¿QUÉ LE OCURRIÓ A IRENE LUJÁN?

—Como comprenderá, Silvia, necesito más datos. ¿Quién es Irene Luján?

¿Qué le ocurrió? ¿Qué año fue?

—Déjeme pensar durante unos segundos…

Silvia cerró los ojos para volver a conectar con ese estado de trance en el

que había recordado parte de la historia de Irene. Ella era una niña, tendría

unos siete años, y ahora contaba con cincuenta.

—Fue hace unos cuarenta y tres años, más o menos. Seguro que usted ni

había nacido, pero el caso debe estar archivado —le dijo a la subdirectora.

—Anotaré el nombre y le echaré un vistazo —dijo no muy convencida —.

Y ahora, cuénteme qué le ha ocurrido a usted.

Comenzó a contarle todo. También le habló de su sexto sentido y de su

historia con Irene Luján. La subinspectora no podía creer lo que estaba

escuchando, pensaba que la situación traumática que Silvia había vivido le

hacía decir cosas sin sentido. Su rostro reflejaba incredulidad, realmente

pensaba que tenía un punto de locura.

—Sé que puede pensar que estoy loca, pero estoy muy cuerda. Desde

pequeña me ocurren estas cosas… Pero llevo toda la vida viviendo en esta

ciudad, y haciendo vida normal.

—Debe entender, Silvia, que son cosas que están fuera de mi manera de

pensar y actuar.

—Lo entiendo, pero…, ¿y si le dijera que usted estaba muy unida a un

señor mayor con barba blanca, robusto, como, por ejemplo, su abuelo?

—¿Cómo sabe eso?

—Porque desde que has entrado, está a tu lado. Hay algo que lo ata al

mundo de los vivos, y, por lo que veo, es usted.

La cara de la subinspectora cambió, se quedó pálida.

—Debo irme. Investigaré sobre el caso de su amiga Irene, y estaré en

contacto con usted.

—Espere un momento. Él quiere que sepa que, aunque hubiera llegado

antes a casa, no hubiera podido hacer nada. Deje de culparse… Su infarto fue

fulminante.

Entonces la subdirectora se volvió y, con lágrimas en los ojos, le dijo:

—Aquella tarde no debí salir. Él no se encontraba bien, pero me llamaron

de la comisaría. Siempre estoy trabajando. Debí llevarlo al hospital y aún

estaría vivo.

—No habría llegado, su momento llegó. Él ahora está bien, solo necesita

que deje de sentirse culpable, para cruzar el puente y reunirse con sus seres

queridos. Está muy orgulloso de su trabajo y de la mujer en la que se ha

convertido.

—Esto es de locos, ¿en serio habla con los muertos? No voy a entrar en

su juego.

Durante unos segundos hubo un silencio. Finalmente, la subdirectora lo

rompió: —Si es cierto que está a mi lado, dígale que quiero que esté en paz,

que fue una persona y un policía ejemplar, y que siempre estará en mi

corazón.

—¿Me ayudará a resolver el caso de Irene?

—Lo haré, se lo prometo.

—Su abuelo me está diciendo que, en su casa, abajo en el sótano, hay una

caja con casos sin resolver. Eran investigaciones paralelas que él mismo

llevaba de algunos casos que nunca llegaron a encontrar. Me dice que busque

allí.

—¿En el sótano hay una caja de mi abuelo con casos sin resolver? Eso es

una prueba de lo que usted puede hacer. Así pues, si es cierto, le pediré

disculpas y creeré en lo que me dice. Ahora iré a la comisaría y abriré el

expediente, y esta noche, cuando llegue, buscaré esa caja en mi casa y me

pondré en contacto con usted.

—Gracias, y, por favor, tutéame, podrías ser mi hija. Me das confianza y

me alegro de que lleves mi caso, pues nada es por casualidad. Por cierto, tu

abuelo acaba de cruzar el puente de madera, ya está con los suyos…

La subinspectora, antes de salir, se giró sonriente y le dijo:

—Aún no sé qué pensar, pero necesitaba dejar de sentirme culpable.

Cerró la puerta y salió hacia la comisaría. Se fue hasta el parking del

hospital y se montó en su flamante coche amarillo, color que siempre le gustó

porque le daba suerte. Por el camino, no dejaba de pensar en lo que acababa

de suceder. ¿Sería verdad que Silvia se comunicaba con seres del más allá?

¿Había hablado con su abuelo? Estaba tan inmersa en sus pensamientos que

no se dio cuenta de que se equivocó de trayecto y de que había cogido el

camino hacia su casa. La llamada del inspector jefe le hizo reaccionar. Dio

media vuelta. Aquel día el tráfico estaba fatal, y ella necesitaba relajarse, así

que puso la radio. En la radio había un programa que hablaba sobre historias

paranormales. Cambió de emisora, por hoy ya era suficiente. Mientras

llegaba a la comisaría, dejó la mente en blanco y fue escuchando música

clásica.

Lo primero que hizo al entrar en la comisaría fue llamar a alguien de

confianza: —Mickey, necesito saber si cuento contigo. Tengo algo

complicado entre manos, sobre todo porque hay que buscar un caso que

ocurrió hace más de cuarenta años.

—Sin problemas, busquemos el expediente. No debe ser fácil, pues pasó

hace mucho tiempo…

Quedaron en reunirse por la tarde para bajar al sótano a buscar el

expediente. Era una habitación enorme, llena de estanterías metálicas, y los

expedientes estaban organizados por años. Después de varias horas buscando,

encontraron el de Irene Luján. Raquel, la subinspectora, se puso a ojearlo.

—¡Este caso lo llevaba mi abuelo! —dijo sorprendida—. Quizás por eso

quería que buscara entre sus cosas en el sótano.

—Raquel… —dijo su compañero mirándola de repente—, ¿cómo que

tu

abuelo quería que buscaras entre sus cosas?… Tu abuelo murió hace tiempo,

ya es hora de que lo asumas.

—Es muy largo de contar… Ahora hay muchas cosas que investigar.

Empecemos por contactar con algún familiar.

—Aquí dice que, cuando desapareció, estaba con una amiga en un

parque.

—¿El nombre de la amiga es Silvia Leal?

—Sí, así es, ¿cómo lo sabes?

—Silvia es la señora del caso que llevo. Fue la que me dijo que buscara

este expediente. Volveremos a visitarla mañana.

Se quedaron toda la tarde en la comisaría, investigando las entrañas, los

casos sin resolver… Buscando pistas y estudiando el expediente. Había tantas

cosas que no encajaban… Se tomaron su tiempo y fueron desglosando la

historia poco a poco. Se le pasaron las horas muy deprisa, pronto se hizo de

noche. Llevaban sin comer varias horas. Pidieron unos bocadillos en el bar de

la esquina para reponer fuerzas, y siguieron trabajando. Cuando llegó la

media noche, se sentían exhaustos.

—Mickey, algo se le escapó a mi abuelo… En mi casa hay una caja con

cosas de él, comprobaré si sale este caso. Ahora vayamos a dormir, estoy

agotada.

Pero a pesar del cansancio, la curiosidad le pudo y, aquella madrugada,

cuando llegó a casa, Raquel pasó delante de la puerta del sótano. Se detuvo

durante unos segundos frente a ella, pero decidió subir a darse un baño antes

de dormir. Fue hasta el baño, que estaba dentro de su dormitorio, abrió el

grifo de la bañera, y la dejó llenándose mientras bajaba descalza al piso

inferior a por una cerveza Dylanś. Le dio un trago y, mientras la saboreaba,

subió de nuevo. El agua estaba perfecta, puso la cerveza en el suelo, cogió las

sales minerales y un gel de lavanda, y fue echándolo poco a poco hasta hacer

mucha espuma. Se sumergió lentamente mientras la espuma cubría todo su

cuerpo, reclinó su cabeza y disfrutó del instante mientras, sorbo a sorbo, se

iba bebiendo la Dylanś. Perdió la noción del tiempo y, cuando miró el reloj,

ya eran las tres de la mañana. Cogió el albornoz que había tras la puerta y

enrolló una toalla sobre su pelo mojado. Aún no podía borrar de su mente la

caja del sótano…

El baño no evitó lo que hizo a continuación. Bajó al sótano y se puso a

buscar de un lado a otro. Detrás de unas viejas maletas, vio una caja enorme

que casi no podía mover. Tiró con todas sus fuerzas, deseando abrirla para

ver su contenido…

Mientras, en el hospital, Silvia pasó la noche tranquila, sin sobresaltos.

—Buenos días, dormiste toda la noche. ¿Cómo te encuentras hoy?

Le miró y con una sonrisa, le dijo:

—La verdad es que he dormido muy bien. ¿Mamá y las niñas pasaron

toda la noche aquí?

—No, cuando vieron que dormías, se fueron las tres a casa de tu madre.

Querían estar juntas. Pero vienen ya al hospital.

—Espero que esta mañana pase el médico pronto y me dé el alta…

No había terminado de decir estas palabras cuando llegó el doctor

acompañado de un grupo de médicos.

—Buenos días, ¿qué tal pasaste la noche, Silvia?

—Hola, doctor, muy bien. Dormí toda la noche y me encuentro mucho

mejor.

—Entonces te tomaremos la tensión a ver qué tal está, revisaremos esos

pulmones y, si va todo bien, te mandaremos para casa. Pero recuerda que

debes seguir descansando.

—Lo haré, el trabajo puede esperar. Gracias, Doctor.

Los pulmones respondían bien y la tensión arterial estaba controlada, así

pues, el médico decidió darle el alta aquella misma mañana. Recogieron sus

cosas, se despidió del personal que le había atendido en el hospital, y fueron

hasta el coche. El camino hasta casa era corto y no tardaron en llegar. Cuando

lo hicieron, Silvia comprobó que estaba todo en su sitio. Era como si nada

hubiera pasado. Tan solo tenía desperfectos la puerta del garaje. Una vez

estuvieron todos en el salón, Silvia se giró hacia una de sus hijas: —Patri,

¿cuántos días estarás de vacaciones?

—Me quedare una semana, mamá. En cualquier caso, tengo más días y, si

los necesito, los pediré. ¿Te parece bien si voy a por Lila al veterinario?

—Sí, hija, por favor, tengo ganas de verla.

Silvia salió al jardín mientras esperaba que volviera Patri… se sentía

intranquila, extraña en su propia casa. El volver de nuevo le producía una

sensación de ahogo, solo en el jardín se sentía libre. Se daba cuenta de que

ahora, cualquier ruido le asustaba, su pensamiento era repetitivo.

«¡¡¡Recuerda!!!», le gritaban en su cabeza. Pero realmente no podía, o quizás,

más bien, temía, recordar.

Al rato, se escuchó la puerta.

—¿Patri, eres tú?

De pronto, Lila apareció corriendo por el pasillo y se fue hacia Silvia,

saltando a su lado.

—Lila, ¡ya estás aquí! ¡Pero bueno! ¡Tranquilízate!

Lila no paraba de subirse y bajarse del sofá. Estaba feliz y no dejaba de

perseguir a Silvia. Patri vio cómo su madre se dirigía hacia la puerta de

salida.

—¿Dónde vas, mamá?

—Necesito que me dé un poco el aire, me sentaré un rato en el porche.

—Ahora saldré yo, mamá, me voy a dar una ducha.

Patri se fue hacia el cuarto de baño y abrió la ducha. Una manía que tenía

desde pequeña era dejar correr el agua. También le gustaba sumergirse

cuando esta estaba muy caliente. Cuando vio que tomaba la temperatura

adecuada, mojó su cabello primero, y después su cuerpo. Disfrutaba de esa

sensación, era como si el agua se llevara todo lo malo, y los pensamientos

negativos abandonaran su cuerpo.

Patri escuchó desde la ducha cómo el teléfono empezó a sonar.

—¡¡Mamá!! —gritó—. ¡Estoy en la ducha! ¿Puedes cogerlo?

Cuando Silvia descolgó el teléfono, se escuchaba una respiración

profunda al otro lado. No decían nada, y pronto la respiración dejó paso a una

música. Comenzó a sentirse nerviosa… Esa música la había escuchado

antes…

Le gritó al auricular que iba a colgar y, antes de hacerlo, le amenazó con

llegar hasta el final. Entonces, alguien contestó al otro lado: —¡¡¡Si lo haces,

morirás!!!

NO TE QUEDES SOLA

Raquel no hacía más que mirar todos los apuntes, documentos e incluso

alguna fotografía, que su abuelo, por alguna razón, guardó durante años en

aquella vieja caja. Algo le llamaba la atención, y sabía que, entre esos

papeles, había más respuestas que preguntas. En ese momento, pensó en

Mickey. Buscó su teléfono entre los papeles que estaban sobre la mesa, y se

dio cuenta de que lo había dejado arriba. Cuando subió a buscarlo, se

sorprendió al ver que se había hecho de día. Llevaba abajo más de cinco

horas y se le habían pasado como si hubiesen sido solo un par de minutos.

Fue hasta el bolso, sacó el teléfono…, y volvió al sótano.

—Mickey, ¿puedes venir a mi casa? Acabo de encontrar una pista, creo

que es importante.

—Tardaré quince minutos en llegar —respondió Mickey.

Raquel estaba tan absorta mirando todos y cada uno de los

documentos

que tenía su abuelo, que no escuchó el timbre. De pronto, el teléfono la sacó

de su letargo.

—¿Sí?

—¿Me quieres abrir la puerta?

—Disculpa, subo ahora mismo.

Pero antes de subir, Raquel, llevándose las manos a la cabeza, exclamó:

—Abuelo, ¡esto es una locura! Pero seguiré investigando desde donde tú

lo dejaste… si no me vuelvo loca antes.

Y después, subió rápidamente las escaleras para encontrarse con Mickey.

Estaba impaciente por contarle todo.

—Hola Mickey, ¡qué cansada estoy! ¡Ni sé las horas que llevo mirando

expedientes!

—¿Cuántas horas llevas en el sótano?

—No lo sé, perdí la noción del tiempo… Pero ven conmigo, debo

enseñarte algo.

—¿Pero no piensas vestirte? ¡Sólo tienes un albornoz y una toalla en la

cabeza! ¡No puedo creer que te duchases anoche, y te hayas bajado al sótano

así! Sube a cambiarte y mientras, te preparo café.

—¡En el cesto, al lado del frigorífico, hay pan, deberías preparar unas

tostadas también, llevo casi un día sin comer! —gritó mientras subía las

escaleras hacia su habitación.

Al llegar al dormitorio, se quitó el albornoz y lo puso tras la puerta. Cogió

su viejo pantalón vaquero y una camiseta sencilla. Antes de entrar en el

cuarto de baño a peinarse, con el pelo aún húmedo, se echó sobre la cama, y

le vino la imagen de Irene, una pequeña desaparecida hace más de cuarenta

años, cuyo rastro desapareció. ¡Qué cansada estaba! Esta vida a veces era

demasiado dura. Cerró los ojos e intentó imaginar la carita de aquella

inocente niña. ¿Qué sería de ella? Debía descubrir qué ocurrió. Estaba tan

inmersa en sus pensamientos, que le sobresaltó la voz de Mickey, que la

llamaba desde abajo.

—¡¡Raquel, se enfrían las tostadas!!

Fue hasta el cuarto de baño, se secó un poco el pelo, se acabó de vestir, y

bajó a desayunar.

—Qué bien huele, vas a tener que venir todas las mañanas a prepararme

el desayuno…

—Cuando quieras vuelvo a trasladar todas mis cosas aquí y te preparo el

desayuno cada día.

—Mickey, no quieras volver al pasado, recuerda que la convivencia no

funcionó. Estamos mejor así.

Mickey salió a hacer una llamada, y Raquel, mientras desayunaba,

recordó cómo se conocieron. Fue en el mes de octubre, cuando Mickey

empezó a trabajar en la comisaría. Los pusieron juntos a patrullar, y, en

seguida, se dieron cuenta de que tenían muchas cosas en común. Pronto

surgió la atracción entre ellos. Ambos venían de relaciones que no habían

funcionado, y el acercamiento, aunque fue difícil por los recuerdos y los

momentos duros de sus anteriores relaciones, les hizo ir confiando en el amor

nuevamente. Un día les avisaron de un atraco en una farmacia que les caía al

lado. Pusieron la sirena y llegaron en menos de cinco minutos. Cuando

entraron, no podían creer lo que veían.

El atracador era un niño que no tendría más de 12 años, con un rostro

angelical. Pero tenía una peligrosa escopeta más grande que él, con la que

apuntaba en la cabeza de la farmacéutica, quien estaba de rodillas, con la

cabeza agachada, delante de él. Cuando los vio, se puso nervioso. A voces,

decía que la mataría si se acercaban porque ella había sido la culpable de la

muerte de su madre. Al parecer, la madre necesitaba cierta medicación, y la

farmacéutica no podía entregársela. Mickey medió para aplacar los nervios, y

ella observaba atónita toda la escena. Todo el peso de la situación lo

llevó él.

En ese momento, se dio cuenta de que era un hombre frío, pero a la vez

calmado, y que sabía controlar los contratiempos. Gracias a la intervención

de Mickey, la situación salió bien. El niño al final entendió que la

farmacéutica no había tenido culpa de nada, y pudieron salir airosos del mal

rato. Ahí fue cuando Raquel se dio cuenta de que debía intentar una relación

con Mickey. Sin embargo, con el tiempo, la convivencia no funcionó. Tenían

un carácter demasiado fuerte y compartían la misma profesión. Aquello era

una bomba de relojería. Pero los sentimientos no cambiaron, seguían estando

ahí, a flor de piel, por ambas partes.

Mickey entró en la casa después de realizar la llamada, fue hasta la cocina

y se quedó mirando desde la puerta a Raquel, pero… la magia de ese

momento se rompió cuando sonó el timbre.

—¿Esperas a alguien? —le dijo Mickey.

—No, seguro que se han equivocado, pero iré a ver quién es.

Desde el pasillo se veía la calle a través del cristal, pero allí no había

nadie. Raquel abrió la puerta, miró a ambos lados y constató que la calle

estaba desierta. Justo cuando iba a cerrar, en el pomo de la puerta encontró

una vieja bolsa. Avisó a Mickey para que se acercara. Estaba pálida.

Mickey

le dijo que no tocase nada y se fue a por unos guantes. Cuando llegó de nuevo

a su lado, se dispuso a abrir la bolsa. Dentro había una caja con ropa de niña,

envejecida por el tiempo.

—¿Qué significa esto? ¿Es una broma de mal gusto? —dijo Raquel muy

extrañada.

—No sé, Raquel, vayamos a la comisaría.

—Espera… Abajo, entre los papeles que tiene mi abuelo, recuerdo haber

visto alguna foto de la niña de cuyo caso se encargó… Irene…

Bajaron hasta el sótano. Las escaleras de abedul crujían con cada pisada

que daban. Parecía que la vieja madera rugía bajo sus pies. La enorme mesa

estaba llena de papeles, y la única luz que había procedía de una vieja

bombilla que había justo encima de ella.

—Nunca bajé aquí, Raquel, durante el tiempo que vivimos juntos. Era un

como un lugar prohibido.

—Lo sé, para mí también lo era porque me recordaba tanto a él que

prefería que estuviera cerrado. Pero todo cambia. Esto es como un almacén

de la policía.Mi abuelo, por lo que me acabo de enterar, seguía el trabajo

cuando llegaba a casa,con apuntes, fotos y otros documentos. Este era su

despacho improvisado. No paraba nunca de trabajar. Mi abuela se lo

recriminaba muchas veces. Adoraba ser policía. Él era así…

Sobre la mesa de papeles, había una caja bastante grande. Era la que

contenía toda la información sobre Irene. Lo primero que hicieron fue buscar

alguna foto. En la foto, la niña llevaba los mismos pendientes que aparecían

en la bolsa de ropa. También en esta bolsa, junto a la ropa, había un anillo.

—No se le ven las manos en la fotografía, pero podríamos preguntarle a

Silvia.

—Si esta ropa es de Irene, quien la dejó es el asesino. Sabe dónde vives y

eso significa que aquí no estás segura.

—No me asustes, nadie me va a echar de mi casa.

—No seas cabezota, solo coge algo de ropa y te vendrás unos días

conmigo.

—Y, si no lo encontramos, ¿me pasaré toda mi vida viviendo en tu casa?

No me iré. Vayamos a la comisaría y sigamos recabando más documentación,

me da que esto nos va a explotar en las manos de un momento a otro.

—Aún no me dijiste para qué me habías llamado.

—Te lo contaré por el camino. Siempre tan impaciente. Todo a su tiempo.

Ahora debemos llegar cuanto antes a la comisaría.

Mientras cogía el bolso, decidió bajar las persianas.

LOS RECUERDOS DE SILVIA

—Creo que Silvia olvidó parte de su pasado. Es normal porque era solo

una niña, pero en la documentación que tiene mi abuelo, he visto que ella

también desapareció unas horas, y eso no es lo que nos contó. He decidido

que voy enseñarle la bolsa de ropa.

Aquel día, en casa de Silvia el ambiente estaba muy tenso. Estaban

preocupados por todo lo que estaban viviendo. La preocupación y el miedo

por lo que pudiera ocurrir se palpaban por cada uno de los rincones de la

casa.

Raúl se retiró a descansar. Necesitaba digerir lo que le había contado su

esposa, pues no acababa de creerse todo aquello. La madre de Silvia estaba

muy preocupada por ella, ya que cada vez estaban más cerca de la verdad,

una verdad que ella siempre quiso ocultarle. Y las hijas eran tan diferentes…

Becky tan incrédula y Patri viviendo lo mismo que su madre…

Patri se acercó a su madre. Había olvidado contarle algo.

—Mamá, cuando estabas en el hospital y vine a casa a buscar a Lila,

encontramos en el jardín una muñeca de porcelana en un balancín…

—¿Y dónde está ahora?

—Se la llevó la policía, pero, mamá, dime, ¿la pusiste tú allí?

—No, no me gustan nada esas muñecas, jamás compraría ninguna.

En la comisaría, Raquel dejó la bolsa de ropa sobre la mesa. Cogió el

teléfono para llamar a Silvia y, mientras marcaba el número, vio como

Mickey hablaba con el inspector. Desde el otro lado del teléfono, Silvia le dio

los buenos días. Ella se interesó por su estado de salud, después Silvia le

relató que había recibido otra vez una llamada de teléfono desconocida.

Raquel le pidió que se acercase a la comisaría porque tenía algo que

enseñarle.

Silvia sentía mucha curiosidad por saber qué le quería enseñar la

subinspectora. Subió a su habitación. Raúl estaba ajeno a todo, leyendo un

libro. Le pidió que la acompañase. Mientras Raúl se terminaba de vestir,

Silvia y Patri se dirigieron hacia el garaje, sacaron el coche, recogieron a

Raúl en la puerta y fueron los tres a la comisaría. Ninguno quería dejar a

solas a Silvia, por lo que aceptaron de buen grado acompañarla. No tardaron

en llegar más de quince minutos. Un policía los acompañó a una sala en

donde estaba esperando la subinspectora con una bolsa. Vieron cómo se

ponía unos guantes y sacaba el contenido de la misma. Le pidió a Silvia que

no tocase nada, que solo señalase con el dedo si había algo que le resultara

familiar.

—¿Reconoce esta camiseta?

—Sí, es la que llevaba Irene el día que desapareció.—Y señalando justo

al lado, dijo—: Pero ese vestido no lo recuerdo…

Se quedó mirándola prenda fijamente. Ese día Irene llevaba un pantalón,

la que llevaba un vestido era ella.

—Es mío —dijo atónita.

Poniéndose las manos sobre la cabeza, y negando de un lado a otro,

intentaba explicarse qué hacía su vestido dentro de esa bolsa. Acababa de

recordar súbitamente qué llevaba puesto. Se fijó entonces en el anillo.

También era suyo.

—Ese anillo también era mío… —Se llevó las manos a la boca,

sorprendida—. Me lo regaló mi abuela, y siempre lo llevaba encima hasta

que…

—¿Hasta que qué, Silvia?

Silvia se quedó pensando, sin encontrar respuesta.

—No me acuerdo… No puedo recordar… Esto es una tortura, quizás mi

madre pueda darle más respuestas, yo era solo una niña…

Raquel miró a Patri y le dijo:

—Patri, por favor, llame a su abuela, dígale que queremos hablar con ella,

pero no le cuente nada.

—¿Qué ocurre, subinspectora? ¿Por qué está mi vestido y mi anillo entre

las cosas que llevaba puestas Irene? ¿Y de dónde sacó esta ropa?

—Creemos que a usted también la secuestraron durante horas, y que el

shock le hizo olvidar lo ocurrido. Esta ropa la dejaron, esta mañana, en la

puerta de mi casa.

—Ella está aquí —dijo Silvia con voz nerviosa, ignorando el comentario

de la subinspectora.

De nuevo, el espíritu de Irene necesitaba comunicarse con ella. Todos los

presentes guardaron silencio.

—Me dice que vayamos a la dirección que me dio. También dice que me

perdona, que tan solo éramos unas niñas. No entiendo nada…¿Qué debe

perdonarme? ¡Qué ocurrió aquel día!¡Que alguien me lo explique!

AYÚDAME. ÉL ME MATARÁ

—Silvia, creemos que usted también estuvo retenida aquel día. Selo

acabo de decir hace un momento.

—¡No! ¡Yo escapé! Eso lo recuerdo perfectamente.

Silvia empezó a moverse intranquila de un lado a otro de la sala.

—¿Entonces qué hacen su vestido y su anillo entre estas cosas?

—No lo sé, esto es una pesadilla, después de tanto tiempo…

No paraba de moverse. Por segundos, su corazón se aceleraba, y había

momentos en que le costaba respirar. Se giró hacia Irene, que seguía en

aquella sala.

—Irene, ¿por qué ahora? ¿Por qué has aparecido en estos momentos de

mi vida?

Irene le dijo que él volvería actuar, y que el tiempo apremiaba porque

estaba buscando a otra niña. Silvia parecía hablar sola, con la mirada perdida.

Le preguntó si era cierto que ella también estuvo retenida y por qué debía

perdonarla. Irene la miró y le dijo que debía recuperar la muñeca de

porcelana. Ella le haría recordar. Silvia le pidió la muñeca a Raquel.

—¿Qué muñeca?—dijo Raquel extrañada sin entender nada.

—Al parecer, había una muñeca de porcelana en el patio de mi casa. Se la

llevó uno de tus compañeros para ver si encontraban huellas. Irene me dice

que debo verla, tocarla… para recordar. ¿Crees que es el asesino de Irene

quien entró en mi casa?

—¿Sigue aquí Irene? —Raquel seguía sin acostumbrarse a aquella

situación.

—Creo que tenemos que volver a casa de la abuela de Irene, y debo ver a

la dichosa muñeca. Pero, antes de nada, mírame a los ojos, Raquel, y

respóndeme a la pregunta que te hice. ¿Crees que fue el asesino de Irene

quien entró en mi casa?

—Creo que sí. El mismo que, esta mañana, me dejó la bolsa en mi puerta.

Mientras ellas seguían hablando, Mickey entró en la sala. Silvia estaba de

espaldas a él y, cuando se giró y vio la muñeca, se asustó mucho. Sintió un

escalofrío recorriendo su cuerpo y cerró los ojos para no verla. Le daba

pánico. Cuando volvió a abrir los ojos, vio la muñeca de porcelana sobre la

mesa. Estaba sucia, con el vestido roto y la cara pegada a trozos. Fue hacia

ella, la cogió y, de nuevo, sintió ese escalofrío. Se quedó pálida. Era como si,

de pronto, hubiese vuelto al pasado. No podía moverse, tenía la mirada

perdida, y no le salían las palabras. Y comenzó a recordar…

—¿Dónde estoy? —se preguntó sin esperar respuesta.

Era un lugar muy oscuro y frío, en donde apenas entraba luz. Debía de ser

un sótano, un sótano lúgubre. Hacía mucho frío, y sus ojos, poco a poco, se

iban adaptando al lugar. A su lado estaba Irene, pero no se movía. Parecía

que dormía porque estaba arropada con una manta.

—Irene, despierta… —La movió un poco— Irene,¡¿dónde estamos?!

¿Qué ha pasado? ¡¡¡¿Por qué no contestas?!!!

Su mano sobresalía por debajo de la manta. La tocó y estaba fría. A Silvia

le comenzó a temblar todo el cuerpo. Retiró la manta y había un charco de

sangre alrededor de Irene. La zarandeó, gritándole que despertase, y ella

misma se manchó de la sangre de su amiga, la cual seguía sin moverse. A

Silvia no le gustaba la sangre, y empezó a frotarse desquiciada. Miró hacia

todos lados y, al fondo, vio una caja con ropa de niña. Se quitó el vestido y

cogió una capa marrón de pelo con capucha. Se la puso y se limpió la sangre

de las manos y de los brazos. Estaba muy asustada, quería salir de allí. Vio

unas escaleras y las subió, pero la puerta estaba cerrada. Se fue hacia una

ventana, puso la caja bajo sus pies para alzarse, y miró a través de ella…

Tenía mucho miedo, frío y un olor insoportable a causa de la sangre reseca.

Empezó a temblar en el momento en que fue consciente de que la siguiente

podría ser ella.

Mientras recordaba todo lo que le sucedió, Patri y Raquel veían cómo

Silvia se restregaba los brazos y las piernas. Se asustaron de verla tan

alterada, así que Patri decidió zarandearla para que volviese a la realidad.

Silvia abrió los ojos, las miró y les dijo que había estado allí. Que ahora

lo recordaba todo. Les relató que estuvo en un sótano frío, que tenía una

pequeña ventana, y que, cuando miró por ella, había muchas muñecas de

porcelana en el jardín.

—Silvia… —le interrumpió Raquel—. ¿Vio algo más? Recuerde…

Silvia volvió a quedarse inmóvil y comenzó hablar.

—En la casa hay niños, pero no están allí conmigo, sino que están en el

jardín. ¿Por qué no me ven ni me oyen? Estoy gritando… Grito tan fuerte

como puedo. De repente, escucho campanas de alguna iglesia cercana. Pero

de pronto, siento frío, mucho frío, abro los ojos y estoy sobre hierba mojada.

¿Acaso fue un sueño? Estoy de nuevo al lado de los columpios del parque en

donde Irene y yo estuvimos jugando. Me levanto y corro a casa de la abuela

de Irene, allí hay policías y mucha gente llorando. Veo a mamá y corro a

abrazarme a ella. Me preguntan si sé dónde está Irene. Les respondo asustada

que se la llevó ese hombre, y que yo pude escapar. Siguen haciéndome

preguntas… Les describo el aspecto del hombre. Miro a mamá y le digo que

me lleve a casa. No quiero estar aquí. Tengo frío, ya no recuerdo nada. Mamá

les pide que me dejen, que soy solo una niña asustada, en estado de *shock,* y

que no recuerdo nada más.

En esos momentos llegó la madre de Silvia acompañada por un

policía.

Silvia se dirigió a ella inmediatamente: —Mamá, ¿por qué nunca me lo

contaste?

—¿El qué, Silvia? ¿Qué es lo que no te conté?

—Que yo también fui secuestrada. ¿Por qué me liberó?

—Eras una niña asustada, tu mente había borrado todo, y pensé que era lo

mejor. No quería que sufrieras toda la vida por ello, aún no sabemos cómo

escapaste de allí.

Se sentó en una silla mientras Raquel hacía preguntas a su madre. Puso la

cabeza entre las piernas y, de pronto, comenzó a hablar.

—Ella me hablaba… Ahora lo recuerdo. Me decía que tenía que huir,

pero que ella no podía acompañarme. Ella ya estaba muerta, se me aparecía

como ahora.

La mente de Silvia se trasladó de nuevo hasta allí.

Se abre la puerta y Silvia se esconde detrás de las escaleras. El que baja es

un niño mayor que ella. Tendría unos quince años. Levanta la manta de Irene

y da un salto hacia atrás, asustado. Descubre a Silvia detrás de la escalera y la

mira, indeciso.

—¡Ayúdame! ¡Él volverá a por mí y me matará! —le dice ella.

—Tsss, no grites, te sacaré de aquí, volveré esta noche.

Silvia, de nuevo en la realidad, miró a sus familiares.

—Había un chico, hablé con él. Creo que él fue quien me ayudó a

escapar.

Silvia vio cómo a su madre se le llenaban los ojos de lágrimas. Entonces,

decidida, les dijo: —Debemos volver a la casa de la abuela de Irene.

Raquel y Patri se prestaron a acompañarla, mientras que su madre y Raúl

volverían a casa a descansar. Estaba siendo duro para todos.

Las tres mujeres se montaron en el coche de policía y se dirigieron a casa

de la abuela de Irene. Era un edificio lúgubre, donde hacía mucho tiempo que

no vivía nadie. Forzaron la puerta y entraron. Nada más entrar, Silvia notó la

presencia de la abuela de Irene. También Patri.

Silvia se dirigió hacia ella y le pidió perdón por no haber recordado nada

de aquello durante tantos años. También le preguntó qué debían buscar.

—Solo tienes que mirar a tu alrededor… —contestó la anciana

misteriosa.

Silvia miró cada uno de los rincones, dio vueltas y vueltas y, de pronto, la

habitación comenzó a cambiar y volvió al pasado. Ahora está jugando con

Irene. La abuela las regaña por correr descalzas por la casa. Llaman a la

puerta y la abuela se acerca a abrir.

Silvia comenzó a gritar entre las paredes de la casa derruida. En su

recuerdo, el chico que le traía la compra a la abuela de Irene, tenía el mismo

tatuaje que su secuestrador. Miró a la subinspectora.

—Sé quién es, hay que encontrarlo. Un día vino un chico a traerle a la

abuela de Irene una bolsa del supermercado. Era el mismo que nos llevó en la

camioneta. Estoy segura de ello. Tendría menos de veinte años.

Raquel se acercó a ella, le cogió de las manos, que tenía heladas, al igual

que su cuerpo, y le dijo: —Tranquila, Silvia. Vamos a ver qué supermercado

había cerca y cuál tenía reparto a domicilio.

—¿Escucháis esas campanas? Si cierro los ojos, es el mismo sonido que

os dije que escuchaba cuando estaba en el sótano.

—Eso quiere decir que no estabas lejos de aquí.

¿QUÉ ESCONDE EL SÓTANO?

Cuando ya estaban a punto de marcharse, Silvia les frenó.

—Un momento, aún no nos podemos ir.

Irene señalaba una mesa de madera carcomida por las termitas. Encima

había una vieja revista, también maltratada por el tiempo. En la portada había

un anuncio de una casa con jardín que se vendía. Silvia reconoció algunos

rasgos de ella.

—Debemos ir a esta casa.

—Calle Escorpión, número 8… Parece que pone un ocho…,pero puede

que sea un tres… La imagen está un poco borrosa.

—Esa calle está aquí al lado —dijo Raquel.

—Es la casa en la que estuve retenida. ¿Estuve secuestrada aquí al lado y

nunca lo supe?

Silvia se sentía nerviosa, le temblaban las piernas y apenas podía hablar.

Tenía ganas de saber qué ocurrió, de recordar. Le dijo a Raquel que

debían darse prisa, que el tiempo apremiaba y tenía que atar todos los cabos

sueltos. Salieron de la vieja casa en ruinas sin mirar atrás, subieron al coche,

pusieron el GPS. Sabían que estaban cerca, pero no estaban seguras de qué

dirección tomar. En menos de cinco minutos, habían llegado a la dirección.

—Ahí está la casa —dijo Silvia reconociéndola—. Pero ahí vivía… No

puede ser.

—¿Quién vivía ahí, Silvia? —le urgió la subinspectora.

—Daniela… una compañera nuestra de clase. Cuando comenzó el curso,

ella no volvió, se marcharon a vivir a otra ciudad y nunca más volví a saber

de ella. Sé que tenía varios hermanos y que todos eran chicos. Ella era la más

pequeña.

—¿Recuerdas sus apellidos? Si supiéramos sus apellidos podríamos

adelantar mucho la búsqueda.

—No lo recuerdo…

—Tranquila. Puede ser que los propietarios actuales lo recuerden. A lo

mejor les compraron la casa a ellos. También podemos buscar en el colegio,

en sus expedientes académicos.

Una vez en la puerta de la casa, llamaron al timbre. Abrió una señora de

unos sesenta años. La subinspectora se presentó.

—¿Sucede algo? ¿Le ha ocurrido algo a mis hijos?

—No, tranquila, solo queríamos hacerle unas preguntas sobre la casa,

¿lleva mucho tiempo viviendo aquí?

—Más de treinta años, pero tengo todos mis papeles en regla.

—Estoy convencida de ello —dijo Raquel—. Pero quería hacerle unas

preguntas sobre los antiguos propietarios.

—Pasen, no se queden en la puerta. Llamaré a mi marido, él tiene mejor

memoria que yo.

El marido se encontraba sentado en un viejo sillón, leyendo la prensa,

mientras degustaba una limonada. La mujer lo llamó y le explicó el motivo

de la visita.

Cuando el marido estuvo en la sala, Raquel se puso a hablar con el

matrimonio. Silvia comenzó a mirar a su alrededor intentando recordar, y sus

pasos le llevaron frente a una puerta. La abrió y vio una escalera que bajaba

hasta un sótano. Comenzó a bajar, ausente de la conversación que escuchaba

entre la policía y los inquilinos. Sintió un escalofrío por todo el cuerpo y, de

nuevo, comenzó a rememorar la escena.

Aquel chico le prometió que iría a por ella y que le ayudaría a salir de allí.

Hacía mucho frío en aquel sótano, pasaron varias horas, y cuando miró por la

ventana, vio que ya era de noche. Recordó que miraba el cuerpo inerte de su

amiga y que le ponía las mantas que encontraba encima porque pensaba que

ella también estaría pasando frío.

De repente, la puerta se abrió de nuevo y ella corrió a esconderse tras la

escalera. Era él, el mismo niño que le dijo que volvería a buscarla. Le dijo

que debía prometerle que olvidaría todo, y ella comenzó a llorar. Le tomó la

mano y la llevó hasta el exterior. Al mirar hacia atrás, vio cómo, entre una

extraña niebla, Irene le sonreía.

Subieron las escaleras sin apenas hacer ruido, pasaron por un pasillo

largo, y el niño le abrió la puerta, instándola a que corriese lejos de allí. Ella

no sabía dónde estaba, se sentía perdida. Recordó que, antes de salir, vio una

fotografía sobre la pared, de Daniela. No sabía cuánto tiempo estuvo

deambulando por las calles, cansada. Al final, se rindió y se dejó caer sobre la

hierba. Cuando la despertaron los primeros rayos de sol del día, se encontraba

cerca de los columpios, en el parque que estaba al lado de la casa de la abuela

de Irene.

UN LUGAR PARA OLVIDAR

Después de preguntar a los dueños de la casa, Raquel se dispuso a bajar al

sótano junto a ellos. Cuando lo hizo, se encontró a Silvia en él, tirada en el

suelo, semiinconsciente. Se fue reanimando poco a poco.

—¿Qué ha pasado, Silvia?

—Lo recordé todo. Aquí es donde estuvimos Irene y yo. Aquí fue donde

la mataron. Justo aquí estaba su cuerpo. —Señaló el lugar—. ¿Por qué no lo

recordé antes?

—No te martirices. Ya sabemos que ellos les compraron la casa a los

anteriores propietarios. Tenemos los nombres y apellidos. Los vamos a

encontrar.

—¿Entonces, aquí mataron a una niña? —preguntaron los inquilinos,

incrédulos.

—Así es, se llamaba Irene. Era mi amiga.

—A veces, se escuchan ruidos extraños que provienen del sótano, como

un llanto desconsolado de alguien. Al principio, bajábamos para ver qué

ocurría, pero nunca encontrábamos nada, solo una vez vimos una muñeca de

porcelana. La pusimos debajo de un estante, y ahora evitamos bajar hasta

aquí.

—¿Podemos ver la muñeca?

—Sí, claro.

Cuando iban a volver a bajar al sótano, el marido dijo:

—Ahora que me acuerdo, el otro día vino un señor que decía que tenía

que ver la instalación de la luz…Insistió en que era una revisión general del

vecindario. Bajó al sótano y estuvo como una media hora allí. Cuando

pregunté a mis vecinos, ellos me dijeron que nadie había pasado a revisarles

nada.

—¿Y recuerda cómo era?

—Es complicado porque traía una gorra, y apenas cruzamos algunas

palabras.

—Qué raro. De todos modos, enséñenos la muñeca.

Perola muñeca no estaba. La mujer se sorprendió al no encontrarla.

—Raquel… Esto puede parecer una locura, pero, ¿y si es la muñeca que

apareció en mi jardín y vino aquí a buscarla antes?

—Podría ser… Llamaré a Mickey para que la traigan, pero, ¿qué sentido

tiene jugar tanto con una muñeca de porcelana?

—Subinspectora, perdone, pero encontré algo. Parece un diario, tiene

algunas páginas arrancadas. ¿Os puede servir de pista?

—Todo puede ser una pista. ¿Hicieron ustedes obras en el sótano?

—No, lo normal. Pintarlo de vez en cuando, aunque es curioso, pues hay

una zona en donde la pintura siempre se desprende. Justo allí enfrente.

La subinspectora se acercó y comenzó a golpear la pared.

—¿Os dais cuenta de que suena hueco? Si nunca encontraron el cadáver

de la niña, puede estar tras esta pared.

Raquel subió y cogió de su bolso el móvil. Llamó al comisario para que

mandase una patrulla hasta allí. Aprovechó también para pedirle que

averiguase dónde se encontraban ahora los anteriores propietarios de aquella

casa.

VOCES, DISPAROS Y SILENCIO

Mientras Mickey llevaba de vuelta a casa a Patri, recibió el aviso de que

había desaparecido una niña. Cuando miró a su acompañante para preguntarle

dónde quería que la dejase, vio que su cara había cambiado.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Mickey.

—Acabo de ver una niña, justo detrás de ti, por el espejo retrovisor, y me

asusta.

Mickey miró, pero no vio a nadie.

—Ahora no podemos jugar a esto, Patri, debo dejarte en tu casa.

—No es un juego ni estoy bromeando. Quiere comunicarse conmigo, y

parece importante. Me dice que debemos detenerlo, que recuerda que tenía un

tatuaje en el brazo y barba roja, que su nombre es Louise Treasure. Que

busquemos su expediente, que ella desapareció hace quince años, que

debemos ir al embarcadero.

—Llama a Raquel y coméntaselo. Y dile a tu espíritu que se ponga a tu

lado, pero que a mí no se acerque.

—Tranquilo, no te va a hacer nada, ya no está.

—Si no te importa, te llevo a casa luego. Vamos a solucionar esto antes.

—Vale.

Patri marcó el número de Raquel.

—Raquel, estoy con Mickey. Pide que busquen en la comisaría, en los

expedientes de hace quince años, a una tal Louise Treasure. Creo que es otra

víctima del hombre que buscamos.

—Esto es una locura.

—Lo sé, pero debes buscar, me ha dicho que vayamos al embarcadero.

—¿Para qué? ¿Qué hay allí?

—No lo sé, solo me ha dicho que debemos ir al embarcadero.

—De acuerdo, pero mandaré una patrulla allí. Yo estoy llegando a la

comisaría.

Mientras todo esto sucedía, Silvia no dejaba de pensar en lo que vivió en

aquel maldito sótano de la casa. Estaba aterrada. Pensar que estuvo allí

retenida durante horas, con su amiga muerta, en un lugar oscuro, con

humedad y ventanas tan pequeñas que apenas entraba la luz, y que, después,

olvidase lo que sucedió…

Siguió buscando entre las cosas que habían dejado allí, en aquel lúgubre

sótano. No entendía cómo algo tan personal como las fotografías quedaron

allí olvidadas junto a los muebles almacenados. Allí también había quedado

algo más: el recuerdo de su amiga muerta. En una vieja caja de música

encontró una fotografía de toda la familia. Se sorprendió. En ella aparecía su

captor, pero no el niño que la ayudó a escaparse. Siguió buscando entre las

cosas y encontró más fotografías, pero en ninguna estaba dicho niño. ¿Quién

fue entonces el que la ayudó a escapar?

Todo era como un puzle que debía recolocar en su mente. Allí seguía

buscando las pistas mientras los dueños de la casa habían subido al piso

superior. No quería permanecer allí sabiendo que una niña había fallecido en

aquel lugar.

De pronto, comenzó a escuchar voces que provenían de la parte de arriba

de la casa. Fue a ver qué sucedía y escuchó dos disparos. Se asustó y buscó

de nuevo un lugar donde esconderse. Cogió el móvil y lo puso en silencio. Le

mandó un mensaje a Patri.

«Patri, no sé qué ha sucedido en el piso de arriba, sigo en la casa donde

mataron a Irene. Estoy en el sótano, pero escuché dos disparos. Estoy

escondida en el sótano. Alguien baja».

Patri recibió el mensaje y se quedó paralizada. Cuando reaccionó, le gritó

a Mickey:

—¡¡¡Corre!!!¡¡¡Mi madre está en peligro!!!¡Ha escuchado disparos en la

casa, cree que hirieron a los dueños!… Pobre matrimonio… Pediré refuerzos,

la comisaría no está lejos y llegarán enseguida.

Silvia corrió a esconderse detrás de la escalera, se agachó, cruzó sus

brazos sujetando sus piernas y puso su cabeza entre ellas. No quería ver ni

mirar a ninguna parte, solo quería salir de allí. Sentía pasos que se iban

acercando a las escaleras que daban al sótano. Escucho las sirenas de la

policía y de ambulancias, respiro aliviada, sabiendo que estaría a salvo…

Escucho una voz, que la llamaba…

—¡¡¡Silvia!!! —dio un grito desesperado—. ¡Nos han disparado! ¡Mi

esposa no contesta! Ha sido el mismo que vino el otro día a ver lo de la luz, le

he reconocido. ¿Tú estás bien? Se ha ido corriendo.

En esos momentos, entró la policía. Comprobaron que estuviese todo

despejado. También entraron los sanitarios con una camilla, eran un médico

acompañado de una enfermera. Patri y Mickey entraron después. La escena

era desoladora. Vieron tendida en el suelo a la mujer que vivía en aquella

casa. Estaba inmóvil, rodeada de un charco de sangre, y había perdido el

conocimiento.

Los médicos intentaban reanimarla, su marido se encontraba al lado

cogiéndole la mano. Patri divisó a su madre y fue corriendo a abrazarla.

Se llevaron a la mujer al hospital para operarla y extraerle la bala. Patri se

dio cuenta de que aún llevaba encima la muñeca de porcelana. El marido de

la mujer que estaba tendida en el suelo le dijo que era exactamente la misma

muñeca del sótano.

Raquel llegó justo antes de que los trasladasen al hospital. Se dirigió al

marido y le dijo:

—Lo siento mucho. Los pondremos en la misma habitación, y tendrán,

las 24 horas, dos policías en la puerta para protegerlos. Nunca quise ponerlos

en peligro.

Y ya, dirigiéndose a Silvia, le preguntó:

—Silvia, ¿cómo se encuentra? ¿Pudo verle la cara?

—No…, pero en el sótano encontré estas fotografías antiguas de la

familia. Míralas, tiene un gemelo. Pero el niño que me ayudó a salir de aquí

no aparece en ellas. —Le tendió la fotografía con la mano temblorosa.

—¡Un momento!

Gritó la subinspectora dirigiéndose hacia los sanitarios que ya se llevaban

a la pareja. Mostró la fotografía al marido y le preguntó:

—¿Reconoce en esta fotografía al que les acaba de disparar?

—Sí… es uno de estos dos. Es este. —Señaló al que tenía un bebé en

brazos—. Esos ojos son inconfundibles.

La policía científica ya había llegado a la casa y bajaban al sótano. Les

señalaron el lugar en donde podría estar Irene, y se pusieron a picar la pared.

Cuando llevaban un rato picando, se cayó un trozo de pared y, tras ella,

encontraron una bolsa. Al abrirla, no podían creer lo que estaban viendo.

¿ES EL CUERPO DE IRENE?

Al abrir la bolsa se encontraron cráneos humanos mezclados con cabezas

de muñecas de porcelana. Eran cráneos pequeños de niños. Era espeluznante

ver aquello. En total había nueve.

—Aquí hay más bolsas… —comentó uno de los agentes.

Abrieron las otras dos bolsas y encontraron huesos humanos. ¿Quién

había podido cometer aquella brutal masacre? Se llevaron todo a analizar

para saber a quién correspondían aquellos cráneos. La subinspectora pidió

que buscasen entre los secuestros y desapariciones que se produjeron en el

condado desde hacía unos cuarenta años. Sabía que aquello llevaría tiempo,

pero convocó a todos los agentes disponibles. Además, en aquellos

momentos, una niña había vuelto a desaparecer.

—¿Se encuentra bien, subinspectora? —preguntó uno de los policías.

—No… Creo que voy a vomitar… Esto es horrible. Subiré arriba,

necesito que me dé el aire.

Arriba estaba Silvia esperando saber qué habían encontrado. Cuando vio

salir a Raquel, se dirigió hacia ella.

—¿Que ocurrió, Raquel?¿Encontraron algo?

—Sí…Es algo horrible. Disculpa, Silvia, necesito respirar y sentarme un

momento, es demasiado duro.

Silvia vio cómo algunos agentes subían con tres bolsas, una de ellas casi

rota, y de la que sobresalía un cráneo.

—¿Qué es eso? —dijo Silvia asustada—.¿Es Irene? ¿Han encontrado su

cuerpo?

—Aún no lo sabemos, hay nueve cráneos en esa bolsa, y en las otras dos

han encontrado huesos del resto del cuerpo. Lo llevamos todo a analizar.

Raquel estaba pálida…y se acordó de su abuelo, y de la investigación

paralela que él había comenzado. Miró a Silvia y le comentó: —Silvia, llevo

años en esta profesión, pero nunca vi algo igual. Esos son huesos y cráneos

muy pequeños, de niños… ¿Qué mente enferma puede hacer algo así?

—Lo sé, Raquel, es horrible, yo no me explico tanta crueldad. ¿Por qué?

No creo que sea una mente enferma, creo que es una persona sin

sentimientos.

Se produjo un silencio entre ellas que rompió Silvia.

—Raquel, quería comentarte algo.

—Pues dime —le dijo Raquel.

—Estoy pensando que, cuando todo sucedió, yo no tenía más de siete

años, y que, quien me secuestró, tendría unos dieciocho o veinte. Me

lleva

más de 10 años de edad, por lo que, ahora mismo, podría tener más de

sesenta años. Y la persona que vi, desde el sótano, asaltar esta casa, no creo

que tenga más de treinta.

—Silvia, toda esta historia es muy extraña, quizás haya más de una

persona involucrada, pero no pararé hasta descubrirlo todo.

Raquel decidió volver a la comisaría. Se dirigió a Mickey y le dijo que

era hora de regresar. Debían interrogar a la familia de la niña que había

desaparecido, sobre todo a su hermana, ya que era la única testigo de los

hechos y, quizás, pudiera darles alguna pista, algún detalle.

A Silvia y a Patri las llevaría un coche patrulla hasta su casa. Raquel se

aseguró de que alguien les interviniese el teléfono, por si volvían a llamar.

Una vez en la calle, se dirigió a dos policías que se encontraban en los

alrededores de la casa: —Quiero esta casa precintada y una patrulla aquí

permanentemente. Puede que regrese.

Silvia y Patri montaron en el coche patrulla e hicieron casi todo el camino

en silencio, pues no podían llegar a entender lo que estaba sucediendo. Silvia

intentaba recordar todo lo que pasó el día en que las secuestraron, a Irene y a

ella, pero aún tenía lagunas. Ya en casa, madre e hija estaban tan casadas y

asustadas, que Silvia decidió darse un baño relajante y Patri se echó sobre el

cheslón, acurrucada.

Mientras el agua caía y se iba llenando la bañera, echó sales minerales

con olor a lavanda. Ese olor siempre la relajaba. Encendió unas velas, era la

mejor forma de desconectar de un día tan duro, y cerró los ojos intentando

olvidar todo lo que le estaba sucediendo. Se quedó casi dormida… Al rato,

salió de la bañera, cogió su albornoz y se fue al mueble donde tenía sus

cremas. Hizo su ritual de siempre, usó una crema especial para las piernas

cansadas, se dirigió al espejo que ocupaba toda la pared y, antes de reflejarse

en él, notó un escalofrío. Sintió una presencia cerca de ella. Cerró los ojos, no

quería verlo.

—No sé quién eres, pero hoy he tenido un día muy intenso y necesito

estar relajada. No puedo escucharte.

—Necesito que abras los ojos, me mires y me escuches. Tengo algo

importante que decirte.

Silvia abrió los ojos y, cuando lo vio a través del espejo, gritó:

—¡Eres tú! ¡El chico que me ayudó a escapar de la casa! ¡Estás igual que

entonces! ¿Por qué estabas en aquella casa?

El chico era flacucho, más bien desaliñado, con el pelo muy corto, unos

shorts negros y una camiseta manchada de sangre, al igual que los brazos.

Disimulaba su cara escondiéndola detrás de una gorra negra. Y tenía una voz

cálida y pausada.

—Todo sucedió una tarde que me dirigía a casa de un amigo. Iba con mi

bicicleta, y un coche me arrolló.

—Ese accidente es igual al que yo vi hace unos días, unos minutos antes

de ver el espíritu de Irene.

—Sí, lo sé, lo viste hace unos días, pero no sucedió entonces. Estabas

reviviendo lo que me sucedió hace más de 30 años. El que me arrolló con el

coche fue quien os había secuestrado, y vosotras ibais dentro. Quedé anclado,

de alguna manera, a vosotras. No pude salvar a Irene, pero al menos a ti te

ayudé a olvidar… Ellos son peligrosos, no sé qué les ocurre, pero matan y

matan…

—¿Ellos? ¿Quiénes son?

—Todo comenzó por el abuelo.

—¿El abuelo de quién?

—De Daniela, tu compañera de clase. ¿La recuerdas?

—Sí….

—Todo comenzó por su abuelo, él fue el primero que comenzó a matar.

Después le seguiría su hijo, el padre de Daniela, y, más tarde, su nieto, uno de

los gemelos. Pasa de uno en uno en cada generación. Ahora, su hijo, el

sobrino de Daniela, es un asesino en serie. Toman el relevo generacional, y

nunca han sido capaces de descubrirlos. Son personas normales, con vidas

normales, integrados en la sociedad. Ni siquiera sus familias saben nada.

Nunca dejan cabos sueltos, tú eres el único. Hace algunos días, sin saber por

qué, comenzaste a recordar, y la maquinaria se ha puesto en marcha. Ellos

han vuelto, y ahora debes tener cuidado porque vienen a por ti. No les

permitas que te hagan daño a ti o a tu familia. Aunque nunca han hecho daño

a un adulto, te ven como la niña que los desafió.

—¿Y qué puedo hacer?¿Cómo han podido saber que volvieron mis

recuerdos?

—Las noticias vuelan, y más en una ciudad como esta. Ten los ojos muy

abiertos, piensa que, con toda la información que te di, puedes ayudar mucho

a la policía. Sabes que tienes un don, puedes comunicarte con nosotros, los

espíritus, y ayudar a otras personas. Ellos también tienen ese poder, pero son

todo lo contrario. Son demonios terrenales, saben que lo más doloroso para

un ser humano es ver morir a un hijo, por eso siempre van a por

niños. Tú

puedes desenmascararlos.

El niño comenzó a difuminarse en el aire.

—Espera, no te vayas, dime cómo podré hacerlo.

—Emplea tu instinto, como siempre.

Patri, viendo que su madre tardaba en bajar de la ducha, decidió subir a

buscarla.

—Mamá, ¿estás bien? —preguntó desde el otro lado de la puerta.

Silvia no contestaba.

—¡PAPÁ! —gritó desesperada—. ¡Sube! ¡Mamá no me contesta!

¡MAMÁ!

DEVUÉLVEME A MI HIJA

Silvia se sentía un poco aturdida. Eran demasiadas emociones para un

solo día. Después de la conmoción de hacía unas horas, ahora se sumaba la

historia que aquel niño le acababa de contar. Ese niño…, un espíritu errante,

como él mismo se definía. Al escuchar las voces de su hija se lavó la cara

rápidamente y abrió la puerta dirigiéndose a ella:

—Tranquila, estoy bien, he debido de sufrir un desmayo. Me duele la

cabeza y no recuerdo nada.

—Estaba preocupada, mamá, esto nos está volviendo locas… Al llamar y

no obtener respuesta, me temí lo peor.

Se abrazó fuertemente a ella y, al abrir los ojos, vio a un niño rubio

inmóvil.

—Mamá, no estamos solas… Justo detrás de ti estoy viendo a un niño,

¿sabes quién es?

Silvia se giró y le dijo:

—Si hija, es una larga historia. Ahora debo descansar un rato, más tarde

te contaré.

Patri se acercó al niño:

—¿Me puedes decir qué ha ocurrido aquí?

—Tenía que comunicarme con ella, debéis daros prisa, ahora mismo los

segundos cuentan. Tenéis que desenmascararlos, es la única que puede

hacerlo. Ayúdala, tú tienes el mismo don que ella, veis lo que los demás no

ven. ¡Tengo que irme! ¡Ya vienen! ¡No los dejéis entrar!

—¡¡¿Quiénes vienen?!!

Pero no hubo respuestas, en ese instante desapareció.

Mientras tanto, en la comisaría nadie paraba, era una locura. Raquel

nunca imaginó que alguien pudiera cometer tales atrocidades.

Se fue hacia su mesa, cogió toda la documentación que tenía del caso y se

fue a hablar con los padres de la niña que había desaparecido recientemente.

No tenía mucho que decirles, pues todo seguía igual, pero ellos sí podrían

ayudarlos si tenían cualquier pista, por mínima que fuera.

—Hola, soy la subinspectora, Raquel. Sé que están pasando unos momentos muy duros, pero necesito que confíen en nosotros. Haremos todo lo que esté en nuestras manos.

Dirigió su mirada hacia la joven, hermana de la desaparecida, que no dejaba de llorar. Iba a decirle algo, pero entonces habló la madre:

—Por favor, ¡devuélvame a mi hija! ¡Encuéntrela! Es lo único que le pido… Es tan pequeña, y debe de estar tan asustada…

—Tranquila, la encontraremos. —La subinspectora volvió la mirada hacia la hermana de la desaparecida—. ¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Sara.

—Bien, Sara, quiero que me cuentes, paso a paso, todo lo que sucedió. Cualquier detalle, por insignificante que te parezca, nos puede ayudar mucho.

—De acuerdo. Mamá y papá iban hacer unas compras y, como a Elisa le gustaban tanto los columpios, decidí bajarme con ella al parque un rato.

Estuve todo el tiempo mirándola, se lo prometo…

Comenzó a llorar sintiéndose culpable. Volvió la mirada a sus padres, buscando su perdón.

—Tranquila, hija, no te culpes. Pudo ocurrirnos a cualquiera. Ahora intenta recordar para ayudar a la policía.

—Está bien. —Se secó las lágrimas—. Cuando llegamos al parque no había nadie. Estuvimos las dos en los columpios. Al cuarto de hora, alguien se sentó en el banco de enfrente, un señor de unos sesenta años con un

periódico que comenzó a leer. Pasaron dos o tres chicas también, aunque no

recuerdo bien cómo eran. Estaban haciendo *footing*.

Después, un chico de unos treinta años se paró frente al señor del banco y

le pidió fuego. En ese momento, recibí un *WhatsApp* de Jaime, un amigo…

—Sus labios temblaron y volvió a mirar a sus padres—. Sé que siempre me

decís que Elisa es muy confiada y se puede ir con cualquiera, y que por eso

no debo perderla de vista… Os prometo que fue un momento, yo no quería

que sucediera esto… —Se puso muy nerviosa de nuevo.

—Está bien, tranquila —le dijo su padre—.Procura seguir recordando.

—Jaime me mandó un video de unos dos minutos, y me puse a verlo.

Cuando miré hacia los columpios ya no estaba. Comencé a llamarla, a correr

de un lado para otro… Me recorrí todo el parque y ni rastro de ella. Fui a

preguntar al hombre del banco, pero ya no estaba. Me desesperé. Pasó una

señora con su pequeña y me intentó ayudar, pero no la encontramos. Llamé a

mis padres, y después ellos os llamaron a vosotros. Yo me quedé en el parque

por si aparecía, y la señora también me acompañó hasta que aparecisteis

todos…Por favor, encuéntrenla. Es muy pequeña, debe de estar muy

asustada. Ella es muy ingenua, se fía de todo el mundo, pero no puede

pasar

mucho tiempo sin nosotros.

—¿Me podrías decir cómo era el señor del banco?

—Sí, me llamó la atención porque tenía una barba muy blanca y los ojos

azules.

—Está bien, voy a llamar al dibujante que tenemos para que intente hacer

un retrato robot. ¿Y qué me dices del chico joven?

—A él lo vi menos, sé que llevaba un maletín pequeño.

—¿No le viste la cara?

—No mucho… Pero creo que también tenía los ojos azules…

—¿Podrías reconocerlo en fotos?

—Puede ser…

Raquel hizo una llamada de teléfono para que le acercasen las fotografías

que Silvia encontró en el sótano. También aprovechó para llamar al

dibujante.

Mickey fue el encargado de traer las fotografías. Llegó junto al encargado

de realizar el retrato robot. Raquel se volvió a dirigir a la niña:

—Está bien, Sara, quiero que te tomes tu tiempo y me digas si reconoces

a alguien de la foto. Después explícale a Joan cómo era el señor del banco y

hará un retrato de él.

—De acuerdo.

Cogió las fotos y las miró una por una. Todos estaban pendientes de los

gestos de la niña. No tardó mucho en afirmar:

—Es él. Es uno de estos dos gemelos. Pero aquí es más joven.

Mientras iba explicando cómo era el rostro del señor y cómo iba vestido,

el dibujante de la comisaría iba trazando el dibujo sin titubear. Los ojos los

pintó de un color claro, azules. El hombre era muy alto y delgado, llevaba

puesto un pantalón azul marino y una camisa blanca, y no tenía nada de

especial, aparte de una de sus orejas, que estaba deformada.

Cuando terminó se lo enseñaron a Sara y le preguntaron:

—¿Se parece?

—Sí, es él. Es igual al señor que leía el periódico.

—De acuerdo. Sara, has hecho un excelente trabajo, eres una chica muy

lista. Ahora pueden regresar a casa, pero necesitamos intervenir su teléfono

por si reciben alguna llamada extraña.

—¿Puedo volver a ver las fotos? —preguntó entonces Sara.

—Claro, las veces que quieras.

Se puso a mirarlas detenidamente.

—La niña…

—¿Qué ocurre con la niña?

—La niña de la foto se parece mucho a la niña que llegó con su mamá y

me ayudó a buscar a mi hermana.

—Mickey, pregunta si le pidieron el teléfono o la dirección a la señora

que estaba con Sara, por favor —ordenó inmediatamente Raquel.

Mickey tardó unos pocos segundos en conseguir la información. Regresó

rápido con ella:

—Dijo que se llamaba Andrea. Dio un teléfono móvil, pero no la

dirección de su casa.

Raquel le arrebató el número de teléfono de las manos y marcó, ansiosa.

Alguien descolgó al otro lado.

—Lo siento, creo que se ha equivocado.

Raquel ya había supuesto que el número sería falso.

—Intentaremos encontrarla—dijo a los presentes—. Ahora vuelvan a su

casa, y llamen si recuerdan algo más. Los acompañarán dos policías de

servicio, y se quedarán en su casa por si hubiese movimientos.

Mientras, en su casa, Silvia había dormido casi dos horas. Abrió los ojos

y aún se sentía aturdida. No sabía ni si era de noche o de día ni si todo era un

sueño o era real. Bajó y se preparó un café bien cargado. Mientras se lo

tomaba, contó a su familia lo ocurrido en el baño.

—Mamá, debes hablar con Raquel, es información muy importante.

—Cariño, no entiendo nada… —dijo Raúl—.No debe ser fácil vivir

viendo espíritus. A mí me cuesta creerlo, pero siempre supe que eras especial.

—Gracias Raúl, sé que no es fácil entenderlo, pero no puedo luchar

contra eso. Siempre pensé que el don terminaría en mí, no pensé que a Patri

le ocurriría lo mismo.

Durante la conversación con Raquel, Silvia se enteró de que habían hecho

un retrato robot del sospechoso. La subinspectora le pidió que fuese a la

comisaría para verlo. Quedó en presentarse allí en media hora. Le pidió a su

hija que la acompañase.

Justo cuando iban a coger el coche, Silvia recibió una llamada de un

número oculto. Se lo mostró a Patri antes de descolgar.

—Sí, dígame.

—Silvia, que la niña viva dependerá de ti.

—¿De mí? ¿Por qué? —Silvia intentaba aparentar seguridad en la voz.

—Debes seguir con tu vida como si nada hubiera pasado. No vayas a la

comisaría, vuelve a entrar en tu casa y no remuevas más el pasado. Ya han

encontrado el cuerpo de Irene, se acabó tu búsqueda.

—No puedo consentir que sigáis matando. No a criaturas inocentes.

—De acuerdo, entonces en tu conciencia quedará la muerte de esta niña.

Estás advertida.

—Está bien… —Silvia dudó—. De acuerdo… Volveré a mi casa.

Silvia miró alrededor, a ver si veía a alguien o a cualquier coche con una

persona dentro, pero no encontró nada extraño. Quizás podrían estar en el

bloque de enfrente, vigilándola.

—Solo una pregunta… ¿Cuándo soltarán a la niña?

—Ya la avisaré, ahora vuelva a su casa y siga con su vida.

—Si tú pones reglas, yo también. Antes de que anochezca, quiero que la

niña esté sana y salva en casa. Es más, quiero que me la pases al teléfono.

Su interlocutor alzó la voz:

—¡Tú no pones las reglas! ¡Aquí el único que pone las reglas soy yo! ¡Y

no olvides que sigo todos tus pasos! Estoy tan cerca que puedo escuchar tu

respiración.

Silvia apagó el móvil de golpe.

—Patri, volvamos a casa —dijo cogiendo a su hija por el brazo.

—¿Qué pasa, mamá?

Salió del coche dando un portazo. Estaba muy enfadada porque alguien,

que no conocía, controlaba su vida y sus pasos. Se sentía encerrada en su

propia jaula, y fue entonces cuando le explicó a su hija:

—Creo que tenemos micrófonos o cámaras puestos en casa…Vamos a

decirle a la policía que abandonamos el caso. Quiero que les mandes un

WhatsApp a papá y a tu hermana, y les digas lo que ocurre. Diles, que mi

teléfono no es seguro y que creo que, cuando entraron aquella mañana,

pusieron cámaras.

Silvia se sentía vigilada en su propia casa. Fuese donde fuese, notaba que

unos ojos la observaban. No podía soportar aquella situación por más tiempo,

debía abandonar la investigación, pues ya habían encontrado a Irene.

Además, sabía que no solo ella estaba en peligro, también el resto de su

familia.

Patri pensó que debería hablar con la policía, así pues, le dijo a su madre,

como excusa, que necesitaba distraerse y que había quedado con una amiga

para tomar un café. Cuando se montó en el coche, puso el manos libres y

llamó a Raquel. Le contó lo que había sucedido y que creían que tenían

cámaras que las vigilaban. También le pidió que no se acercaran a la casa.

Que, por el contrario, mandase a un agente a reunirse con ella, como si,

realmente, aquella fuese su amiga. La esperaría sentada en la mesa de la

ventana del café, pondría un bolso de lunares blancos encima de la mesa para

que la reconociese, y llevaría puestas unas gafas de sol. Patri se dio cuenta de

que un coche rojo estaba siguiéndola. Le pregunto a Raquel si era algún

compañero, a lo que ella respondió que no. Patri frunció el ceño y volvió a

darle las señas a la subinspectora: Cafetería Lonja, en el centro de la ciudad,

dentro del centro comercial. Patri pensaba que allí habría mucha gente y no se

atreverían a hacerle nada.

Patri se dirigió al centro comercial y se sentó, como dijo, cerca de la

ventana. Era una cafetería de moda que se encontraba en el centro de la

ciudad. Cuando llegó la agente fue todo muy natural, parecían amigas de

verdad. Quedaron en que, por la tarde, iría a merendar a su casa, como si

fuese Esther, una antigua amiga de universidad.

SILVIA ES ÉL, NO TE FIES

De vuelta a casa, fue hasta la cocina, donde estaba su madre.

—Bueno, mami, ya veo que no necesitáis más manos en la cocina.

—Pues creo que no. Ya está casi todo preparado, pero coge de la

despensa una botellita de vino. Que sea blanco, Patri.

—De acuerdo, mamá. ¿Dónde está exactamente? No lo encuentro.

—En la repisa de arriba, ¿lo ves?

—Pues no, mamá, aquí el vino que queda es tinto

—Voy, despistada.

Silvia entró en la despensa, miró hacia todos los lados.

—Patri, he comprobado que aquí no hay cámaras. En la despensa siempre

tengo un bolígrafo y una libreta para apuntar la lista de la compra. Iremos

escribiendo aquí lo que queramos decirnos.

—De acuerdo —dijo Patri muy bajito—. Esta tarde vendrá una agente

haciéndose pasar por mi amiga Esther de la universidad, es con quien estuve

tomando café. Raquel ya sabe todo, y nos comunicaremos con ella a través de

Esther. Tomaremos café en la terraza, allí no creo que haya cámaras.

—¡Pero qué despistada, Patri! ¡Aquí está la botella! Becky, ¿quieres ir

poniendo la mesa? Raúl, ve abriendo la botella.

Mientras iban colocando los platos, Raúl entró en la despensa a buscar el

sacacorchos y, al hacerlo, leyó la nota que había dejado Silvia. No sabía qué

hacer, se puso nervioso. Cogió el sacacorchos y salió hacia la cocina mirando

a Silvia.

—Perfecta la elección del vino, siempre hay que mirar bien porque un

mal vino nos puede estropear esa comida tan apetitosa que habéis hecho —le

dijo.

—Mamá, ya está todo preparado. Venid a sentaros —dijo Becky.

—Qué bien, hija, que esta pesadilla haya acabado porque ya estoy muy

mayor para tanto susto —dijo la madre de Silvia.

—Pues sí, abuela, qué bien. Lo importante es haber encontrado el cuerpo

de Irene y darle sepultura. ¿Los padres de Irene viven aquí?

—No tengo ni idea, hija. Imagino que Raquel se pondrá en contacto con

ellos, ese ya no es problema nuestro. Cambiemos de tema, ¿qué os parece si

mañana pasamos todo el día fuera, para distraernos? Lo necesito.

—¡¡Me parece estupendo!! —gritó Becky mientras se dirigía a la cocina

—. ¡Mamá, yo me apunto!

Becky se dirigió hacia la despensa para coger el pan y leyó la nota, se

quedó paralizada sin saber qué hacer. Cuando regresó, estaba muy callada,

como el resto de comensales.

—Qué callados os habéis quedado… —comentó la abuela.

—Es verdad, abuela. Dicen que cuando se hace este silencio es que ha

pasado un ángel.

Todos se miraron y comenzaron a reír.

—Ángeles…, espíritus… Creo que ya hemos tenido bastante por estos

días.

—A todo esto, ¿os acordáis de Esther? Mi amiga de la universidad…

Pues he quedado con ella para tomar café esta tarde. Me dijo que tenía

muchas ganas de saludaros.

Mientras tanto en la comisaría, Raquel daba órdenes a la agente que se

haría pasar por Esther. No quería poner en peligro a más familias. Además,

seguía sin haber información sobre la niña desaparecida y el tiempo

corría en

su contra.

—Mickey, ¿puedes venir un momento? Hay que movilizarse. Necesito

saber más sobre los cuerpos que hemos encontrado, aún no sabemos si uno de

ellos es el cuerpo de Irene. Si es así, habrá que buscar a sus padres para que

puedan enterrarla, y pueda descansar. ¿Mandaste ya los retratos robot a las

demás comisarías?

—Sí, están trabajando sobre ello.

—Subinspectora, la llaman por la línea tres, no se han querido identificar,

dicen que solo hablarán con usted.

La subinspectora cogió el teléfono.

—Dígame.

—¿Es usted la subinspectora Méndez?

—Sí, ¿puedo saber con quién hablo? ¿Se puede identificar?

—No, no lo haré, solo quería decirle que, si se pone en contacto con

Silvia o cualquier miembro de su familia, la niña morirá.

—¿Cómo puedo estar segura de que aún vive? Dígame qué ganan

matando a niños por puro placer.

—No más preguntas, la niña aún está viva, y todo dependerá de usted.

Silvia hace mucho que tenía que estar muerta, la próxima vez no fallaremos y

la mataremos.

En ese momento, al otro lado de la línea, colgaron. Raquel se giró

hacia

Mickey.

—Mickey…, Silvia está en peligro, no nos podemos acercar a ella, pero

necesitamos a la policía secreta. Esther, llama a Patri y pregúntale que si le va

bien a las cuatro para que vayas a su casa.

En casa de Silvia, todos seguían reunidos en una comida familiar en el

salón. Patri recibió una llamada de Esther, narrándole lo sucedido, a lo que

Patri le respondió afirmativamente a la quedada, y le dijo que su familia tenía

muchas ganas de saludarla. Al otro lado de la línea, Esther insistió: —Intenta

poner el lavavajillas y di que no funciona. Buscad el número del servicio

técnico y me llamas de nuevo a mí.

Cuando terminaron de comer, Patri se levantó y comenzó a retirar los

platos y a meterlos en el lavavajillas. Ya en la cocina, llevó a cabo el plan.

—Mamá, creo que el lavavajillas se ha estropeado. Me dijiste que estaba

fallando, ¿no? Pues ya no funciona. ¿Dónde tienes el número de teléfono de

averías?

—¿Qué ocurre, hija? —Le miró a los ojos y supo que algo pasaba—.

Toma, este es el número, diles que vengan hoy, que ya es la segunda vez en

menos de un mes que se nos estropea.

Patri marcó el número y llamó al teléfono de Esther.

—Hola, hace varios días que el lavavajillas está fallando. ¿Pueden venir

lo antes posible a mirarlo? No podemos estar así.

Al otro lado, Esther le pasó el teléfono a Raquel.

—No quiero que dejéis que tu madre salga sola a ningún lado. Seguid las

instrucciones que os dé la policía secreta que vamos a mandar como si fuese

el servicio técnico. Ellos ya saben que tenéis cámaras, llevan un teléfono para

tu madre.

Cuando colgó, se giró hacia su madre:

—Dicen que no tardarán en venir.

Patri decidió salir un rato al jardín con Lila. Se sentó en un sofá que había

fuera y notó la brisa de la tarde. Lila se durmió a sus pies. Tenía, sobre la

mesa de cristal, un libro que estaba leyendo: *Siente, sueña y ama,* de su amiga

Marisol Gallardo. Se puso a leerlo y, se concentró tanto en la lectura, que no

escuchó el timbre de la puerta. Era la policía secreta, iban disfrazados de

técnicos. Lila empezó a ladrarles.

—Díganos, ¿qué le ocurre al lavavajillas?

Silvia, que ya había llegado a donde ellos, empezó a ver como una

nebulosa. Irene apareció allí. La advirtió de que no eran policías.

—Señora, ¿le ocurre algo? ¿Se encuentra bien? Solo necesitamos saber qué le ocurre al lavavajillas.

—Disculpé…,la verdad es que no lo sé exactamente, mírenlo ustedes.

Patri se encontraba en el salón, con el resto de la familia y, de pronto, recibió un *WhatsApp* de Esther donde le confirmaba que, efectivamente, los técnicos llegarían a las cuatro de la tarde. Al leer aquello, se quedó paralizada. ¿Entonces, quiénes eran los que estaban en su casa? Contestó rápido al *WhatsApp*: «¡Esther! ¡Mi madre está en peligro!».

CORRE Y NO MIRES ATRÁS

Silvia los acompañó hasta la puerta que comunicaba la casa con el sótano.

—Abajo, a mano derecha, se encuentra la instalación de la luz, por si quieren mirar antes allí. Puede ser un fallo de luz.

—Vale.

—La verdad es que son ustedes muy eficientes, han llegado enseguida.

Mientras bajaban, Silvia se dirigió corriendo hasta el salón donde estaban sus hijas y su madre.

—Quiero que subáis las tres, ¡rápido! No perdáis tiempo.

—Mamá —dijo Patri—, sé que no son los técnicos. Me acaba de escribir Esther y me ha dicho que ellos llegarían a las cuatro. Ella ya está avisada.

¿Cómo lo sabes tú?

—Patri, ahora no hay tiempo para explicaciones. Subid y encerraos en tu

habitación y, por favor, ni una palabra a papá, se enfrentaría a ellos. Dejadle

durmiendo la siesta.

Patri no quería dejar sola a su madre, y Becky se adelantó y despertó a la

abuela, que seguía en el sillón. Silvia les pidió a las dos que subieran arriba

sin hacer ruido, pero antes, Patri le dio el teléfono a Becky para que llamase a

Esther y le contase lo que sucedía. La abuela, aún somnolienta, no se estaba

enterandode nada, solo obedecía las órdenes que le daban unas y otras. Iba a

regañadientes, porque no sabía qué estaba sucediendo, Becky la cogió de la

mano cuando se encontraban al final de la escalera y le dijo que iban a ir al

dormitorio que estaba al final del pasillo y se quedaría allí sin hacer ruido. La

acompañó y la dejó sentada en el sillón que había cerca de la chimenea. Le

prometió que volvería enseguida. Salió del dormitorio y se fue hasta el baño.

Una vez allí, abrió el grifo para que no los escucharan hablando por

teléfono si hubiese cámaras o micrófonos. Llamó a Esther.

—Esther, están en casa, mamá está en peligro. No tardéis en llegar.

En ese momento, escuchó un golpe.

—Acabo de escuchar un golpe y alguien sube por las escaleras.

—Quédate dónde estás. Estamos llegando.

Becky abrió un poco la puerta del baño y vio cómo alguien entraba en el

dormitorio donde estaba su abuela. Se disponía a salir cuando, de repente,

empezó a escuchar disparos. Volvió adentro, desde donde escuchó los gritos

de su padre y más disparos. Becky comenzó a sollozar.

La policía secreta llegó junto a Esther, y se encontraron la puerta de la

casa abierta. Entraron despacio, sacando la pistola. Primero miraron en el

salón y, una vez confirmaron que no había nadie, cruzaron el pasillo hasta

llegar a la cocina, en donde encontraron a Patri en el suelo. Corrieron hacia

ella y descubrieron que tenía una herida abierta en la nuca.

—Patri, respóndeme. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está tu madre?

—No sé qué ha ocurrido, alguien me golpeó por detrás en la cabeza y no

recuerdo nada más. ¿Y mamá? ¿Dónde está?

No podía levantarse porque estaba mareada.

—Has recibido un buen golpe, Patri… No sabemos dónde está tu madre.

Señaló a dos compañeros y, mirando a Mickey, les dijo que subieran a

inspeccionar el piso superior. No hacía ni dos segundos que Mickey había

llegado al piso de arriba cuando bajó gritando muy nervioso: —

¡¡¡¡Esther!!!!! ¡Llamad a una ambulancia! ¡Rápido! ¡Se nos va!

En el baño, Becky estaba tan asustada que se acurrucaba en un rincón.

Los disparos y gritos la tenían paralizada. También llegó Raquel, quien se

dirigió de manera inmediata hacia donde estaba Mickey, mientras el resto de

personas estaban paralizadas en sus respectivos puestos. Cuando llegó arriba,

no pudo creer lo que vio. Había sangre por todos lados, y empezó a sentirse

culpable. La abuela estaba junto a un gran charco de sangre y Raúl

descansaba en el suelo con un disparo y sin conocimiento. Sin perder la

calma, se giró hacia Mickey: —No quiero que Becky ni Patri vean este

espectáculo dantesco. Sacadlas fuera.

Esther fue la encargada de buscar a Becky por la casa. Fue habitación por

habitación y, cuando entró en el baño, la encontró asustada en un rincón, con

el teléfono aún en el oído. ¿Cómo explicar aquello? Su madre había

desaparecido, su hermana estaba inconsciente, y su padre y su abuela se

debatían entre la vida y la muerte. Se acercó a ella y le dijo: —No salgas,

espera aquí hasta que yo vuelva a por ti.

Cuando llegaron las ambulancias, Raúl empezaba a recobrar un poco el

conocimiento… Sacó fuerzas para mirar a Raquel y decirle: —¿Cómo han

podido dejar que suceda esto? ¿Dónde se encontraban ustedes mientras mi

familia estaba en peligro?

—Lo siento, Raúl… Nada ha salido como esperábamos…

Un policía se acercó a Raquel y le dijo:

—Esto estaba en las escaleras del sótano.

En las manos llevaba una muñeca de porcelana, de cuyo cuello colgaba

un trozo de tela blanco en el que se leían unas iniciales y una fecha.

—¿Qué significan las dichosas muñecas de porcelana? Llamad a la

policía científica, quiero que busquen huellas por todas partes.

Silvia estaba aterrada, no paraba de llorar. Había escuchado disparos en

su casa. Ahora les gritaba preguntándoles qué le habían hecho a su familia,

pero nadie le respondía. Necesitaba tranquilizarse. Le habían cubierto la cara,

estaba echada en el asiento de atrás, pero no sabía hacia dónde la llevaban.

De nuevo, sintió el sonido de las campanas de la iglesia, escuchaba ruidos de

coches y, por todo ello, sabía que seguía en la ciudad. Volvió a gritar

pidiendo auxilio con la esperanza de que alguien la escuchara… pero, poco a

poco, los ruidos de coches cesaron, dando paso al silencio.

—Deberíamos echar gasolina, pero ella está en el asiento de atrás. Te dije

que deberíamos haberla metido en el maletero —escuchó decir a alguien.

—Lo sé, pero ya estamos cerca. De todos modos, la culpa fue tuya por no

sacar las cosas que había en el maletero de la niña.

De pronto, se dio cuenta de que entraron por un camino distinto, quizás

de tierra, porque sentía los baches. Comenzó a contar para saber durante

cuánto tiempo irían por aquel sendero. Sabía que la velocidad no era más de

treinta o cuarenta. Ya estaba cansada de contar, cuando se detuvo el

coche.Mil ciento sesenta y cuatro. Sintió cómo sus captores salían. Pasaron

unos minutos hasta que abrieron la puerta de atrás y la cogieron por el brazo.

Con la voz rota y entre sollozos, les dijo: —Díganme que no hicieron daño a

mi familia… Escuché varios disparos, necesito saber que están bien.

¿¡¡Quieren contestarme!!? —gritó con desesperación.

—Si quieres salir con vida, haz lo que te decimos, y todo irá bien.

Bajaron unas escaleras y le quitaron lo que le cubría la cara. La dejaron

sola en un cuarto oscuro. De nuevo, se encontraba en un sótano. Se levantó

temblando y se tropezó con algo. Se agachó y, tocando con la mano, se dio

cuenta de que era un cuerpo.

—Otra vez no… —dijo dando unos pasos hacia atrás—. No puedo pasar

dos veces por lo mismo.

Sin embargo, el cuerpo no estaba frío. Se agachó de nuevo y comenzó a

buscarlo con la mano. De repente, se escuchó una voz: —No me haga daño,

por favor… Le prometo que seré buena.

Y comenzó a llorar. Silvia le dijo que no se preocupase, que ella no le

haría daño. Notó que el pequeño cuerpo tiritaba, por lo que palpó por la

estancia hasta que encontró unas mantas llenas de polvo. Las sacudió y las

echó encima de la pequeña. Siguió buscando para ver qué más podía

encontrar, y dio con un viejo bate de béisbol que escondió tras las escaleras.

Fue tocando las paredes por si había algún interruptor de la luz. El techo no

era muy alto, y de él pendía una bombilla. Probó a enroscarla un poco más y,

entonces, se encendió. La pequeña y ella quedaron iluminadas.

Silvia subió las escaleras y comenzó a dar golpes a la puerta. Les gritó

que la pequeña tenía frío y hambre y siguió golpeándola hasta que

comenzaron a sangrar sus nudillos. Sabía que nadie le haría caso, así que bajó

de nuevo las escaleras.

Pero no podía darse por vencida, pues aquella pequeña la necesitaba. Le

preguntó cómo se llamaba y, en voz bajita y sin atreverse a mirarla, le dijo

que se llamaba Elisa y qué quería ir con su mamá. Entonces Silvia le dijo su

nombre, y le prometió llevarla con su mamá. Para tranquilizarla, se le ocurrió

contarle un cuento. Se sentaron bajo las escaleras, en un rincón, y comenzó a

relatar…

—Se titula: *El sueño de Sol*. Erase una vez un país en donde el sol hacía

tiempo que no recorría casi ningún lugar del reino. Dicen que el sol dejó de

visitarlos cada día porque su amiga la lluvia se había enfadado con él, y

decidió apropiarse de aquel reino, dejando a todos sin esa luz tan bonita que

daba calor y magia a aquel lugar. Se volvió un país gris y triste, y tan solo

podía lucir su luz el sol en un pequeño lugar, llamado Los sueños de Sol.

La pequeña la miró y le dijo:

—Y ese lugar, ¿es donde estamos ahora? Este sitio es gris y triste.

—No, pequeña, este no es aquel reino. Tan solo estamos en un sótano,

pero muy pronto saldremos de aquí. Te lo prometí, ¿recuerdas? Pero sigamos

con el cuento, ¿te parece? —La pequeña asintió con la cabeza—.Ese lugar se

llamaba así porque, un día, una niña y su familia, cansados de tanta lluvia,

comenzaron a recorrer todo el país buscando un lugar soleado, con luz y

personas felices. Llevaban tanto tiempo de un lado para otro, recorriendo

todos los lugares, que, cansados, decidieron quedarse en un pequeño rincón

junto al mar, una playa desierta a donde nunca iba nadie porque

siempre

llovía allí también. Hasta que un día, Sol, que así se llamaba la niña, bajó

hasta la playa, se acurrucó debajo de una roca que era su refugio para no

mojarse, se puso una toalla con un gran sol y, pegada a la roca, se echó sobre

la arena húmeda, cerrando los ojos y sintiendo el calor de esta mantita.

Sonreía diciéndole a la lluvia que hoy la había vencido. Hizo esto cada día en

la playa. Empezó a llevarse a su hermana pequeña, y las dos reían bajo la

roca porque le estaban ganando la batalla a la lluvia. Sus padres no entendían

cómo podían pasar tanto tiempo allí. Un día, decidieron observarlas desde

lejos y vieron cómo, de pronto, un sol enorme acariciaba la piel de las niñas.

Corrieron los padres al lugar y se acurrucaron con ellas. A partir de aquel

momento, el sol fue apoderándose poco a poco del sitio. Se corrió la voz y

llegaron personas de todo el reino. El lugar fue creciendo cada día más, los

niños jugaban en la playa, había muchas risas y días llenos de luz. Y

decidieron llamar a aquel lugar así porque ese fue el sueño de Sol. Y a partir

de aquel momento, el sol nunca más desapareció de sus vidas…

Cuando Silvia terminó de narrar el cuento, la miró y la niña dormía

plácidamente en su regazo. Sin darse cuenta, ella también se quedó dormida.

La despertaron unos pasos que se pararon frente a la puerta, poco después.

—Pequeña, despierta, tápate con el abrigo y no te muevas.

Silvia se levantó y cogió el bate de béisbol. Vio cómo alguien bajaba.

—Aquí os dejo comida y bebida —dijo con voz ronca.

Y justo cuando se agachaba, Silvia le golpeó en la cabeza y vio cómo caía

al suelo. Volvió a golpearle, buscó en su bolsillo y cogió las llaves. Se giró

hacia la niña para darle instrucciones.

—Ahora escúchame, no te separes de mí, no hagas ruido y, sobre todo, no

mires atrás.

Ambas subieron las escaleras sin apenas hacer ruido. Silvia abrió la

puerta, miró hacia un lado y hacia otro, y cerró la puerta del sótano con llave.

Escuchaba una televisión al fondo. Iban andando despacio. La puerta estaba

enfrente, pero, en la cocina, vio otra puerta que pensó que le llevaría al

garaje. La abrió y vio el coche. Se asomó, y tenía las llaves puestas. Entraron

en el coche y buscó el mando. No lo encontraba, pero vio en la pared un

interruptor.

—No te muevas de aquí —le dijo a la niña—,voy a ver si abre la puerta

ese interruptor.

Cuando se bajó del coche, comenzó a escuchar voces. Le dio al

interruptor, y la puerta comenzó a abrirse. Arrancó el coche y vio cómo

entraba por la puerta alguien. Bloqueó los seguros del coche.

—¡¡Súbete ya!! ¡Maldita puerta! ¡¡A qué esperas!! —Golpeó el volante

—.Pequeña, ¿tienes puesto el cinturón? —La niña le hizo un gesto afirmativo

con la cabeza—.¡Agárrate fuerte!

Pisó el acelerador y salieron de allí. En el exterior había otra puerta de

hierro, no muy grande, y aceleró aún más para atravesarla. Estaba

desorientada y no sabía hacia dónde dirigirse. Por el espejo retrovisor vio

cómo sus captores se subían a otro vehículo. Vio el camino de tierra con

baches y se dispuso a ir por él. Sabía que serían unos cuatro kilómetros de

recorrido y que, después, saldría a la carretera.

A lo lejos, veía pasar coches, así que la carretera estaba cerca, y también

debía estarlo la gasolinera donde sus captores repostaron. Ya en la carretera,

no sabía si debía ir hacia la derecha o hacia la izquierda. Lo pensó un

momento y vio a lo lejos el cartel de la gasolinera. Entonces supo que debía ir

hacia la izquierda, por allí llegaría a su ciudad. Entró por un polígono y dio

un rodeo hasta que alcanzó una calle principal. Respiró tranquila. Miró hacia

atrás y no vio ningún coche siguiéndolas. Fue hacia la comisaría. Conforme

llegaba, comenzó a tocar el claxon sin parar. Salieron varios policías a ver

qué ocurría. Raquel, al escuchar tanto ruido, también salió. Cuando las vio,

corrió hacia ellas.

—¡¡No me lo puedo creer!! ¿Cómo habéis escapado?

—Ahora te contaré, pero escuché disparos en mi casa, Raquel, dime que

están todos bien.

—Lo siento, Silvia, fue culpa mía. Debí tener patrullas las veinticuatro

horas…

—¿Qué ha pasado, Raquel?

—Dispararon a tu madre y a tu marido. Golpearon a Patri… Tu marido y

tu hija están bien, pero tu madre… —Se hizo un silencio—.Los médicos no

creen que pase de esta noche.

—Por favor, llévame al hospital.

Se despidió de la pequeña diciéndole:

—Recuerda que ellos viven en el reino de la lluvia, pero nosotras en el

del sol.

Se dieron un abrazo y se marchó con Raquel.

—Silvia, antes de llevarte al hospital, ¿sabes dónde te llevaron?

—Creo que sí. Quiero que cojáis a esos hijos de puta, y que paguen por

todo el daño que nos han hecho.

Por el camino le fue explicando a Raquel todo lo que había ocurrido,

incluido el itinerario que sus captores habían seguido para llevarla hasta aquel

lugar. En el hospital, se encontró con Patri y Becky en la sala de espera. Se

abrazaron en silencio.

—¿Cómo está vuestra abuela? —dijo separándose de ellas.

—Muy mal, mamá. Está en la UCI. Papá está mejor, la bala solo le rozó.

—Iré a verlos…

Pero Silvia no terminó de decir esto, cuando vio a su madre aparecer por

la sala. Enseguida supo lo que ocurría.

—Hija, no me podía ir de este mundo sin despedirme de ti. No estés

triste, llegó mi momento, y me voy feliz.

—Mamá, no me dejes… —le pidió al aire.

Entonces el médico hizo acto de presencia en la sala de espera.

—Hicimos todo lo que estuvo en nuestras manos, pero lo siento, ha

fallecido hace unos minutos.

En ese momento, Silvia se derrumbó. Patri y Becky corrieron hasta su

madre, que estaba derrotada en el suelo.

—¿Está aquí la abuela? —preguntó Patri—. Yo no la puedo ver.

—Así es, está a mi lado. Necesitaba despedirse de mí.

—Abuela, te queremos, gracias por haber sido tan especial. —dijo Patri,

aunque no la viese.

Silvia vio cómo su madre sonrió. El puente de madera apareció ante

ella.

Pero aún había un mensaje que transmitir.

—Silvia, debes decirle a Raquel que busca en el lugar equivocado. No

encontrará nada en la casa donde te tuvieron retenida. Que busquen una

puerta en el jardín. No dejes el caso, eres tú quien dará con ellos.

—No lo haré, mamá, te lo prometo. Te quiero.

Y, sin más, desapareció cruzando el viejo puente.

UNOS

OJOS

TE

OBSERVAN,

NO

TE

ESCAPARÁS

Silvia entró en la habitación. Raúl estaba dormido, lo habían sedado.

Pensaba que ya no podía más, se sentó a su lado, le cogió la mano y, entre

sollozos y pensando que no le escuchaba, le pidió perdón.

—No tengo nada que perdonar, solo quiero que dejes a la policía que

haga su trabajo, Silvia…

Silvia se sorprendió.

—No me pidas eso… Mi madre ha fallecido, Raúl… Su corazón no

aguantó. Ella me dijo que yo sería quien los desenmascarase. Y lo voy a

hacer.

Cuando llegaron a casa, subió a su habitación y llamó a Raquel desde su

teléfono. No le importaba si ellos la estaban vigilando, ya se había cansado de

esconderse y de tener miedo.

—Raquel, ¿estáis en la casa?

—Sí, pero aquí no hay nada.

—Lo sé. El corazón de mi madre no aguantó, murió hace media hora y,

antes de cruzar el puente, me dijo que debéis buscar una puerta en el jardín,

no sé en qué parte. Debe de estar camuflada, pero hay una puerta, búscala.

—De acuerdo, te avisaré si encontramos algo.

En cuanto colgó, se echó a llorar desconsoladamente. Patri la escuchó y

fue a su habitación. Lloraron juntas, abrazadas…Silvia decidió darse un baño

relajante. Se llevó su *mini box*, lo conectó al móvil y puso música clásica.

Encendió unas velas, llenó la bañera e introdujo bolas de lavanda, como hacía

siempre que estaba estresada. Le encantaba la sensación de la espuma en la

piel. Intentó dejar la mente en blanco, pero tenía demasiada tensión

acumulada y pensó que aún no era consciente de todo lo que le acaba de

pasar…Después del baño, se echó en la cama, al lado de Patri, que se había

quedado dormida, y miró el móvil. Tenía cinco llamadas de Raquel. Marcó su

número.

—Hola Raquel, lo siento, pero necesitaba descansar y darme un baño.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, por lo menos estoy más relajada.

—Encontramos una puerta, estaba detrás de la casa, conduce a un sótano.

Al salir corriendo, han dejado muchas pistas. Desde allí, controlaban todos

los movimientos que hacéis. Teníais cámaras en casi toda la casa… Mañana

por la mañana iremos y las quitaremos. Ya están desconectadas, pero esta no

es la única casa desde la que controlan todo. También hay un mapa con

puntos señalados, pero aún no sabemos qué significan.

—Lo que no entiendo, Raquel, es cómo no podéis encontrar a nadie de su

familia…

—No hay ni rastro de ellos, como si se los hubiera tragado la tierra. Me

acaban de llamar de la comisaría, y uno de los cuerpos que encontraron en el

sótano de la casa pertenece finalmente a Irene. Hemos localizado a sus padres

y, por el ADN, hay una fiabilidad del 99%. Ahora hay que ver los huesos…

Qué duro debe ser para unos padres, incluso después de tantos años…

—Lo sé, debe ser muy duro volver a revivir de nuevo todo… Raquel,

¿qué has sabido de Fernando y Rebeca?

—Están mucho mejor. Creen que, en un par de semanas, les darán el alta,

pero no quieren volver a la casa, dicen que se irán, de momento, con uno de

sus hijos.

—Me gustaría ir a verlos, me pasaré esta tarde cuando vaya a ver a Raúl.

—Silvia, aún estás en peligro. Mientras no los detengamos, debes tener

mucho cuidado, son muy escurridizos, tienen todos los pasos estudiados. De

momento, siempre te acompañarán, vayas donde vayas, dos policías secretas.

—De acuerdo, sé que esto aún no ha terminado, así que estaré alerta.

Ahora voy al hospital de nuevo, a tranquilizar a mi marido. Él quiere que deje

de colaborar con vosotros, pero no pienso hacerlo, seguiré hasta el final, se lo

prometí a mi madre.

—Solo te pido que tengas cuidado. No sabemos si siguen cerca o no.

—De acuerdo, lo tendré, además estaremos en el hospital.

Sintió frío de repente. Se puso un chal que tenía sobre la cama y llamó a

Raúl. Acto seguido, llamó a su hija Becky para pedirle que fuese a casa con

Patri.

—Hola, cielo, ¿dónde estás?

—Vine a mi casa a buscar ropa, pero ya salgo.

—Ok, voy ahora mismo a por ti, coge lo que necesites, que nos

quedaremos todos juntos en casa hasta que todo esto se resuelva.

—Un momento mamá, llaman la puerta.

—Cielo, no abras a nadie. No hagas ruido, voy para allá.

—Mamá… me estás asustando… Siguen llamando. Voy a mirar por la

mirilla, a ver quién es…

Becky se acercó a la puerta y, silenciosa, puso el ojo en la mirilla. No

veía a nadie. Se sentó en el suelo frío y apoyó su espalda sobre la pared.

Comenzó a recordar… Se sentía abatida, perdida, no entendía nada de lo que

sucedía en su familia. Aún le costaba entender la conexión de su madre y su

hermana con los espíritus. ¿Y ella por qué no? Aquella situación le hacía

entender la actitud de su hermana cuando eran pequeñas. Cuando la veía

hablando sola, y le preguntaba qué hacía, las respuestas de su hermana

siempre la asustaban.

—Becky, ¿sigues ahí?

—Mamá, no veo a nadie…

—Ve a tu habitación, llego en dos minutos, no hagas ruido.

Silvia se había montado en el coche. Había salido de su casa tan deprisa

que dejó la puerta del garaje abierta. No pensaba en nada más que en llegar

cuanto antes a casa de Becky. Si le pasaba algo, nunca se lo perdonaría.

Llegó en menos de quince minutos, se bajó corriendo del coche y vio a la

policía secreta hacer lo mismo, protegiéndola.

—Becky, ábrenos la puerta, somos nosotros —dijo Silvia por el portero

automático.

Entraron en el portal y subieron al segundo piso. Justo cuando iban a

llamar al timbre, vieron una nota pegada a la puerta, que decía: *Mires por*

donde mires, allí estaremos observándote. Silvia arrancó la nota y se la dio a

los policías. Becky abrió la puerta y se abrazó a su madre.

—Mamá, han estado aquí, ¿verdad?

—Cielo, coge todo lo que necesites y vámonos.

Aunque era bastante tarde, decidió llamar a Raquel para ponerla sobre

aviso.

—Raquel, han estado en casa de mi hija y me han dejado una nota pegada

en la puerta. Esto es una locura, por favor, a mí me da igual lo que me

suceda, pero debes proteger, como sea, a mi familia.

Silvia estaba abatida y cansada.

—Iré ahora mismo para tu casa, te prometo que vamos a encontrarlos. —

Silvia escuchó un sonido de fondo—. Silvia, no cuelgues, me llaman por la

otra línea.

—Hola, ¿quién es? —dijo Raquel.

—¿Eres la subinspectora Méndez?

—Sí, soy yo, ¿puedo saber con quién hablo?

—Solo voy a pedirle una cosa, no intente rastrear la llamada, si no, no

podré hablar con usted. Prométamelo.

—De acuerdo, se lo prometo.

—Soy Daniela, aunque ahora no me llamo así porque soy una testigo

protegida. He visto, por la televisión, que habían secuestrado a otra niña. Son

mi padre y mi hermano. Le prometo que no sé qué sucede en mi familia, pero

es una locura. Hace tiempo que fui a la policía a denunciarlos, pero lograron

escapar. Vivo con mi madre y mi propia familia, con nombres falsos… Ellos

son muy peligrosos. A nosotros nunca nos hicieron daño, pero yo descubrí lo

que ocurría. No sé si esto le servirá de algo, pero teníamos una cabaña cerca

de la montaña, a unos cincuenta kilómetros de la ciudad.

Pasaba un río cerca. Si han vuelto, puede que vuelvan allí, sé que no la

vendieron… Ahora debo dejarla, encuéntrelos y todos podremos vivir

tranquilos.

MAMÁ, VUELVE A LLAMARME DANIELA

Después de colgar el teléfono, no sabía si sentía alivio, miedo, rabia o

dolor. Ya no recordaba cuándo le llamaron Daniela por última vez. Llevaba

más de 30 años escondida con su propia familia, y nunca podrá entender

cómo alguien como su padre, un pilar fundamental en su vida, podía hacer

aquellas cosas. Todo se derrumbó a su alrededor un maldito 20 de mayo, día

que nunca podrá olvidar. Su marido no sabía que parte de su familia eran

unos asesinos, y que su verdadero nombre era Daniela y no Ruth. Se acercó a

la ventana y se quedó pensativa durante unos segundos. ¿Qué ocurriría

cuando sus hijos crecieran? ¿Tendrían instinto asesino? ¿Cómo podría

protegerles? Sus ojos se llenaron de lágrimas y comenzó a recordar su vida.

Eran una familia feliz. Su padre siempre era cariñoso. Era un hombre

guapo, que siempre le daba un beso antes de acostarse, y se aseguraba de que

estuviese bien arropada. ¿Cómo podía después secuestrar y matar a niñas

como ella? ¿Qué sentiría él cuando la miraba? ¿Tendría el impulso de matarla

a ella también?

Nunca lo vio beber, le encantaban el deporte y las excursiones a la vieja

cabaña que tenían al lado del río. Se sentía una niña afortunada por la familia

que tenía. Era muy feliz. Lo único malo que tenía su familia era que se

mudaban a menudo, pero a los pocos días de llegar a una nueva ciudad, ya

hacía amigos. Sus hermanos tampoco tenían muchos problemas para

relacionarse, aunque, quizá, Carlos era más tímido. Alberto, su gemelo, era

pura energía, alegre y optimista.

Esto era como empezar de nuevo….

Estaba tan ensimismada en sus pensamientos, que no se dio cuenta de que

sonaba el timbre. Se limpió las lágrimas que corrían por sus mejillas mientras

se dirigía a la puerta.

—Hola cariño, ¿cómo tardabas tanto en abrirme?

Daniela no se fue por las ramas.

—Mamá —la miró fijamente—, hace un rato volvieron a llamarme por

mi nombre: Daniela.

—Cariño, ¿qué has hecho?

—Lo que debía hacer. He llamado a la policía después de ver lo que está

pasando. ¿Acaso no ves las noticias?

—Nos encontrarán… Aquí ya no estamos a salvo. Se escaparon de la

policía cuando denunciamos y se volverán a escapar, son inteligentes y lo

sabes.

—Mamá, en las noticias incluso hablaban de un chico joven. Seguro que

es el hijo de Carlos… esto debe parar.

—Lo sé, cariño, para mí esto es tan doloroso como para ti. Estuve casada

con un asesino y tuve en mi vientre durante nueve meses a otro. No te

puedes

ni imaginar el sufrimiento que eso me supone. Vivir cada día con esa carga…

Ambas se abrazaron.

—Ayúdame, mamá, debemos colaborar con la policía. Esta vez, deben

detenerlos para que pasen el resto de sus vidas entre rejas. Quiero volver a ser

Daniela y explicarle todo a mi marido. También quiero preguntarles por qué.

Qué sentido tiene robarles la vida a unos niños, de una forma tan sangrienta.

Necesito respuestas para poder descansar. No quiero seguir teniendo

pesadillas. ¿Cómo no nos dimos cuenta?

—¿Sabes, hija?, ya me cansé de sentirme culpable. Pagarán todo el mal

que han hecho, y tú volverás a ser mi pequeña Daniela.

—Repítelo, mamá, hace tanto tiempo que no sale mi nombre de tus

labios…

—Cariño, daría mi vida porque nada de esto hubiera sucedido, pero por el

momento debo seguir llamándote Ruth.

Mientras tanto, en la comisaría, Raquel daba órdenes a sus compañeros.

—Iremos tres coches patrulla, con un total de doce personas. Quiero

capturarlos vivos porque casi seguro que no están los tres juntos, son

demasiado cuidadosos con todo. Buscamos a tres individuos. Uno de ellos

tendrá unos 73 años, otro 50, y el más joven tendrá unos 28. Tened en

cuenta

que son muy peligrosos.

Se dirigió a la mesa de una compañera.

—Quiero que lleves este mapa a que lo investiguen. Hay varios puntos

señalados y quiero saber qué significa cada lugar. Quiero información cuanto

antes, el tiempo corre y no deben escaparse. ¡Esta vez no!

Mientras la patrulla se dirigía a la cabaña, aprovechó para llamar a Silvia.

Quería recordarle que no saliese de casa y que, si ocurría cualquier cosa,

había dos policías vigilándoles.

Al llegar, vieron humo saliendo de una chimenea. Decidieron dejar los

coches un poco apartados y, conforme se iban acercando, escucharon el

sonido de un río. Raquel hizo una señal para que se agacharan, pues en ese

momento alguien salía. Era un señor mayor con barba blanca fumando un

cigarro. Después cruzó el umbral otra persona. Una mujer de unos cincuenta

años. ¿Quién era aquella mujer?

—Raquel, cuando nos digas.

—Está bien. Tres por la parte de atrás, dos en cada lateral de la casa, para

cubrir las ventanas, y tres por la puerta principal. Esta vez no se nos escapan.

SI TE MUEVES, DISPARO

Asaltaron la cabaña. Los cogieron desprevenidos, sentados alrededor de

la chimenea. Intentaron escapar y hubo un forcejeo entre ellos.

—No se muevan o disparo —dijo Raquel.

—Está bien. Tranquilos, nos quedamos quietos… Las niñas están

dormidas en el piso de arriba, no den voces o se despertarán y se asustarán.

—Ponle las esposas.

La mujer rubia, de unos cincuenta años, preguntó:

—¿Me pueden decir qué está ocurriendo?

—Nada, cariño, no ocurre nada, debe de ser un malentendido. Ve a ver si

las niñas están bien, avisa a Javier y dile lo que está pasando.

—No harán ninguna llamada —advirtió la policía.

—Javier es mi hijo y debe saber lo que le ocurre a su padre y a su abuelo.

Es, además, abogado, y sus hijas son las que están arriba durmiendo.

—Deme el teléfono y vaya a por sus nietas, vendrán con nosotros a la

comisaría.

—Mis nietas son pequeñas —dijo Carlos—. No consentiré que las lleven

a una comisaría, y, además, no sabemos porque nos detienen.

—Mickey, léele sus derechos y registrad la casa.

—¡¡Subinspectora!! ¡Suba! Tiene que ver esto —le gritaron desde el piso

de arriba.

De pronto, una de las pequeñas se asomó por las escaleras. La

subinspectora subió y entró en una de las habitaciones. No podía creer lo que

sus ojos estaban viendo. Había más de treinta muñecas de porcelana, cada

una tenía cosido un nombre en su vestido y, debajo, una fecha.

Se puso a observarlas, una a una, y vio que en una ponía el nombre de

Irene y, justo al lado, había otra sin nombre. La única sin nombre de toda la

colección.

—Quiero que guardéis todas las muñecas, nos las llevamos a comisaría,

es una prueba importante —ordenó Raquel.

Por el camino, uno de los policías vio un coche acercarse a la casa e

informó a Raquel de ello. La subinspectora salió, pero no vio nada.

—Le aseguro que, hace un momento, se veía un coche que se dirigía

hacia aquí.

Se montaron en el coche y fueron hasta el final del camino, pero no había

ni rastro de ese coche.

En un sendero, cerca de allí, Javier, al ver tantas luces, apagó las de su

coche y dio marcha atrás para resguardarse.

La policía pasó varias horas haciendo el registro de la cabaña, y pronto

empezó a amanecer. La subinspectora se dirigió a los compañeros que

estaban en la puerta.

—Quiero que os quedéis los cuatro aquí, Javier tiene que regresar a por

sus hijos.

—De acuerdo —respondieron todos al unísono.

Se fueron entonces con los detenidos a la comisaría. Una vez allí,

metieron a cada acusado en una sala y volvieron a leerles sus derechos.

Raquel fue al despacho de su superior.

—Jefe, hay dos detenidos, pero nos falta un tercero que no se encontraba

en la cabaña. He dejado a cuatro compañeros allí para que vigilen, pero creo

que deberíamos mandar una patrulla para que controle los alrededores, debe

de haber algún camino o sendero donde esté escondido.

—De acuerdo, ahora mandaré una patrulla, subinspectora. Buen trabajo.

Ya fuera, dio órdenes a sus compañeros:

—Quiero que me escuchéis un momento. En esas cajas hay pruebas,

todas las muñecas menos una tienen un nombre y una fecha debajo. Quiero

que se busque a las niñas desaparecidas en esas fechas para ver si coinciden.

Hay más de treinta, os llevará bastante tiempo. Así pues, ¡manos a la obra!

Su jefe salió del despacho.

—Subinspectora, la acompañaré al interrogatorio.

—De acuerdo, tengo tanta rabia dentro que es mejor que no esté sola, hay

que sacar toda la información posible.

Mientras, en el hospital, Silvia vio que, a los pies de la cama de su

marido, estaba Irene, inmóvil.

—¿Pasa algo? —le preguntó.

—Los han detenido, pero debes llamar a Raquel, aún tienen a la niña.

—¿Cómo que tienen a la niña? Ayer escapamos ella y yo.

—A ella no, hay otra niña secuestrada. En su coche.

—Están detenidos… ¿En qué coche, Irene?

—En el de su hijo.

—¿Me llevarías hasta dónde él está?

—¡No! Debe ir la policía, es muy peligroso. Llama a Raquel y te lo diré.

Silvia marcó el número de Raquel, pero esta no se lo cogía. Así que

decidió ir ella misma a la comisaría. Se dirigió al aparcamiento en donde

había dejado el coche la noche anterior, con los policías como escolta, y se

metió en el vehículo. De repente, su móvil sonó. La llamaban desde el

hospital para decirle que el cuerpo de su madre, en dos horas, estaría en el

tanatorio, en la sala cinco. Durante todo el trayecto, Irene permaneció a su

lado. Cuando llegó a la comisaría y salió del coche, ella se quedó dentro.

—¡¿Piensas quedarte ahí o me acompañas?! —dijo Silvia crispada.

—No me gustan que me griten.

—De acuerdo, disculpa, no te gritaré más. Pero, por favor, acompáñame y

dinos dónde se esconde Javier.

Entraron en la comisaría, pero le dijeron que Raquel estaba en un

interrogatorio. Silvia volvió a perder los nervios. El policía intentó

tranquilizarla mientras mandaba a otro a buscar a Raquel. Raquel salió un

momento del interrogatorio.

—¿Qué ocurre, Silvia? ¿Qué haces aquí?

—El hijo que falta tiene a otra niña secuestrada —soltó Raquel de golpe.

—Acabo de mandar una patrulla a que rastree la zona, pero, ¿de qué niña

me hablas?

—Irene sabe dónde está, Raquel.

—¿Está aquí Irene? —Raquel sintió un escalofrío—. Pero… nadie ha

denunciado una desaparición.

—Sí, está justo a tu lado. No sé si nos puede ayudar, pero dice que tienen

una niña secuestrada y la tienen en el coche. Pero avisaré a la patrulla.

Entonces, Silvia expresó su deseo de ir con ellos, a lo que Raquel se

opuso.

—Yo soy la única que puede comunicarse con Irene.

—Esto es de locos… Voy a hablar con mi jefe, iré yo también.

Se montaron en el coche y se fueron de nuevo hasta la zona de la cabaña,

con la patrulla de policías.

—Irene, dime qué camino coger —dijo Silvia dentro del coche.

Fueron por un camino de tierra, en un desvío que había antes de llegar a

la cabaña. Allí se encontraron con un pequeño sendero.

¡CORRED, VA A EXPLOTAR!

Llegaron al camino e hicieron exactamente lo que Irene les iba diciendo.

Era un bosque oscuro y tenebroso, los árboles eran tan grandes que apenas

dejaban entrar los rayos de sol. Al final, tuvieron que dejar los coches y

seguir recorriendo el camino a pie.

—Silvia, llegados a este punto, si sigues con nosotros correrás peligro.

Quédate en el coche y bloquea las puertas —le advirtió Raquel.

—Ni hablar, no sabréis llegar. Tendré cuidado, pero en el coche tampoco

estoy segura.

Siguieron caminando y, a lo lejos, vieron un coche.

—No escucho a la niña, él ya no está —dijo Irene junto a Silvia.

—Raquel, ¡démonos prisa! Irene dice que ya no escucha a la niña.

—Agachaos y no hagáis ruido —ordenó Raquel.

Les hizo señas a sus compañeros para que la siguieran y fueron rodeando

el coche. Se acercaron con cuidado.

—Silvia, se ha ido. No lo van a encontrar aquí.

Los policías llegaron hasta el coche, abrieron las puertas y comprobaron

que allí no había nadie. Raquel miró a Silvia:

—No te muevas de aquí.

En ese momento, los policías estaban abriendo el maletero. En él

encontraron un bulto tapado con mantas. Dentro de él, estaba la pequeña, con

una respiración débil. Uno de los policías comenzó a aplicarle los primeros

auxilios. El pulso se estabilizaba por momentos. Todos estaban en torno a

ella, muy angustiados. Mandaron llamar a más refuerzos. Cuando el pulso de

la pequeña fue débil pero certero, la tomaron en brazos y corrieron entre los

arbustos hasta alcanzar de nuevo el coche. Silvia se montó en el asiento del

piloto y condujo el vehículo. Pusieron la sirena. La niña seguía sin despertar.

—Raquel, Irene me dijo que él se había escondido bajo tierra. Han debido

de hacer un túnel que, a lo mejor, lleva hasta la casa. Deberías avisar a los

policías que están allí, para que se mantengan alerta.

Raquel intentó contactar con sus compañeros, pero no le contestaban.

Empezó a preocuparse, mientras seguía sosteniendo a la niña en brazos. La

acomodó en el asiento trasero y le pidió a Silvia que la dejase en aquel tramo

del camino.

—Yo me bajo aquí, Silvia, iré andando de nuevo hasta la casa.

—¡Estás loca! ¡Raquel, no puedes ir sola!

—De acuerdo, llamaré a Mickey.

Silvia se quedó más tranquila. Echó un vistazo al interior del coche, ahora

parado mientras Raquel avisaba a Mickey, y se fijó en Irene. A su lado estaba

la pequeña. Era apenas una débil niebla, como si no estuviera ni en el mundo

de los vivos ni en el de muertos. Se acercó a ella.

—Pequeña, lucha —le dijo mientras Raquel estaba fuera del coche

hablando por teléfono—. No te des por vencida. Piensa en tu papá y en tu

mamá. No dejes este mundo, ellos te quieren mucho y se quedarían muy

tristes.

De pronto, la niebla desapareció,y apareció la ambulancia por la carretera.

Frenaron donde ellas estaban y empezaron a reanimarla con todo el equipo

médico. Finalmente, consiguieron estabilizarla. En ese momento. también

llegó Mickey.

Raquel y Mickey se marcharon hacia la cabaña. Volvieron a llamar a los

compañeros que se encontraban allí, pero seguían sin contestar. Llamaron

también a la otra patrulla que se quedó en donde estaba el coche. Ellos no

tenían novedades. Raquel les ordenó que fueran hacia la cabaña.

Se bajaron del coche antes de entrar en la casa. No se veía movimiento

alguno. Uno de sus compañeros estaba sentado en una silla, en el porche. Lo

llamó, no le respondía. Raquel miró a Mickey.

—Algo ocurre. Quiero que vayáis por la parte de atrás, y tened cuidado

con los niños, no quiero que haya disparos.

Se fueron acercando, poco a poco, a la casa y, cuando llegaron a la altura

de su compañero, se dieron cuenta de que estaba amordazado. Lo miró y vio

el miedo en sus ojos. Avisó a los compañeros por el *walkie*. Ellos

comunicaron a Raquel que había otro compañero en la cocina, amordazado,

inmóvil. *¿Qué está ocurriendo?,* pensó Raquel. Cuando intentó acercarse al

compañero que acababa de encontrar, este puso cara de terror. Ella se echó

hacia atrás.

—De acuerdo, no me voy acercar a ti, te haré solo preguntas. Si miras

hacia abajo será sí y, cuando sea no, mueve los ojos de un lado al otro, ¿lo

has entendido? —Él miró hacia abajo—. De acuerdo, ¿tenéis explosivos

conectados? —Comenzó a mover los ojos, primero diciendo sí y después no

—. Eso quiere decir que no estás seguro… —Él bajó la mirada—.¿Os dijo

que no os movierais? ¿Que podía haber una explosión? —Bajó la mirada—.

¿Podemos entrar en la casa? —Movió los ojos de un lado a otro—. ¿Los

niños ya no están? —Volvió a mover los ojos de un lado a otro—. ¿Sabes qué

pienso? —le dijo Raquel a aquel pobre hombre—, que quiere ganar tiempo…

Y, sin pensárselo dos veces, le quitó la mordaza de la boca y, a

continuación, lo desató. Dio órdenes de que hiciesen lo mismo con el policía

de la cocina. Este, sin embargo, fue más hablador:

—¡¡Corred!! ¡Va a explotar! ¡Llevaba un detonador en la mano!

Les indicó que habían salido corriendo de la casa tres adultos y dos niños.

Raquel se quedó muy extrañada mientras continuaba dando órdenes para

desalojar la casa cuanto antes.

—¿Tres adultos? —volvió a preguntar al policía ahora ya totalmente

desatado—.Algo se nos escapa… ¿Quién es el otro chico que lo acompaña?

¿DÓNDE ESTÁ SILVIA?

—Sí, tranquila, estamos bien, pero no se les ve. Es como si se los hubiera

tragado la tierra. Y vosotros, ¿ya estáis en la ciudad?

—Así es, pero nada, debieron cambiar de coche o estar escondidos en

alguna casa que tuvieran aquí, necesito que me describas a los chicos.

—Te describiré a uno porque el otro es igual, son gemelos. Al principio

pensé que veía doble por el golpe que me dieron, pero al montarse en el

coche, uno de ellos montó en el asiento del conductor, y el otro atrás, con los

niños. Es decir, creo que tenemos, ahora mismo, dos asesinos en serie

en

libertad, Raquel.

—Sí, pero no creo que vayan muy lejos, los niños son pequeños y los

acompaña también su madre.

—Entonces, ella debe saber todo lo que está ocurriendo, y las atrocidades

que hacen con las niñas.

—No creo, ayer, cuando entramos en la cabaña, en la mirada se le veía

que no sabía qué estaba ocurriendo. De todas formas, volvamos a la

comisaría.

—Volved, no hagáis más kilómetros, ellos están aquí, escondidos en

algún lugar.

Al llegar a la comisaría, vieron que el coche de Silvia aún permanecía

allí. Raquel sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Mickey, ¡llama a Silvia! ¡Rápido! Tengo un mal presentimiento.

Al rato, Mickey reafirmaba su preocupación:

—No me contesta, me sale que el móvil está apagado o fuera de

cobertura.

—¡Dios mío! ¡Si le ocurre algo a Silvia no me lo perdonaré!

Desde la comisaría, Raquel llamó a casa de Silvia.

—Hola, ¿está tu madre en casa?

—No, salió esta mañana temprano para acompañaros…

—Sí, vino con nosotros, pero la trajeron hasta la comisaría para que

recogiera su coche y volviera a casa. ¿No está, entonces, allí?

—¡¡¡No!!! ¡Voy a llamar a mi hermana para ver si está en el hospital!

—De acuerdo, en cuanto hables con tu hermana, llámame.

Raquel cada vez estaba más preocupada. Patri se encargó de llamar a su

hermana y confirmó que, en el hospital, tampoco se encontraba. Caminó

nerviosa por la casa y fue a refugiarse en el despacho de su padre. Allí había

un espíritu esperándola. Era un señor con una gran cicatriz en la cara.

—Tienes que ayudarme. No puedo cruzar el puente mientras no deje algo

resuelto aquí.

—Ahora no tengo tiempo para esto… —le dijo ella crispada.

—Buscas a tu madre, ¿verdad? Puedes estar tranquila, ella no está en mi

mundo, continúa en el de los vivos, pero no por mucho tiempo.

—Vaya, eso ya es un consuelo—dijo con sarcasmo—,pero, ¿no me

puedes decir dónde está?

—Está claro que no. No contacté con ella, contacté contigo.

—Pues busca a otra persona que te pueda ayudar, yo no puedo.

—¡Necesito tu ayuda!

Y, de repente, cayó un vaso al suelo y se rompió en mil pedazos.

—Si quieres que te ayude, busca en tu mundo a un espíritu que está

conectado a ella, es una niña y se llama Irene. Encuéntrala y después

hablaremos.

Y, de repente, el espíritu desapareció. Quedó con la vista perdida en la

mesa del despacho y descubrió que, al lado de las llaves del coche,

había un

sobre. Lo cogió y lo abrió.

Eran recortes de periódico, de niños desaparecidos, y una fotografía de su

madre, amordazada, con un pie de letra que rezaba: *morirá*. Salió corriendo

de la casa y se acercó al coche patrulla que se ocupaba de proteger a su

familia. Asaltó a un policía joven, de unos treinta años. Se dio cuenta de que

no le había visto antes, pero no hizo ningún comentario.

—Mi madre ha desaparecido, y acabo de encontrar esto en mi casa. ¿No

han visto a nadie extraño entrar?

—No, y llevo aquí desde hace más de media hora. ¿La acompaño a algún

lado? Ahora mismo, mi trabajo es que no le ocurra nada.

—Gracias, prefiero ir en mi coche. Además, debo pasarme por el hospital.

Si quiere, sígame.

Se montó en el coche, puso el manos libres y llamó a la comisaría.

—¿Me puede pasar con la subinspectora Raquel? Dígale que soy la hija

de Silvia. Es muy importante, por favor.

Raquel tardaba en ponerse al teléfono. Patri miró por el espejo retrovisor

y vio al coche de policía siguiéndola. Por fin, Raquel cogió la llamada.

—Raquel, he encontrado un sobre en el despacho de mi padre, que ayer

no estaba. Son recortes de periódicos antiguos, de niños desaparecidos, y una

fotografía de mi madre amordazada. Debajo de esta foto, en letras rojas, está

escrito que morirá. —Patri se echó a llorar—.Espera, Raquel —dijo entre

sollozos—, el policía que nos pusiste me está indicando que pare el vehículo.

—¿Qué policía? Hoy no puse ninguna patrulla en tu casa porque se

supone que estabais en el hospital.

—Entonces, ¿quién me sigue? —dijo Patri al borde del ataque de pánico.

—Escúchame, Patri, no pares bajo ningún concepto. No sé quién es, pero

no es ninguno de mis hombres.

—Raquel, viene a toda velocidad, me va a adelantar. Se va a cruzar para

que me detenga.

De pronto, se escuchó un frenazo y el coche de Patri recibió un golpe. Se

cortó la comunicación.

Patri se dio un golpe contra el parabrisas, y quedó un poco mareada. Vio

cómo el falso policía se acercaba. Cogió el móvil y lo escondió dentro del

pantalón. Sacó de la guantera el teléfono del trabajo, que su padre siempre

guardaba allí, y lo dejó en el asiento de al lado. Intentó arrancar el coche,

pero el choque había estropeado el contacto. Dio un golpe contra el

volante.

—Ya vi que ibas hablando por teléfono… Abre. ¿No quieres ir con tu

mami? yo te llevaré, bombón. Verás qué bien lo vamos a pasar. — Como

Patri no abría la puerta, aumentó el tono—. ¡¡¡Abre de una puta vez la puerta

o hago ahora mismo una llamada y no volverás a ver a tu madre con vida!!!

Patri, al escuchar esta última frase, accedió. Abrió lentamente la puerta.

—Y el teléfono, dámelo.

Cogió el teléfono, que se encontraba en el asiento de al lado, y se lo dio.

El falso policía la obligó a meterse en el maletero. Ella entró y se acurrucó.

Era agobiante estar allí metida, además olía fatal. Puso el móvil de su bolsillo

en silencio y vio que Raquel la había llamado varias veces. Le devolvió la

llamada y, con miedo, muy bajito, le dijo: —Voy en el maletero de un coche

de policía. No sé a dónde nos dirigimos. Ayúdame…

MAMÁ, NO ME DEJES SOLA

—Cuando te bajes del coche, envíame la localización —alcanzó a decirle

Raquel.

Raquel no quería alargar más la llamada para evitar poner en peligro a

Patri. Patri se quedó en silencio en el maletero y escuchó cómo el coche

paraba para repostar. En esos momentos, aprovechó para mandarle la

ubicación a Raquel. También le escribió, por *WhatsApp*, que estaban

transitando un camino de tierra con baches.

Raquel estaba en la comisaría, y esperaba ansiosa la ubicación de Patri.

Pero no le llegaba, y temía que fuera por la cobertura.

Cuando Patri salió del maletero, se dio cuenta de que no había ninguna

casa. Debían de tener, por tanto, un refugio subterráneo. Miró a su alrededor

y vio un bosque, justo detrás de ella. Le dio una patada a su captor y echó a

correr sin mirar atrás. Él corrió tras ella, gritándole que parara. Se escondió

justo detrás de un gran árbol e hizo una última llamada a la comisaría.

Cuando descolgaron, habló sin parar.

—Dígale a la subinspectora que soy Patri, que en la ubicación que le

mandé no hay casas, que busque un refugio subterráneo.

Colgó el teléfono y le envió una última ubicación. Escondió el móvil bajo

las hojas caídas de los árboles y se dejó atrapar. Salió de detrás del árbol,

como una niña asustada esperando represalias, y él la cogió por el brazo con

fuerza. Después la llevó hasta una trampilla que había en el suelo, y

comenzaron a bajar por unas escaleras de madera. Al llegar al final, le dio a

un interruptor, y una bombilla colgada del techo iluminó el recinto. De

pronto, sintió un escalofrió que recorrió todo su cuerpo. Ante ella había un

largo pasillo con celdas a ambos lados. Dentro de ellas no había nadie, solo

una cama y, encima, muñecas de porcelana. Recorrieron todo el pasillo. No

pudo contarlas, pero seguro que habría unas treinta celdas. Sintió alivio al ver

que no había ningún niño. Cuando llegaron al final, apareció otro pasillo que

terminaba en una enorme habitación con pantallas por todos lados. Él tiró de

ella y le dijo que se sentara. Había tantas pantallas que no sabía hacia dónde

mirar. Se fijó en una y reconoció la que era su casa. Le extrañó porque pensó

que habían quitado todas las cámaras.

—Ahora coge el teléfono que te doy y llama a la subinspectora. Vas a irle

diciendo lo que yo te ordene, si quieres que tu madre siga con vida.

Patri marcó el número y, en seguida, le cogió el teléfono Raquel.

—Raquel, soy Patri—y, por miedo a que le preguntase, le dijo

rápidamente—: Sigo instrucciones.

Comenzó a repetir lo que él le iba diciendo.

—Abandona la búsqueda o habrá más muertos. Hay tres niños en nuestro

poder. Y tenemos a los padres vigilados para que no denuncien. «Hay

muchos ojos que miran».

El falso policía le dio un golpe en la cabeza y, enfadado, la reprendió por

la última frase: —Te dije que repitieses solo lo que yo te dijera.

Ella siguió repitiendo.

—Si quieres que nos dejen en libertad a los cinco, tienes que encontrar a

su abuela. Solo tienes veinticuatro horas. Después, empezaremos por los

niños.

Después, con lágrimas en los ojos, Patri se volvió y le rogó:

—Quiero ver a mi madre. Llévame con ella, por favor. Prometo no hacer

ninguna tontería.

—Créeme que no puedo, ella no está aquí —le respondió entonces él.

UNA DIFÍCIL DECISIÓN

En la comisaría, Raquel lo tenía muy complicado. ¿Cómo podría

encontrar unos testigos protegidos? Era una locura lo que estaba sucediendo.

De pronto, escuchó su móvil. Acababa de recibir un mensaje de *WhatsApp*.

Era la ubicación de la gasolinera y, al momento, llegó otro, una segunda

ubicación, donde supuestamente se encontraba Patri. Esa ubicación la llevaba

a las afueras de la ciudad. Llamó a Mickey para pedirle que la acompañase.

Durante el trayecto, volvió a escuchar la conversación que había

mantenido

con Patri, y que se quedaba guardada, como todas las efectuadas a la policía.

—Mickey, Patri, en una parte de la conversación, dice que «muchos ojos

vigilan»… ¿A qué se referirá?

—¿Cámaras de vigilancia? O puede ser que haya más gente implicada de

la que creemos. ¿Tú qué opinas?

—Creo que nos ha querido advertir de que, si localizamos el lugar, hay

cámaras de vigilancia, porque ella no puede saber cuántas personas están

involucradas.

Mickey y ella se adentraron en el bosque con la ubicación que Patri les

había enviado. Dejaron dos o tres casas atrás, y les llamó la atención una,

medio escondida entre los árboles. Había varios niños jugando fuera. Los

reconoció al instante. Mandó la ubicación de dicha casa a comisaría,

avisándoles de que allí se encontraban los secuestradores. Pararon el coche a

cierta distancia. Fueron por detrás de la casa, miraron por unas pequeñas

ventanas y vieron que, en una de las habitaciones, estaba Silvia. La tenían

amordazada y atada a una silla, y en el salón se encontraban cuatro adultos.

Los niños seguían en el porche. El secuestrador que faltaba estaría con Patri.

Esta vez, no podían dejarlos escapar. Tomaron distancia de la casa para

esperar al resto de policías. Aunque procuraron mantenerse escondidos, uno

de los niños se acercó a ellos.

—Hola, ¿me escondéis? —dijo excitado el niño—.¡Estamos jugando al

escondite!

—Claro… —Raquel echó una mirada a Mickey—. Te escondemos.

¿Estás jugando con tus papás?

—No —dijo el pequeño con una sonrisa—. Juego con mis amigos del

cole, es el cumpleaños de Mario, y mi mamá viene en un rato a buscarme.

—Y, cuéntame, ¿cuántos niños estáis?

—Pues cinco. Mario y su hermana pequeña, Martín, Luis y yo.

—¿Qué te parece si nos escondemos los tres?, así no tenemos que mentir

a tus amigos si nos preguntan. Vayamos detrás de aquellos árboles, pero no

hagamos ruido.

A lo lejos, se escucharon unas voces. Eran los pequeños llamando a

Sergio. Raquel, temiendo que acabasen alarmando a los adultos, le apremió

para esconderse con ellos.

Mientras, al otro lado del bosque, Patri seguía mirando las cámaras y de

pronto se dio cuenta de que, en una de ellas, se veía a Raquel y a Mickey con

un niño pequeño. Su raptor acababa de salir, pero si volvía, se daría

cuenta.

De repente, cogió un vaso, un plato y una jarra que había sobre la mesa, y

empezó a gritar: —¡¡¡No puedo respirar!!! ¡¡¡Me asfixio!!! ¡Sácame de aquí!

Fue lanzando los objetos contra las pantallas. Su secuestrador entró en la

sala y se dio cuenta de que tres cámaras habían dejado de funcionar. Patri

seguía gritando. Él se fue hacia ella y, zarandeándola, le dijo: —¡¡¡Mírame!!!

¡No quiero hacerte daño, pero te juro que, si no te callas, no me quedará más

remedio!

Ella lo miró y le suplicó con cara de pena:

—¡Necesito que me dé el aire! ¡Sufro claustrofobia desde pequeña! Por

favor… subamos para que me dé el aire, te prometo que no voy a intentar

escaparme.

—De acuerdo, solo diez minutos y volveremos a bajar.

Una vez en el exterior, Patri le habló:

—Sé que no me dirás tu nombre ni porqué cometéis estos asesinatos, pero

son niños… ¿Qué placer puede producir matar a unos niños?

—¡¡¡¿Qué dices?!!! No sé de qué me hablas, pero nadie mata a niños.

—Entonces, ¿por qué me secuestraste? Sé que pusiste en mi casa el sobre

con esas fotos de niños y la foto de mi madre. ¿Acaso me vas a decir que no

sabías nada de esto? Y, ¿quién es tu abuela?

EL TIEMPO CORRE EN CONTRA

—Esto va a sorprenderte, pero sí soy policía, solo que no de este

condado. Tú y tu madre sois las únicas que podéis llevarme hasta mi abuela.

Vosotras veis lo que los demás no ven.

—¡Tu abuela huye de vosotros! ¡Asesinos!

—Según mi abuelo y mi padre, ellas desaparecieron de casa un día, y la

policía nunca las encontró. Por eso decidí meterme a policía. El sobre que

dejé en tu casa eran instrucciones para la policía, me lo dio mi padre para

ellos.

De pronto, como en una nebulosa, un espectro se apareció ante Patri. Patri

lo miró y le preguntó, bajo la atenta mirada de su secuestrador:

—¿Qué quieres, espectro?

El secuestrador comenzó a mirar a todas partes.

—Con quien hablo no está entre nosotros, tan solo es un espíritu perdido

que necesita cruzar el puente.

Como ya habían gastado los minutos en el exterior, él volvió a ordenarle

que bajasen al refugio. Cuando recorrieron de nuevo el pasillo, Patri le

preguntó el sentido de las celdas.

—Este lugar lo encontró mi padre cuando yo era pequeño. Había niñas en

él, pero mi padre y mi abuelo las liberaron.

Patri se dio cuenta de que aquel hombre desconocía el historial de su

familia. Se hizo un silencio que helaba el alma y, de repente, vio a una niña

dentro de una de las celdas. Se acercó a ella.

—¿Qué haces aquí? Antes, cuando pasé, no te vi. Debes cruzar el puente,

no te quedes en este lugar.

—Mi papá me está buscando, tenemos que cruzar el puente juntos.

Patri enseguida ató cabos.

—¿Tu papá tiene una cicatriz en la cara?

—Sí… Contactó contigo.

Mientras, el secuestrador no dejaba de mirarla.

—Se me eriza el vello solo de pensar que hablas con los muertos, Patri…

A mí me cuesta hablar hasta con los vivos.

—Es una niña que mataron aquí.

De repente, el espíritu del hombre apareció en el pasillo y se acercó hasta

su hija. La cogió de la mano y le dijo a Patri:

—No permitas que estos asesinos se vuelvan a escapar. Deben pagar por

tanto sufrimiento. Y no. Él no sabe nada.

Antes de que le diera tiempo a preguntarle, vio cómo cruzaban el puente

y se desvanecían.

Cerca de la casa, Raquel y Mickey seguían escondidos detrás de un árbol

con el pequeño. Escucharon unos pasos justo detrás de ellos. Eran los

refuerzos que esperaban. Raquel miró al pequeño y le dijo:

—Te vamos a llevar a un escondite mucho mejor.

Mickey le dio la mano y se lo llevó. El resto de policías llegaron hasta

donde estaba Raquel, y todos se fueron acercando hasta sitiar la casa. Sin

apenas hacer ruido, se llevaron también a los cuatro niños que estaban en el

porche. Se asomaron por la ventana y vieron a los dos hombres sentados

alrededor de la mesa, estudiando unos planos. Escucharon cómo se ponía en

marcha un coche, y Raquel llamó a sus compañeros para que lo detuvieran en

el camino. Dentro iba la mujer de cincuenta años.

Cuando el coche se alejó, entraron en la casa. Los cogieron

desprevenidos. Intentaron escapar y forcejearon, pero, por fin, lograron

detenerlos.

Sabían que aún faltaba uno: el que tenía retenida a Patri. Entraron en la

habitación donde estaba Silvia, y los ojos de Raquel se llenaron de lágrimas.

La desató y la llevó hasta el coche.

—Silvia, debo contarte algo, pero quiero que estés tranquila. Necesitamos

tu ayuda, pues aún nos falta uno por capturar. Tiene a tu hija Patri…

Sabemos que está cerca de aquí. Dime si a ti te trajeron directamente a la casa

o te llevaron a algún lugar que estaba bajo tierra.

—Me trajeron directamente a esta casa… —Le temblaban las manos.

—Tranquila, vamos a buscarla. A ti te acompañarán a casa.

De repente, Irene apareció al lado de Silvia. Silvia no pudo evitar

hablarle, mientras Raquel le permitía aquel espacio.

—Irene, ya no puedo más, mi hija también está en sus manos…

Irene apenas era un espectro de luz.

—Silvia, lo están dejando escapar.

—¿A quién? —dijo Silvia de repente.

Irene señaló en la dirección en donde solo estaban los niños. Silvia giró

su mirada hasta allí y se lo dijo a Raquel.

—Mi abuelita me espera, Silvia. ¿La ves? Está al otro lado del puente…

Sé que se va a hacer justicia… Llega mi hora de marcharme.

—Espera, Irene… Siento todo lo que pasó y, sobre todo, el no haber

podido ayudarte. Me siento responsable de que murieras en aquel horrible

sótano.

—Tan solo éramos niñas, Silvia. Gracias por todo esto.

Silvia vio cómo Irene, su gran amiga de la infancia, cruzaba por fin el

puente, en paz, junto a su abuela.

EL PRINCIPIO DEL FIN

La policía y Raquel anduvieron por el bosque con miedo de que hubiera

cámaras. Cuando llegaron al final del mismo, miraron hacia el suelo

buscando alguna puerta o trampilla. Silvia había decidido ir con ellos

también, y Raquel no podía negárselo después de todo. Esta se fijó en unas

margaritas sobre el suelo. Siempre le habían gustado. Y entonces, al lado de

ellas, notó algo de arena amontonada. Hizo una señal a Raquel y encontraron

la puerta. Abrieron sin apenas hacer ruido y bajaron aquellas escaleras de

madera, de una en una. Les horrorizó ver aquellas celdas con las muñecas de

porcelana dentro. Raquel nunca entendió el significado de aquellas muñecas.

Cuando se acercaron a la puerta final, la echaron abajo y, justo enfrente, con

cara de asustada y atada, encontraron a Patri. La soltaron de inmediato, y

madre e hija se unieron en un gran abrazo. Entonces, Raquel le preguntó:

—¿Estás sola?

—Os vio venir a través de las pantallas y huyó por esta puerta. Pero creo

que él no sabía nada de lo que estaba ocurriendo, solo seguía instrucciones.

Lo tenían engañado. No me hizo daño en ningún momento.

Salieron del refugio y regresaron a casa después de tanto tiempo. Se

dieron una ducha y se fueron hacia el tanatorio para velar el cuerpo de su

madre. Decidieron incinerarlo y esparcir las cenizas en su lugar preferido, un

pueblecito donde pasó parte de su infancia rodeada de montañas. En ese

momento, Silvia se dio cuenta de que no había tenido tiempo de llorarla, pero

una vez allí, se vino abajo, llena de dolor. Fueron momentos duros y tensos,

pues su madre era su aliada, su protectora.

Después de ese día, todo volvió a la normalidad. Patri volvió a su trabajo,

al igual que Silvia, y Lila seguía acompañando, cada mañana, a Silvia en sus

paseos, después de beberse una taza de café recién hecho.

Pasó el tiempo y llegó el juicio de los asesinos. Nunca llegaron, sin

embargo, a encontrar al captor de Patri. Ahora le tocaba declarar al abuelo de

aquella familia de psicópatas. Todos estaban muy atentos.

—A veces, mientras dormía, tenía terribles pesadillas —empezó a relatar

el viejo—.Soñaba con una niña que acababa de morir. Ella venía a mi cuarto

e intentaba asfixiarme poniéndome una almohada en la cara.

Cuando ya casi no podía respirar, me despertaba. Los sueños cada vez se

repetían más a menudo. Yo pude salvarme, pero mis hermanas no. Ellas

murieron, y nos quedamos solos mi madre y yo. Un día se lo conté a mi

madre y ella afirmó que las muñecas de porcelana me protegerían. Me dio

tres y me dijo que les pusiese el nombre de mis dos hermanas. A la

tercera

podía ponerle el nombre que yo quisiese. Sin embargo, las muñecas no me

ayudaron. Seguía teniendo esas horribles pesadillas.

Entonces el abogado de la defensa, le preguntó:

—Y, ¿qué fue de su madre?

Titubeando, dijo:

—No lo sé.

—¿No lo sabe? ¿No sabe si su madre sigue viva o está muerta? —dijo el

abogado de la defensa alzando la voz—.¿Acaso no la mató usted siendo un

niño?

Y, en ese momento, el viejo se puso en pie y dio un grito aterrador.

—!!!No¡¡¡ ¡Eso no es verdad! Una mañana, cuando me desperté, fui a su

cuarto y allí estaba, pálida y fría, sobre la cama. Parecía que estuviera

dormida, pero no fue así, aquella noche murió.

—¿Qué nombre le puso a la tercera muñeca?

—El nombre de mi madre…

En ese momento se hizo el silencio en la sala. Entonces el hombre,

enfurecido y muy alterado, volvió a gritar:

—¡Sí!¡Ese era su nombre! ¡El nombre de mi madre! Aquella noche yo me

adelante a ella. Fui a su dormitorio y le puse la almohada sobre su rostro,

como ella hacía cada noche conmigo. Pero yo apreté, y apreté, y no dejé de

hacerlo hasta que ya no pudo moverse… —Tenía la mandíbula tensa

mientras lo relataba—. Y, en ese instante, mientras tenía la almohada sobre

su rostro y sus movimientos se hacían más lentos, supe que tenía que matar a

niñas antes de que se hicieran mujeres y mataran a sus hijos.

Y después de la declaración, cayó exhausto sobre su silla. Cuando

recobró el aliento, continuó:

—Mataba a las que me recordaban a ella. Tenía que proteger a mis hijos,

y mis hijos a los suyos. Pero yo no maté a Irene, ni tampoco capturé a Silvia.

Se levantó uno de los hijos en ese momento y dijo:

—Fui yo, pero solo quería llevármela a ella. —Señaló a Silvia—.A Irene

tampoco la maté. Estaba nervioso porque acababa de atropellar a un chico

con el coche y todo se complicaba. Las saqué del coche y, al meterlas en la

casa, empujé en las escaleras a Irene, con la mala suerte de que cayó,

abriéndose la cabeza. Después empapé un pañuelo con cloroformo y bajé a

Silvia allí también. Pero ella escapó.

En ese momento, en la sala se escuchó un murmullo. Él siguió hablando y

el abogado les preguntó por aquel lugar tan horrible bajo tierra.

Cada pregunta llevaba implícita una respuesta cada vez más espeluznante.

Fueron unas jornadas horribles para Silvia, pero lo peor fue descubrir

que

ninguno de los tres sentía el más mínimo arrepentimiento. El juicio duró un

par de meses, y el último día se dictó sentencia. Comenzó la vista y, puestos

en pie los tres acusados, se les condenó a la pena máxima. Nunca más verían

la luz del sol.

Entonces, alguien con una peluca rubia y unas gafas de sol oscuras que se

encontraba entre el público como asistente en el juicio, se levantó y hablo:

—¿Por qué, papá? Éramos tan felices… Y ahora…¡Mírame aquí

escondida! —Daniela giró la cara hacia Raquel—. Aún quedan cabos sueltos,

esto no terminó aquí.

Silvia sabía que había algo que se les escapaba, porque ellos estaban

tranquilos, y eso significaba que había alguien afuera que seguiría

asesinando, pero…, ¿quién? Silvia se inclinó sobre Raquel, tras escuchar las

palabras de Daniela, y le susurró:

—No abandones el caso, esto aún no ha terminado.

Raquel la miró sorprendida.

Muy lejos de allí, en una ciudad de la costa y desconectados del mundo,

una pareja y su pequeño paseaban por la zona comercial. El niño se paró en

un escaparate.

—Mira, mamá, cómpramela.

—Está bien, Sergio. Es una muñeca de porcelana como las del abuelo.

¿Qué nombre le pondrás?

—Silvia, mamá.

Pero mientras estaban efectuando el pago, alguien les habló por detrás:

—Bonita muñeca, Sergio.

La madre se giró, sorprendida.

—¿De qué conocen a mi hijo?

—¿Dónde quiere que les leamos sus derechos?¿Aquí o en la comisaría?

FIN

Marisol Gallardo

Sus raíces son extremeñas, pero como ella

bien dice, se considera ciudadana del mundo.

Hay un pensamiento que le caracteriza: nunca

dijo que fuera fácil, pero con tesón, esfuerzo y lucha, se consiguen los sueños, porque la suerte no existe si uno no se esfuerza.

Qué le ocurrió a Irene Luján, es la primera incursión de Marisol Gallardo en el género paranormal y de suspense.

Table of Contents

1.VOLVER AL PASADO

2.DIME QUÉ QUIERES DE MÍ

3.ALGUIEN TE VIGILA

4.NO ME DEJES SOLA

5.LA LLAMADA DE UN EXTRAÑO

6.EL SOBRE LLEGÓ A SU DESTINO

7.LA CASA ESCONDE UN SECRETO

8.SILVIA, ¡AYÚDAME!

9.¿QUÉ LE OCURRIÓ A IRENE LUJÁN?

10.NO TE QUEDES SOLA

11.LOS RECUERDOS DE SILVIA

12.AYÚDAME. ÉL ME MATARÁ

13.¿QUÉ ESCONDE EL SÓTANO?

14.UN LUGAR PARA OLVIDAR

15.VOCES, DISPAROS Y SILENCIO

16.¿ES EL CUERPO DE IRENE?

17.DEVUÉLVEME A MI HIJA

18.SILVIA ES ÉL, NO TE FIES

19.CORRE Y NO MIRES ATRÁS

20.UNOS OJOS TE OBSERVAN, NO TE ESCAPARÁS

21.MAMÁ, VUELVE A LLAMARME DANIELA

22.SI TE MUEVES, DISPARO

23.¡CORRED, VA A EXPLOTAR!

24.¿DÓNDE ESTÁ SILVIA?

25.MAMÁ, NO ME DEJES SOLA

26.UNA DIFÍCIL DECISIÓN

27.EL TIEMPO CORRE EN CONTRA

28.EL PRINCIPIO DEL FIN

Table of Contents

1.VOLVER AL PASADO

2.DIME QUÉ QUIERES DE MÍ

3.ALGUIEN TE VIGILA

4.NO ME DEJES SOLA

5.LA LLAMADA DE UN EXTRAÑO

6.EL SOBRE LLEGÓ A SU DESTINO

7.LA CASA ESCONDE UN SECRETO

8.SILVIA, ¡AYÚDAME!

9.¿QUÉ LE OCURRIÓ A IRENE LUJÁN?

10.NO TE QUEDES SOLA

11.LOS RECUERDOS DE SILVIA

12.AYÚDAME. ÉL ME MATARÁ

13.¿QUÉ ESCONDE EL SÓTANO?

14.UN LUGAR PARA OLVIDAR

15.VOCES, DISPAROS Y SILENCIO

16.¿ES EL CUERPO DE IRENE?

17.DEVUÉLVEME A MI HIJA

18.SILVIA ES ÉL, NO TE FIES

19.CORRE Y NO MIRES ATRÁS

20.UNOS OJOS TE OBSERVAN, NO TE ESCAPARÁS

21.MAMÁ, VUELVE A LLAMARME DANIELA

22.SI TE MUEVES, DISPARO

23.¡CORRED, VA A EXPLOTAR!

24.¿DÓNDE ESTÁ SILVIA?

25.MAMÁ, NO ME DEJES SOLA

26.UNA DIFÍCIL DECISIÓN

27.EL TIEMPO CORRE EN CONTRA

28.EL PRINCIPIO DEL FIN

Document Outline

- 1.VOLVER AL PASADO
- 2.DIME QUÉ QUIERES DE MÍ
- 3.ALGUIEN TE VIGILA
- 4.NO ME DEJES SOLA
- 5.LA LLAMADA DE UN EXTRAÑO
- 6.EL SOBRE LLEGÓ A SU DESTINO
- 7.LA CASA ESCONDE UN SECRETO
- 8.SILVIA, ¡AYÚDAME!
- 9.¿QUÉ LE OCURRIÓ A IRENE LUJÁN?
- 10.NO TE QUEDES SOLA
- 11.LOS RECUERDOS DE SILVIA
- 12.AYÚDAME. ÉL ME MATARÁ
- 13.¿QUÉ ESCONDE EL SÓTANO?
- 14.UN LUGAR PARA OLVIDAR
- 15.VOCES, DISPAROS Y SILENCIO
- 16.¿ES EL CUERPO DE IRENE?
- 17.DEVUÉLVEME A MI HIJA
- 18.SILVIA ES ÉL, NO TE FIES
- 19.CORRE Y NO MIRES ATRÁS
- 20.UNOS OJOS TE OBSERVAN, NO TE ESCAPARÁS
- 21.MAMÁ, VUELVE A LLAMARME DANIELA
- 22.SI TE MUEVES, DISPARO
- 23.¡CORRED, VA A EXPLOTAR!
- 24.¿DÓNDE ESTÁ SILVIA?
- 25.MAMÁ, NO ME DEJES SOLA
- 26.UNA DIFÍCIL DECISIÓN
- 27.EL TIEMPO CORRE EN CONTRA
- 28.EL PRINCIPIO DEL FIN